



TERCERMUNDISMO Y NO ALINEAMIENTO EN AMÉRICA LATINA DURANTE LA GUERRA FRÍA

GERMÁN ALBURQUERQUE

**TERCERMUNDISMO Y NO ALINEAMIENTO
EN AMÉRICA LATINA DURANTE LA GUERRA FRÍA**

© GERMÁN ALBURQUERQUE

© EDICIONES INUBICALISTAS

INSTITUTO DE HISTORIA Y CIENCIAS SOCIALES

FACULTAD DE HUMANIDADES UNIVERSIDAD DE VALPARAÍSO

DIRECTOR: PABLO ARAVENA

DIRECTOR DE CARRERA: PATRICIO GUTIÉRREZ

COORDINADORA DE EXTENSIÓN: CLAUDIA MONTERO

COORDINADOR DE POSTGRADO E INVESTIGACIÓN: JAIME LACUEVA

ISBN: 978-956-9301-575

REGISTRO DE PROPIEDAD INTELECTUAL: 2020-A-4681

ILUSTRACIÓN PORTADA: RODRIGO ARROYO

DISEÑO Y CORRECCIONES: Felipe Moncada

DIAGRAMACIÓN INTERIORES: Patricio Serey

IMPRESO EN SANTIAGO DE CHILE

PRIMERA EDICIÓN, JULIO DE 2020

TALLERES INUBICALISTAS VALPARAÍSO-TALCA

TERCERMUNDISMO Y NO ALINEAMIENTO EN AMÉRICA LATINA DURANTE LA GUERRA FRÍA

Germán Alburquerque F.



COMITÉ CIENTÍFICO DE LA COLECCIÓN HISTORIA

Mario Ayala (Universidad de Buenos Aires)

Fernanda Beigel (Universidad Nacional de Cuyo)

Slobodan Pajovic (Universidad Megatrend de Belgrado)

Soledad González (Universidad Bernardo O'Higgins)

Pablo Pozzi (Universidad de Buenos Aires)

Juan Pablo Silva (Universidad Mayor)

Ana María Stuvan (Universidad Diego Portales)

Ángela Vergara (California State University)

Fabián Almonacid (Universidad Austral de Chile)

Verónica Undurraga (Pontificia Universidad Católica de Chile)

Ramón Arnabat (Universitat Rovira i Virgili)

Soledad Zárate (Universidad Alberto Hurtado)

Claudia Wasserman (Universidade Federal do Rio Grande do Sul)

ÍNDICE

Presentación	11
Introducción	15
Hacia un nuevo paradigma	18
1. Tercermundismo en el Cono Sur de América Latina: ideología y sensibilidad. Argentina, Brasil, Chile y Uruguay, 1956-1990	23
1.1. Tercermundismo como sensibilidad	25
1.2. Tercermundismo como ideología	39
1.2.1. Diagnóstico	44
1.2.2. Sociedad ideal	45
1.2.3. Estrategia	46
1.3. Conclusión	48
2. Tercer Mundo y tercermundismo en Brasil: hacia su constitución como sensibilidad hegemónica en el campo cultural brasileño. 1958-1990	51
2.1. El campo intelectual brasileño de los cincuenta a los sesenta	52
2.2. Bienvenida al Tercer Mundo (primera etapa)	55
2.3. Propagación del Tercer Mundo (segunda etapa)	60
2.4. Consolidación y apogeo (tercera etapa)	63
2.5. Conclusiones	67
3. La Ideología del Tercer Mundo en Argentina, 1961-1977	69
3.1. Ideologías en Argentina. Décadas del sesenta y setenta	69

3.2. Definición y origen del Tercer Mundo	72
3.3. La estrategia	80
3.4. Conclusión	87
4. Tercermundismo en Uruguay: del tercerismo al pensamiento de Carlos Real de Azúa	91
4.1. El escenario: el tercerismo y el campo intelectual uruguayo	91
4.2. El Tercer Mundo llega a Uruguay	95
4.3. Consolidación del tercermundismo uruguayo	98
4.4. Del tercerismo al tercermundismo	105
4.5. Conclusión	113
5. Cuba en el Movimiento de Países No Alineados	115
5.1. Cuba y la Unión Soviética en el Movimiento de Países No Alineados	119
5.1.2. La voz oficial	124
5.1.3. La voz interna	128
5.1.4. Conclusión	136
5.2. Cuba, ¿un obstáculo a la participación latinoamericana en el Movimiento de Países No Alineados? (1961-1984)	138
5.2.1. Cuba y América Latina en el Movimiento de Países No Alineados	140
5.2.2. Influencia pasiva	141
5.2.3. Influencia activa	143
5.2.4. Conclusión	154
5.3. La pequeña guerra fría entre Cuba y Yugoslavia en el Movimiento de Países No Alineados, 1961-1983	156
5.3.1. La enemistad	159

5.3.2. El rival163
5.3.3. El campo en disputa166
5.3.4. Concepto de No Alineamiento169
5.3.5. Conclusión172
5.4. Balance173

6. No Alineamiento, Tercermundismo y Seguridad en Perú: la política exterior del gobierno de Juan Velasco Alvarado (1968-1980)177
6.1. El gobierno militar y la política exterior177
6.2. Tercermundismo en Perú179
6.3. No Alineamiento y Tercer Mundo182
6.4. Edgardo Mercado Jarrín: seguridad y No Alineamiento186
6.5. Conclusión189

7. El tercermundismo y el No Alineamiento latinoamericanos.	
Ideología y relaciones internacionales191
7.1. Cuba194
7.2. Chile196
7.3. Perú198
7.4. Argentina199
7.5. Panamá201
7.6. Nicaragua205
7.7. Colombia208
7.8. Conclusión210
Bibliografía213

PRESENTACIÓN

11

El presente libro es el resultado de dos proyectos de investigación financiados por el programa FONDECYT de la Comisión Nacional de Investigación Científica y Tecnológica (CONICYT), desarrollados entre 2010 y 2019. El primero se tituló “Tercer Mundo y tercermundismo en el pensamiento y las ciencias sociales del Cono Sur: historia del concepto y de la ideología. Argentina, Brasil, Chile y Uruguay, 1952-1991” (FONDECYT de Postdoctorado N° 3110156); y el segundo, “Tercermundismo, base del No Alineamiento: América Latina en el Movimiento de Países No Alineados. Ideología y relaciones internacionales. 1961-1991” (FONDECYT de Iniciación N° 11140886).

Junto con agradecer el financiamiento estatal recién aludido, quiero expresar mi agradecimiento a quienes colaboraron con la investigación: Diego Vilches, Alfonso Delgado, Diego Hernández, Claudio Coloma, Felipe Martínez, María Jesús Fuenzalida, Massiel Silva, Viviana Sepúlveda, Paula Márquez y Gabriel Muñoz.

Agradezco, además, al Instituto de Historia y Ciencias Sociales de la Universidad de Valparaíso, a su director, Pablo Aravena, y a Ediciones Inubicalistas, por haber hecho posible la publicación de este libro. Dedico esta obra a Claudia, Irene y Elisa.

Todos los capítulos que componen este volumen, a excepción del último (inédito), han sido ya publicados en revistas y en un libro. No han sido reproducidos exactamente iguales, pues algunos pasajes han sido eliminados, reducidos o modificados. De todos soy el primer autor, aunque tres de ellos fueron escritos en coautoría.

12

- “Tercermundismo en el Cono Sur de América Latina: ideología y sensibilidad. Argentina, Brasil, Chile y Uruguay, 1956-1990”, *Tempo e Argumento*, 6 (13), pp. 140-173, 2014.
- “Tercer Mundo y terciermundismo en Brasil: hacia su constitución como sensibilidad hegemónica en el campo cultural brasileño – 1958-1990”, *Estudios Ibero-Americanos*, 37 (2), pp. 176-195, 2011.
- “La ideología del Tercer Mundo en Argentina. 1961-1977”, *Estudios Latinoamericanos*, Viña del Mar, 5 (9), pp. 9-31, 2013.
- “Tercermundismo y tercerismo en el campo intelectual uruguayo (de los cincuenta a los noventa)”, *Revista Latino-Americana de História*, 4 (13), pp. 156-180, 2015.
- “Cuba en el Movimiento de Países No Alineados: el camino al liderazgo. Causas y motivaciones. 1961-1983”, *Caravelle*, 109, pp. 181-196, 2017.
- (En coautoría con Claudio Coloma) “Cuba y la Unión Soviética en el Movimiento de Países No Alineados”, *Universum*, 32 (2), pp. 15-33, 2018.

- (En coautoría con Diego Hernández) “Cuba, ¿un obstáculo a la participación latinoamericana en el Movimiento de Países No Alineados? (1961-1984)”, *Autoctonía. Revista de Ciencias Sociales e Historia*, 3 (1), pp. 54-67, 2019.
- (En coautoría con Claudio Coloma) “La pequeña guerra fría entre Cuba y Yugoslavia en el Movimiento de Países No Alineados, 1961-1983”, en G. Albuquerque y J. P. Silva (editores), *Variaciones sobre Latinoamérica. Política, cultura y sociedad*, Santiago, Universidad Bernardo O’Higgins, pp. 131-149, 2019.
- “No Alineamiento, tercermundismo y seguridad en Perú: la política exterior del gobierno de Juan Velasco Alvarado (1968-1980)”, *América Latina Hoy*, 75, pp. 149-166, 2017.

INTRODUCCIÓN

15

Aunque a veces se les confunda, tercermundismo y No Alineamiento no son sinónimos. El tercermundismo fue fundamentalmente una sensibilidad que se propagó por el planeta a contar de la década del cincuenta. Nacida para bautizar las regiones ajenas a la prosperidad de Europa, Norteamérica y la Unión Soviética, la expresión Tercer Mundo fue mutando su significado para terminar convertida en referente y bandera de lucha para muchos países subdesarrollados, contándose entre ellos un gran número de naciones recién independizadas de los imperios occidentales. Con Tercer Mundo terminaron identificándose pueblos con hondas diferencias políticas, geográficas, económicas y culturales, hermanados, sí, por una misma posición en el mapa geopolítico: externos a ambos bloques dominantes; y por una misma situación:

subdesarrollados y neocolonizados. El tercermundismo como sensibilidad definió gustos, modas, simpatías e ideas. Éstas, con el tiempo, lograron constituirse en una ideología, el tercermundismo. No fue una ideología demasiado elaborada, pero contó con un núcleo suficiente de enunciados, capaces por lo demás de representar realidades tan diversas. Tales fundamentos fueron: 1) el Tercer Mundo designa una unidad real, la de los pueblos desfavorecidos de África, América Latina, Asia y Oceanía; 2) entre estos pueblos debe existir una solidaridad estrecha que les permita adquirir cuotas cada vez mayores de poder; 3) lo que define el parentesco de estos países es el subdesarrollo económico y el origen colonial de su debilidad; 4) aunque políticamente libres (en su gran mayoría, e incluso muchos, los latinoamericanos, libres hacía un siglo y medio), los pueblos del Tercer Mundo padecen la acción del neocolonialismo; 5) solo la lucha concertada puede proporcionar logros: la liberación integral de cada nación debe ser acompañada por la de sus vecinos; 6) se necesita una transformación estructural y revolucionaria, la única facultada para cortar de raíz los perniciosos vínculos con el imperialismo; 7) los pueblos del Tercer Mundo son sujetos de su historia, en sus manos radica la voluntad de construir su propio futuro.

El No Alineamiento, la otra cara de esta moneda, contiene elementos del tercermundismo, por cierto, pero sus postulados se orientan más a cuestiones de política internacional y estrategia, y son inherentes al conflicto bipolar de la Guerra Fría. Sin Guerra Fría no existe el No Alineamiento. Constituido en Belgrado el año 1961, el Movimiento de Países No Alineados (MPNA) se aglutinó en torno a

los siguientes principios: 1) afirmación de una posición alternativa e independiente ante la división bipolar del mundo; 2) promoción de un neutralismo activo, orientado al entendimiento entre los bloques; 3) respeto a la autodeterminación de los pueblos y al principio de no intervención; 4) fomento de la igualdad racial, económica y cultural; 5) rechazo a brecha entre países ricos y pobres; 6) fórmulas políticas para la resolución de conflictos (por ejemplo, los principios de coexistencia pacífica China-India). Como se aprecia, el No Alineamiento se asentaba en líneas de acción más que en fundamentos ideológicos, y se abocaba a los problemas concretos que emergían de una política internacional hegemónica.

17

En América Latina, la adopción tanto del tercermundismo como del No Alineamiento fue más lenta que en los otros continentes. En tanto sensibilidad e ideología, el tercermundismo arremetió con fuerza en los años sesenta, poniéndose a la par de las elaboraciones asiáticas y africanas. El No Alineamiento, en cambio, solo despuntó en los años setenta, con la excepción de Cuba, adherida al MPNA en 1961. Lo que proponemos es que la política exterior de un conjunto considerable de países del continente giró hacia el No Alineamiento y de esa manera cristalizó un nuevo paradigma de acción internacional. Y que tal giro tuvo su origen en la penetración ideológica del tercermundismo, situada en los años sesenta. Tras una década de 'exposición' a las ideas y a la sensibilidad tercermundistas, los Estados de América Latina decidieron ingresar en masa al MPNA, ya sea como miembros plenos o como observadores.

HACIA UN NUEVO PARADIGMA

18 Los estudiosos de las relaciones internacionales del continente han construido un objeto colectivo: se ha asumido América Latina como una unidad explicativa, integrada, homogénea. Parece efectivo que hay ciertas regularidades que justifican tal operación, como una historia política y económica común y rasgos culturales que forjaron una identidad homogénea, como el idioma y la religión. También es verdadero que en materia internacional los países de América Latina han actuado como bloque en algunas ocasiones, aunque nunca han cristalizado una unidad formal que comprometa a todos los integrantes o al menos a una amplia mayoría. El periodo al que nos aplicamos ahora, entre los sesenta y los setenta, confirmaría la validez de un enfoque continental donde la experiencia de cada país se interconecta con la del resto. Es más, lo que postulamos es que en un momento determinado —la década del setenta principalmente— se impuso un nuevo paradigma que ordenaría la política exterior de la mayoría de los países latinoamericanos, el paradigma tercermundista.

Se ha indicado que la historia de las relaciones internacionales de América Latina se articuló en torno a tres problemas básicos: la conquista de autonomía, la búsqueda del desarrollo y la relación con Estados Unidos (Muñoz, 1987, p. 408). Aunque los tres aparecen imbricados unos sobre otros, constituyen una correcta fórmula para el

análisis histórico de la política exterior de nuestros países, tanto a nivel individual como colectivo. Si agregamos la noción de periferia, que exalta el escaso peso del continente en el devenir de la política mundial, dibujamos un marco donde el tema particular de esta investigación se inserta plenamente (Sánchez, 1981, p. 324). Además, se ha dicho que en la década del setenta los esfuerzos de los países latinoamericanos por erigir una política exterior independiente adquirieron más bríos que nunca, alcanzando un inédito posicionamiento internacional (Van Klaveren, 1992, p. 171; Muñoz, 1987, p. 420). Buena parte del respeto ganado obedeció al activismo que asumieron ciertos países en distintas instancias que concentraban el interés global de la época, tales como el Grupo de los 77, la UNCTAD y el Movimiento de Países No Alineados. El factor común a todas esas instancias es el Tercer Mundo. A través de ellas este conjunto de países se expresó, se aglutinó, discutió, negoció y en definitiva adquirió una preponderancia no vista hasta entonces.

19

Pero alcanzar esas alturas no fue fruto de la casualidad ni se logró de la noche a la mañana, más bien fue el resultado de la irrupción y maduración de una ideología, la ideología del Tercer Mundo.

El tercermundismo habría, entonces, sentado las bases para la acción internacional de los países latinoamericanos más ejecutivos en este proceso. Un nuevo paradigma, un discurso ordenador y normativo de la conducta internacional de los países que comporta una explicación total del orden mundial y una prescripción o modo de desenvolverse a futuro. Un discurso que inspira pero que también justifica las tomas de decisión y que informa las declaraciones oficiales de los distintos

Estados tanto al interior como al exterior de las fronteras. Un discurso con la potencialidad de generar consensos amplios e integradores.

20 Pero afirmar que se trata de un nuevo paradigma exige señalar la existencia de un paradigma viejo o anterior. Podemos constatar que entre la década del cuarenta y la del sesenta inclusive, el eje ordenador de la política exterior de Latinoamérica fue el panamericanismo, que implicaba hacia estos años el seguimiento del liderazgo de Estados Unidos,¹ el compromiso con la Organización de Estados Americanos (OEA) y la adhesión al Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca. En paralelo subsistía la tendencia autonomista, que desde la exitosa política del buen vecino de Roosevelt se hallaba en remisión. Sin embargo, resurgiría a raíz de la intervención estadounidense en Guatemala el 54, se fortalecería con la Revolución Cubana del 59, y se potenciaría con la irrupción del tercermundismo. Hacia fines de los sesenta, con el golpe militar en Perú y la elección de Salvador Allende en Chile, la homogeneidad anterior comenzaría a resquebrajarse. Si a estos países agregamos otros como Argentina, Panamá, Nicaragua, México o, por pasajes, Bolivia, sin olvidar a Cuba, obtendremos una clara cisura entre la anterior política exterior de los países latinoamericanos y la que emergió en esta década. Incluso el gobierno militar brasileño, de tradicional sintonía fina con Estados Unidos, asumió, en los setenta, posiciones heterodoxas.

1 No se pretende examinar ni cuestionar en este libro la idea de que Estados Unidos ha condicionado y hasta determinado la política exterior de las naciones latinoamericanas. Por lo pronto, para el periodo aquí comprendido, es decir, la segunda posguerra, ver Cervo, 2007.

Dos partes componen este libro. En la primera se aborda el despliegue del tercermundismo por el Cono Sur de América Latina, considerando a Argentina, Chile, Uruguay y Brasil. El primer capítulo es un estudio que engloba la experiencia de estos cuatro países, mientras que los tres siguientes tratan en profundidad lo acaecido respectivamente en Brasil, Argentina y Uruguay.

La segunda parte se dedica a la militancia de América Latina en el No Alineamiento, presentando dos casos nacionales, Cuba y Perú, y un estudio más general que incluye a siete países: los dos recién mencionados más Argentina, Chile, Colombia, Nicaragua y Panamá. Este último capítulo funciona además como síntesis de las dos partes al definir el cruce entre tercermundismo y No Alineamiento en el continente.

1. Tercermundismo en el Cono Sur de América Latina: ideología y sensibilidad. Argentina, Brasil, Chile y Uruguay, 1956-1990¹

Para definir tercermundismo se pueden explorar distintas alternativas: a) el tercermundismo fue una corriente de pensamiento, vale decir, un conjunto de ideas inspiradas en el objeto Tercer Mundo o referidas al mismo, aunque sin mayor organicidad; b) el tercermundismo fue una ideología, afirmación por cierto más ambiciosa que postula que ese conjunto de ideas sí alcanzó organicidad; c) el tercermundismo fue una sensibilidad particular, un modo de entender y sentir el presente o verlo a través de un prisma determinado; e) el tercermundismo fue un paradigma científico, no desarrollado a plenitud pero sí enunciado, y definido por la premisa de que la mera práctica de los científicos –sociales, por lo menos– del Tercer Mundo producía una clase singular de conocimiento.

23

El tercermundismo fue todo eso y probablemente más (se usa el pretérito no tanto porque el tercermundismo ya no exista, sino más bien porque aquél al que nos dedicamos se circunscribe a un periodo ya pasado). En el Cono Sur de América Latina –Argentina, Chile y Uruguay, más Brasil–, queremos constatar la existencia de una fuerte sensibilidad tercermundista, así como de una ideología casi oculta.

¹ Reproducción no exacta de “Tercermundismo en el Cono Sur de América Latina: ideología y sensibilidad. Argentina, Brasil, Chile y Uruguay, 1956-1990”, *Tempo e Argumento*, 6 (13), pp. 140-173, 2014.

La atención despertada por el tercermundismo ha sido escasa entre los estudiosos de las ideas y de la vida intelectual. El esfuerzo más serio de sistematización del pensamiento tercermundista ha corrido por cuenta de Eduardo Devés (2012), quien en *Pensamiento periférico Asia-África-América Latina-Eurasia y algo más* se aboca a la tarea de conocer y estructurar el pensamiento periférico, esto es, aquel proveniente de Asia, África, América Latina y ciertas áreas de Oceanía y Europa, logrando identificar los elementos constitutivos de la corriente que nos ocupa. El autor pondera en su trabajo al tercermundismo como una corriente dominante en la segunda mitad del siglo XX que además convocó a pensadores de distintos continentes en una preocupación común. El “Big Bang” del Tercer Mundo y del tercermundismo, según la óptica de Devés (2012), fue la Conferencia de Bandung en 1955, que con el tiempo fecundaría al Movimiento de Países No Alineados. Por consiguiente, el pensamiento tercermundista se articula en torno al No Alineamiento y bebe de allí sus fundamentos sobre política internacional. Devés (2012, p. 730) también destaca las instancias efectivas de reunión entre científicos sociales de las regiones periféricas, sobre todo al reseñar la experiencia del Foro Tercer Mundo, que alcanzó cierta notoriedad en los años setenta por su proyección hacia esferas internacionales como la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD) o el Grupo de los 77 y hacia lo que se llamó Nuevo Orden Económico Internacional². Debido a este anclaje

2 Para Devés (2012, p. 730), el tercermundismo fue una tendencia que se “constituyó sobre la base de herencias intelectuales muy variadas y con poca conexión entre sí, aunque todas anti-occidentales: pan-africanismo, pan-asiatismo, pan-arabismo, eurasismo y el antimperialismo. Se trató de la unidad en la política mundial de todos los ‘diferentes’, segregados, vencidos, explotados y despreciados. En éste coexisten identitarismos, nacionalismos, telurismos, racialismos (e incluso racismos) muchas veces excluyentes y que han conseguido sólo articularse sobre la base de la concepción que considera al centro como principal responsable de sus males”. Más adelante afirma

institucional que establece Devés (2012), es posible que se distorsione el producto final. Al vincular el pensamiento tercermundista con el Movimiento de Países No Alineados o con las instancias más precisamente económicas de los setenta, se obtiene una imagen demasiado acotada a problemas coyunturales, ya sea de corte político como económico, descuidándose un tercermundismo más puro e independiente, abocado no tanto a problemas inmediatos sino a la identidad, la misión, el destino y la razón de ser del Tercer Mundo. Es sobre esta dimensión que volcamos nuestra atención.

1.1. Tercermundismo como sensibilidad

Afirmamos que el tercermundismo se convirtió, entre las décadas del sesenta y setenta, en una sensibilidad dominante en el Cono Sur de América Latina. Ello significa que el referente Tercer Mundo infiltró la actividad intelectual, cultural y política de la región. Las opiniones, los discursos, los gustos, las estéticas, los debates políticos, las noticias en los medios, etc., incorporaron la preocupación por el Tercer Mundo en su lenguaje cotidiano. Se trataba de un modo particular de aprehender la realidad basado en un conjunto de ideas, juicios y prejuicios, así como de sensaciones y emociones, que influía en la cosmovisión de importantes

25

que “el ‘núcleo duro’ del tercermundismo fue muy reducido en tanto que sus agregados fueron amplísimos. De hecho, la primera constitución propiamente tal poseía un fuerte componente antimperialista, fundamentalmente de raigambre leninista, pero convergen allí también componentes nacionalistas, de variado pelaje: indio, indonesio, west-africano, árabe-baazista, y socialistas, aunque todavía más heterodoxos: nasserismo, pan-africanismo de tercera y cuarta generaciones, titoismo, maoísmo. Contribuyeron a éste Nehru, Chu En-lai, Nkrumah, Nasser, Sukarno desde la Conferencia de Bandung; hacia los 1960s, Ho Chi-min, Fanon desde el Frente de Liberación de Argelia, Prebisch desde la UNCTAD, Leopold Senghor, Celso Furtado y Fidel Castro”.

sectores del campo político-cultural de la época (más temerario sería afirmar que influyó a la sociedad entera).

26 El concepto Tercer Mundo nació en Francia a inicios de los cincuenta, con la función de designar un objeto de interés, estudio y preocupación: los países pobres o subdesarrollados o en todo caso distintos a los países avanzados del centro. Cuando los países del Tercer Mundo —el objeto de estudio— se apropiaron del concepto, éste se convirtió en sujeto, gestándose una identidad tercermundista que se insertó en la conciencia de los pueblos pauperizados —o al menos de sus élites intelectuales—. Diversos factores explican por qué el Tercer Mundo, con el correr de los cincuenta y los sesenta, se diseminó como bandera de lucha a lo largo de África, América Latina y Asia: las re-
yertas contra los imperios y la descolonización fueron, sin duda, los factores más importantes, junto con la irrupción del No Alineamiento como alternativa al orden bipolar de la Guerra Fría. Aunque América Latina se situaba un tanto al margen de tales procesos, poseía una larga experiencia de brega antiimperialista que la emparentaba plenamente con los pueblos africanos y asiáticos, brotando de forma espontánea una solidaridad no del todo previsible. Lo cierto es que el tercermundismo llegó pronto a América Latina e impactó con fuerza el clima de ideas.

En el Cono Sur la propagación no fue homogénea, distinguiéndose hitos, etapas y ritmos que obedecieron por lo general a factores políticos y culturales de cada país. Aunque la primera aparición del término Tercer Mundo la hemos localizado en Uruguay, fue en Brasil donde primero se evidenció el surgimiento del nuevo referente. En el segundo lustro de los cincuenta, se empezó a hablar, en efecto, de *Terceiro Mundo* en círculos académicos y diplomáticos o asociados a las relaciones internacionales que interpretaron que la comunidad con África y Asia abría nuevas posibilidades para la política exterior de Brasil, país que, se pensaba, podía asumir un liderazgo ya no solo continental, sino intercontinental. Al poco tiempo se recomendó

estrechar vínculos con esos continentes basándose sobre todo en la afinidad cultural y étnica entre Brasil y las regiones de colonización portuguesa en África. De esta manera vinieron a complementar el incipiente tercermundismo brasileño los estudios afrobrasileños, primero, y los estudios africanos o incluso afro-asiáticos, después (Rodrigues, 1961, 1962; Viana, 1959; Castro, 1958; Meneses, 1956). La confluencia de estas dos corrientes parece explicar que Brasil haya sido el primer país del Cono Sur en atisbar una sensibilidad tercermundista en su campo político-cultural. En adelante, y a contar de los tempranos años sesenta, se consolidó el tercermundismo con su penetración en las ciencias sociales y humanas y en el arte y la religión, así como en el mundo editorial.

A los estudios internacionales o afro-asiáticos les seguirían la economía, la sociología, la politología y la historia, disciplinas que en Brasil experimentaron un boom, en buena medida espoleado por el Instituto Superior de Estudios Brasileiros (ISEB), que instaló el tema del desarrollo como prioridad nacional. En los sesenta, además, en el vecindario se potenciaron distintos organismos que favorecieron la consolidación de las ciencias sociales como actoras clave del periodo, a saber, la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) y el Centro Latinoamericano de Investigación en Ciencias Sociales (CLAPCS), ligados a la Organización de las Naciones Unidas (ONU) y a la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO). Por lo tanto, existía un clima propicio para la reflexión sobre desarrollo, Tercer Mundo, integración y dependencia, y su confluencia en un discurso totalizador. Ahora bien, en Brasil se dio la peculiaridad de que el Tercer Mundo se enquistó en ciencias y disciplinas un tanto ajenas a este ámbito, como la religión, la geografía o, ya dentro de la creación artística y la teoría estética, el cine.

En Brasil aparecieron los primeros libros que llevaron la expresión Tercer Mundo en su título —sacando buena ventaja a sus vecinos considerados en el estudio—, y también afloraron revistas con denominaciones similares; todavía en los ochenta gozaba de un buen pasar *Cadernos do Terceiro Mundo* (1980-2006), señera publicación que tuvo su primera sede en Buenos Aires (1974), luego pasó a México (1976), para afincarse finalmente en Río de Janeiro, dando cuenta de cierta masividad que el tercermundismo habría logrado en Brasil.

28

Aunque no al mismo tiempo, el proceso de propagación del tercermundismo en Argentina fue tanto o más vigoroso que el de Brasil. El comienzo fue dubitativo, al punto que la primera mención al Tercer Mundo data de los años sesenta (Bagú, 1961), y que solo desde 1964 es apreciable su presencia en el lenguaje corriente de los grupos elitarios del ámbito académico y político. Desde el segundo lustro de esa década el tercermundismo se expandió como sensibilidad en Argentina, abarcando corrientes de pensamiento, grupos políticos, medios de comunicación, creación artística, etc. Son fuertes, en especial, las apropiaciones que hicieron del Tercer Mundo las ciencias sociales y ciertos movimientos políticos (o ambas cosas a la vez). En un escenario de fervor político jalonado por la influencia de la Revolución Cubana, desde el exterior, y por el devenir del peronismo, en el frente interno, la reflexión sobre el Tercer Mundo obligaría a tomas de posición o a definiciones acerca de política o geopolítica internacional, en un grado pocas veces visto en el país. Así, el Tercer Mundo se agregó al imaginario político y a las múltiples luchas que una izquierda heterogénea libraba ya por décadas. Queremos subrayar que, aun en medio de una agitación ideológica marcada por fenómenos nacionales y continentales, se abrió espacio a una concepción del mundo que propendía hacia una identidad ahora de alcance tricontinental, lo que dice mucho sobre la potencia con que el tercermundismo se expandió en Argentina.

Las ciencias sociales de este país fueron el ámbito donde la presencia del tercermundismo fue más marcada, alterando los cimientos mismos de su epistemología y avanzando incluso en la formulación de un paradigma científico afín. Se argumentaba que el científico social debía elaborar teorías adecuadas al conocimiento del Tercer Mundo, desechando la repetición de los moldes importados de la academia europea o norteamericana; es más, el trabajo tenía que orientarse hacia la consecución de una liberación plena de los pueblos oprimidos –sobre eso profundiza, por ejemplo, Pedro Negre Rigol (1975), al clamar por una sociología de la liberación al servicio del Tercer Mundo–.

Por cierto que el Tercer Mundo no solo posibilitó, en un nivel más alto, una discusión epistemológica, sino también, en un nivel más bajo, el hecho de que diversas disciplinas se aplicaron a su estudio. Más allá de la economía, la sociología, la politología –campos más tradicionales– en Argentina la filosofía y la teología elaboraron sus propias directrices sobre la materia, sin contar el interés de la psicología. La filosofía de la liberación, de hecho, tuvo su origen en Argentina y sus principales cultores surgieron allí, trazando un camino propio que, claro está, no se redujo al tercermundismo, pero que, a través de autores como Rodolfo Kusch y Enrique Dussel, aludió al Tercer Mundo de modo explícito, evidenciando una preocupación sobre los problemas del desarrollo y la dependencia, tan caros al tercermundismo propiamente tal. A la teología, por su parte, le correspondió ejecutar una de las operaciones que más contribuyeron a la visibilización del Tercer Mundo en la opinión pública nacional: la formación del Movimiento Sacerdotes para el Tercer Mundo. Aunque no desarrolló una línea de pensamiento original en el terreno del discurso tercermundista, el grupo asumió la bandera del Tercer Mundo, comprometiéndose con la causa de los pueblos pobres del planeta (Seisdedos, 1999).

Apunta en la misma dirección la aparición de cuatro revistas que en su título llevaron la expresión Tercer Mundo, destacando dos,

Revista de Problemas del Tercer Mundo (1968) y *Antropología 3er Mundo* (1968-1973), que se cuestionaron sobre la identidad tercermundista, la pertenencia de América Latina y los mecanismos efectivos de liberación. Si comparamos con Brasil, aunque en el número absoluto haya similitud, en términos relativos las publicaciones periódicas argentinas destacaron por su cantidad y su calidad, ya que llevaron la reflexión ideológica a horizontes más vastos. En materia de libros, la industria editorial argentina vio la aparición de un número considerable de obras asociadas al Tercer Mundo.

30

En Uruguay se observa un panorama bien particular debido a la confluencia de dos fenómenos: la presencia avasallante de la revista *Marcha* (1939-1974) y, asociada a ella, la irrupción de la Tercera Posición como opción ideológica. De partida a dicho semanario debemos la primera mención al Tercer Mundo de la que tengamos registro en el Cono Sur, que data del 31 de agosto de 1956 (A. F. S., 1956). El campo intelectual uruguayo, de hecho, desde los años cuarenta al menos, había mostrado una vocación internacionalista concentrada, primero, en la situación de América Latina —y en el papel de Uruguay en el continente—, y luego, en la política mundial, transida por la Segunda Guerra Mundial, que había inspirado una postura de prescindencia frente a las grandes potencias. *Marcha*, que circulaba desde 1938, fue la tribuna donde el debate acerca de estos temas tomó lugar, brindando espacio a la que Ángel Rama llamó “generación crítica”, que si bien se orientaba primero al acontecer nacional, lo hacía siempre desde un prisma internacional. El director de *Marcha*, Carlos Quijano, y el filósofo Arturo Ardao asumieron el liderazgo de este conjunto y dieron vida a la Tercera Posición, que constituyó el núcleo de la visión internacional tanto de la revista como de la generación (Rama, 1972; Vior, 2003).

Con el fin de la Segunda Guerra y con la división del orbe en dos bloques antagónicos, la intelectualidad uruguaya se pronunció enérgicamente en contra de alinearse con Estados Unidos, tal como este

país pretendía para toda América Latina, pero también de acercarse a la Unión Soviética. Este fue el germen del tercerismo que, a despecho de su similar denominación con la Tercera Posición de la Argentina de Perón, se desarrolló de manera autónoma y con características únicas. Su principio rector fue la equidistancia respecto a Washington y Moscú y el ejercicio de un neutralismo activo que recelaba de las superpotencias, consideradas imperialistas por igual. A diferencia del tercerismo peronista, el uruguayo no buscaba un camino intermedio en materia económica, sino que abogaba por un socialismo autóctono; además, era consciente de la subyugación al capitalismo preponderantemente estadounidense, tanto de Uruguay como del resto del continente, por lo cual su discurso fue siempre más cargado hacia el antiyanquismo. Con el correr de la Guerra Fría, el tercerismo encontró un punto de apoyo fundamental: el No Alineamiento nacido en Bandung. Por ambos cauces, el tercerismo y la no alineación, se llegaba al tercermundismo; sin embargo, una sensibilidad proclive al Tercer Mundo tardó bastante en condensar en suelo uruguayo.

31

De partida, *Marcha* demoró unos años en darle al Tercer Mundo la jerarquía que una aparición tan temprana hacía presagiar; y aunque el esfuerzo por plasmar en sus páginas los avatares de la política mundial se mantuvo y aumentó, solo a fines de la década y ya con fuerza en los sesenta el Tercer Mundo se volvió un objeto y referente recurrente, tal como lo revela el simple uso de la expresión en los títulos de los artículos incluidos. Tenemos así que solo en esta década el Tercer Mundo se instaló en la sensibilidad del campo intelectual uruguayo a un nivel explícito (antes existía una notable afinidad, pero faltaba la cristalización).

Más adelante se discutirá la dificultad para el despegue ideológico del tercermundismo en Uruguay, por ahora basta señalar que la sensibilidad superó por lejos a la ideología, a diferencia de lo ocurrido en Brasil y en Argentina, donde la sensibilidad fue acompañada por una

elaboración ideológica consistente. ¿Cómo se manifestó esta sensibilidad? Ya se mencionó *Marcha* y su constante atención al Tercer Mundo, que no se limitó al mero informe de las luchas por la liberación en Asia y África, sino que avanzó a través de la publicación de dosieres abocados a problemas específicos,³ de la realización de entrevistas a los líderes tercermundistas de moda, de la adhesión militante al pueblo vietnamita en su pugna con Estados Unidos, etc. Las ciencias sociales y humanas uruguayas no fueron indiferentes al espíritu de la época, reconociéndose expresiones en economía, estudios internacionales, sociología y geografía; sin embargo, fue el ensayismo la disciplina predominante a la hora de reflexionar sobre el Tercer Mundo, pudiendo distinguirse dos escuelas, el ensayismo de corte académico, propio de intelectuales, y el ensayismo de corte político, propio de miembros conspicuos de partidos de izquierda, como Rodney Arismendi (1997) y Vivian Trías (1989). También despuntó en el área artística a través de la Cinemateca Tercer Mundo. Con todo, la sensibilidad tercermundista no floreció con la misma heterogeneidad ni potencia que en Argentina y Brasil, pero dadas las diferentes dimensiones de las que hablamos, sin dudas fue, en términos relativos, una de las sensibilidades hegemónicas de la época.

En Chile se observa una dinámica distinta a la de los otros tres países debido a que el momento de fulgor del tercermundismo fue tardío y breve. Lo llamativo es que en Chile se encontraban óptimas condiciones para un desenvolvimiento fluido del tercermundismo, tales como la presencia e intensa actividad de organismos internacionales —CEPAL, Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social (ILPES), FLACSO—; la estancia —como consecuencia de lo anterior— de un nutrido contingente de científicos sociales latinoamericanos, con mayoría de brasileños y argentinos, conectados además con las temáticas del desarrollo y, más tarde, de la dependencia; la existencia

3 En la serie *Cuadernos de Marcha* (1967-1974, primera época).

de un devenir político vivaz y de creciente participación de partidos de izquierda, sensibles a las luchas anticoloniales y antiimperialistas; la labor de diplomáticos de amplia experiencia atentos a las transformaciones del campo político mundial generadas desde las ex colonias africanas y asiáticas; y el despliegue en la sociedad de intelectuales con ideas o militancia de izquierda que se habían internacionalizado y, por consiguiente, trasladado a lejanos rincones del planeta (piénsese, por ejemplo, en Pablo Neruda y sus visitas a China o a la India, donde pudo entrevistarse con Nehru, campeón del No Alineamiento). Si a ello le sumamos la fortaleza de las ciencias sociales, el vigor de las universidades y una industria editorial, si bien no exuberante, al menos muy activa, tendremos un cuadro promisorio, donde se supondría una alta producción de discursos tercermundistas... Al contrario, y como dato de sobra elocuente, en Chile no se editó (en el periodo estudiado) ningún libro que llevara en su título la expresión Tercer Mundo.

33

Tal declaración es, empero, discutible. Eduardo Devés (2012), en una ponencia presentada hace pocos meses, consignaba que el tercermundismo fue un ingrediente casi omnipresente en el clima de ideas chileno de los largos sesenta (hasta 1973), fundamentándose en el hecho de que la mayoría de los núcleos productores de pensamiento y de discursos científicos —esto es, organismos internacionales, ONGs, centros e institutos universitarios— incluyeron la preocupación por el Tercer Mundo, o al menos exhibieron afinidad con sus problemas. Sin dudar de este aserto —que por lo demás corrobora la existencia de una sensibilidad tercermundista en Chile que se agrega a la del resto del Cono Sur—, sospecho que tal presencia no se tradujo en una producción explícita de reflexión tercermundista; en otras palabras, que siendo el Tercer Mundo un elemento constitutivo del horizonte de las ciencias sociales y humanas y de la intelectualidad chilenas de la época, no alcanzó a permear el ámbito de libros, revistas, artículos o ensayos a un grado que le permitiese instalarse como objeto central. La teoría de la

dependencia puede iluminar esta especie de paradoja si consideramos que dicha corriente por supuesto que intentó explicar la formación de los países subdesarrollados —o sea, el Tercer Mundo— y alertar sobre lo inconducente del desarrollismo, mostrando una clara conciencia y solidaridad tercermundista, mas pocas veces aludió directamente al referente en cuestión o aplicó sus conceptos a la situación concreta de los países periféricos. Una revisión muy completa de las revistas académicas del periodo orientadas a las ciencias sociales arrojó escasos resultados, con gran cantidad de artículos abocados a asuntos afines (desarrollo, dependencia, integración), pero no al Tercer Mundo de manera expresa.

34

La gravitación del Tercer Mundo sí fue ostensible entre 1970 y 1973, durante el gobierno de la Unidad Popular presidido por Salvador Allende. Éste asumiría como propia la bandera del Tercer Mundo, tal como quedó reflejado en su discurso de inauguración de la Tercera Conferencia de la UNCTAD, en Santiago de Chile el año 1972, donde empleó una encendida retórica que concordaba con los lineamientos de política exterior de su mandato tendientes a la solidaridad e integración con los continentes menos desarrollados. El Foro Tercer Mundo operó en la misma dirección. Se trató de un organismo autónomo que congregó a economistas y científicos sociales de todo el Tercer Mundo. Aunque fue fundado en Karachi (Pakistán) en 1975, tuvo una reunión preparatoria en Santiago, en abril de 1973, donde participaron los chilenos Osvaldo Sunkel, Gonzalo Martner, Alejandro Foxley, Juan Somavía y Carlos Massad, más el uruguayo Enrique Iglesias, residente en Chile (Devés, 2006). La verdad es que este Foro —donde se planearon fórmulas de mejoramiento y de transformación de la economía global— sintonizaba con el Nuevo Orden Económico Internacional, que se convirtió en la síntesis de las demandas de los países periféricos frente a los ricos. Completando el cuadro, la revista *Tercer Mundo* circuló entre 1971 y 1972, por obra de un conjunto de académicos de

un perfil menor (con excepción del filósofo Juan Rivano). En sus páginas se reproducían textos de autores extranjeros —del centro más que de la periferia— que giraban en torno a la desigualdad económica, al imperialismo y al capitalismo. Es difícil afirmar que fuera la voz de un sector de la intelectualidad chilena, ni menos una fábrica de ideología tercermundista, pero sí el reflejo de una inquietud y un compromiso no observados con anterioridad.

Hasta aquí hemos conocido el modo en que el tercermundismo llegó y se desarrolló en cada uno de los cuatro países involucrados, señalando su grado de penetración en las ciencias sociales y en la sensibilidad cultural de la época, y estableciendo sus momentos de mayor “popularidad”. Ahora avanzaremos en una visión comparada de las distintas etapas que recorrió el tercermundismo conosureño.

Es claro que el tercermundismo llegó al Cono Sur en los años cincuenta, al menos en Uruguay y Brasil, pero sólo desde 1960 su uso empezó a extenderse. De los cuatro países, era Brasil el mejor dispuesto para recibir el tercermundismo, pues contaba con lazos étnicos y culturales con África al tiempo que, por razones históricas, no tenía una relación tan estrecha con sus vecinos sudamericanos. Los otros países poseían una vocación latinoamericanista más marcada, asentada en las coincidencias culturales legadas por España. El arranque más tímido tuvo lugar en Chile, ya que recién en el segundo lustro de los sesenta fue posible encontrar menciones explícitas del concepto. Las causas de este retraso no son fáciles de identificar, ya que parecían haber allí favorables condiciones para la recepción del tercermundismo. Que Uruguay haya sido más precoz que Argentina pudo deberse al hecho de que su campo intelectual, al ser más pequeño, se desbordaba hacia lo internacional, y no solo hacia Latinoamérica, sino al mundo en su totalidad. Sea como fuere, es curioso que Argentina demorara más de lo presumible en acoger el Tercer Mundo, dada la experiencia peronista de la Tercera Posición y la tradición antiimperialista de su intelectualidad.

Como ya se ha delineado, entre los años 1960 y 1970 se situó la época dorada del tercermundismo en el Cono Sur, con fuerte presencia en las ciencias sociales, en la vida política, en el movimiento eclesiástico, en corrientes artísticas, etc. Pero este fulgor se fue apagando poco a poco y de manera dramáticamente anudada al advenimiento de los regímenes autoritarios en la región.

36 La democracia en Brasil fue la primera en caer, sin embargo, en un principio la dictadura no adoptó su rostro más severo y en consecuencia no afectó demasiado a la actividad intelectual. El endurecimiento del régimen hacia fines de la década modificó tal situación, obligando a muchos académicos a partir al extranjero, ya sea a Europa o a otros países del continente —en Chile ya trabajaba en la CEPAL o en universidades un numeroso contingente—; de cualquier forma, los científicos sociales brasileños siguieron profundizando su posición tercermundista, siendo sintomática la colaboración de varios de ellos —Celso Furtado y Milton Santos, entre otros— en una revista que supuso una instancia de encuentro efectivo entre intelectuales de distintos continentes, *Tiers Monde* de París (Albuquerque y Vilches, 2019).

En Argentina, la polarización política y la radicalización de grupos armados fue *in crescendo*, lo que originó un doble efecto, por un lado, la agudización de la militancia tercermundista, por otro, el progresivo deterioro de la democracia y la precarización de la actividad académica. El golpe del año 1976 fue la culminación del proceso y el definitivo repliegue de las corrientes de izquierda justamente más afines al Tercer Mundo.

En Uruguay, el golpe de 1973 destruyó también el movimiento de izquierda que, aglutinado en el Frente Único, había adquirido masividad, pero más determinante para nuestros efectos fue el cierre de la revista *Marcha* —en un contexto de rígido control y censura sobre la cultura— que repercutió en el tercermundismo criollo. La actividad académica decayó y varios intelectuales debieron buscar otros horizontes o refugiarse en organismos internacionales.

Lo que ocurrió en Chile fue de seguro más trágico, porque el golpe de Estado de 1973 derrocó al gobierno que mayor compromiso había contraído con el Tercer Mundo en el Cono Sur y que llevaba adelante el más ambicioso proceso de transformaciones. Guardando las distancias, Chile podía llegar a ser la Cuba de América del Sur, no con la connotación apocalíptica que esgrimía la derecha, sino en cuanto al liderazgo que podía ejercer en la solidaridad con los pueblos periféricos.

En Brasil, el tercermundismo fue sostenido, en los setenta, solo por los cultores que se hallaban fuera de las fronteras, casi desapareciendo la reflexión interna (por ejemplo, Furtado, 1974; Santos, 2009). Con los ochenta y con la normalización progresiva de las instituciones, se asistió a un fenómeno de resurrección del tercermundismo que evocó e incluso superó en ciertos aspectos sus mejores días. Por una parte, desde las ciencias sociales emergió una renovada atención a las implicancias que, para Brasil, suponía el Tercer Mundo. Por otra, surgió un espacio particular en torno a la crónica y a las revistas de divulgación periodística (la ya nombrada *Cadernos do Terceiro Mundo*). Finalmente, despuntaron proyectos políticos inspirados en el Tercer Mundo que se propusieron intervenir de pleno en el sistema de poder; el caso emblemático fue el de Celso Brant (1987) y su Partido de Mobilização Nacional.

En Argentina y Chile se observó la apropiación del Tercer Mundo por parte de científicos sociales de corte más técnico que ideológico. Ya no fueron los profesores peronistas ni los filósofos chilenos los que se ocuparon del Tercer Mundo, sino politólogos, expertos en estudios internacionales y economistas que abandonaron las pasiones para otorgarle un tratamiento científico o, en otras palabras, que pasaron del Tercer Mundo como sujeto al Tercer Mundo como objeto. El debate giraba ahora sobre qué bloque ofrecía las mejores perspectivas económicas para América Latina, o bien sobre las directrices a seguir en política exterior (lo último también rige para Uruguay). A este debate

se sumaron personalidades políticas, como ex jefes de Estado —Eduardo Frei Montalva— o antiguos y futuros cancilleres —el chileno Gabriel Valdés, el uruguayo Danilo Astori (1982) —. Claro que el contexto tuvo mucho que ver. Las dictaduras toleraron la producción científica sobre temas internacionales, de hecho, esta producción fue caudalosa entre fines de los setenta e inicios de los ochenta.

38

Con la paulatina restauración democrática era de esperar un resurgimiento del tercermundismo, tal como sucedió en Brasil. Pero el tercermundismo se hallaba herido de muerte y no volvió a recuperar su antigua energía, algo congruente con lo que sucedía en el mundo en general, donde la retórica había adoptado otras fórmulas, como Norte-Sur, y donde las antiguas divisiones se desdibujaban con el declive soviético o con la emergencia de los países petroleros. Desde otro ángulo, cabe considerar que la lucha política acaparó la atención en Argentina y en Chile, país donde la recuperación de la democracia solo llegó al finalizar los ochenta; no hubo espacio, entonces, para preocuparse de otros continentes. En Uruguay, es probable que la transición haya sido menos traumática y que la recobrada tradición institucional haya brindado seguridad para el establecimiento allí de la redacción de la revista *Cuadernos del Tercer Mundo* (en su versión hispana, 1985-1990) y del Instituto Tercer Mundo; ambos hechos consiguen apartar a Uruguay de la situación de Chile y Argentina y acercarlo al caso brasileño.

Más allá de las diferencias entre las velocidades y los ritmos apreciables en las trayectorias del Tercer Mundo en cada país analizado, lo cierto es que la sensibilidad tercermundista mostró una potencia incuestionable por al menos una década y media, lo cual no quiere decir que haya sido la única sensibilidad presente o que haya monopolizado el campo político-cultural del periodo; es más preciso afirmar que el tercermundismo ayudó a constituir una determinada sensibilidad macro o el clima cultural de los sesenta y primeros setenta, un clima con un sello único por los aires revolucionarios que circulaban, un clima mar-

cado por el presentimiento de cambios radicales inminentes, un clima donde confluyeron el revolucionarismo, el neomarxismo, el hipismo, el juvenilismo, el nuevo cristianismo, el pacifismo, el ecologismo, además de un tercermundismo que aportó, fundamentalmente, la ampliación del horizonte con que los latinoamericanos, y entre ellos los conosureños, pensaban y actuaban frente a la actualidad, así como el nacimiento de un nuevo sujeto, un nuevo “nosotros” que incluía ahora a los pueblos oprimidos de los otros continentes.

1.2. Tercermundismo como ideología

Al momento de convertirse en sujeto, el Tercer Mundo adquirió una carga política reivindicatoria y transformadora del orden internacional, que debía fundarse en una identidad capaz de aglutinar con eficacia a pueblos con tan heterogéneas culturas como eran los asiáticos, africanos y latinoamericanos. De la reflexión sobre la validez de la división tripartita del planeta, o acerca del origen y la formación del Tercer Mundo, o de los requisitos que visaban la pertenencia o no de una nación al mismo, emergió una teoría tercermundista que no es todavía una ideología. Ésta comienza cuando a la definición conceptual del Tercer Mundo le sigue la confección de un modelo al cual aspirar y la planeación de la mejor estrategia para construirlo. La presencia de esos tres componentes —diagnóstico y explicación de la realidad, sociedad ideal y método de acción (Bobbio, Matteucci, Pasquino, 1997; Borja, 1997)— autoriza la calificación del tercermundismo como ideología, aun cuando el grado de sistematización del discurso tercermundista fuese bajo. Si aplicamos una definición más exigente de ideología (Shils, 1978), que requiere un sistema de ideas compacto y su institucionalización a través de organizaciones que participan de la contienda política al interior de una sociedad, el tercermundismo no calificaría como ideología, en especial porque la sistematización de sus ideas es llevada a cabo *ex*

post facto, con posterioridad a su existencia, lo que quiere decir que en su momento el tercermundismo no fue percibido ni se concibió como un sistema de creencias propiamente tal.

Pero si se nos permite hablar de ideología tercermundista, nos asalta en seguida la dificultad de reconstruir dicha ideología a partir de elementos dispersos que flotan en un espacio tan amplio como lo es un campo intelectual y político intercontinental. Más arriba señalamos que el intento más serio de sistematización había corrido por cuenta de Eduardo Devés (2012), quien recogía tanto las propuestas dirigidas a reformar el orden económico como los fundamentos del No Alineamiento. Por nuestra parte, hemos querido extender el análisis hacia las formulaciones más abstractas —aquellas que pretendieron descifrar la esencia del Tercer Mundo y definir su misión histórica—, pero asumiendo la imposibilidad de cubrir un campo tan vasto y enfocándose, por consiguiente, solo en el pensamiento producido en el Cono Sur.

40

Fue en Brasil donde florecieron las primeras elaboraciones ideológicas del tercermundismo conosureño. En un contexto político inflamado por los avances de las corrientes progresistas, las ciencias sociales habían asumido un papel importante en la conducción de las transformaciones desde tiempos de Getúlio Vargas. El ISEB fue el núcleo de este proceso, y a él estaban asociados Álvaro Vieira Pinto (Roux, 1990) y Cândido Mendes (1963), quienes a inicios de los años sesenta se abocaron a establecer las bases de una solidaridad tercermundista arraigada en una identidad común y en la necesidad de tomar conciencia del papel activo que le correspondía al Tercer Mundo en la marcha de la historia.

En adelante, la reflexión ideológica no alcanzaría mayor vuelo; el tercermundismo se afianzó en las ciencias sociales sin provocar demasiado debate ni oírse las voces antitercermundistas detectadas en otros espacios (a excepción de Crippa, 1978). Tras un periodo de declinación, la ideología tercermundista brasileña renació en los ochenta

con singular brío, merced a las ideas de Celso Brant (1987) y Antonio Carlos Wolkmer (1989).

El cuadro en Argentina exhibe fuertes diferencias respecto a Brasil, porque si en este país el tercermundismo se desplegó sin demasiadas tensiones en su primera década y media, en aquél suscitó acaloradas polémicas que dieron cuenta de una reflexión de alto nivel. También se debe subrayar un punto de partida común: el nacionalismo de estirpe isebiana en Brasil y el nacionalismo fundante del socialismo nacional en Argentina. Ambos reclamaban la soberanía efectiva sobre las riquezas naturales y denunciaban la perniciosa acción del imperialismo sobre las economías locales. El ISEB, en Brasil, articuló un proyecto desarrollista basado en un nacionalismo popular que no excluía a la burguesía de la gesta liberadora que estaba por venir; los representantes del socialismo nacional argentino abrazaban un socialismo no dogmático e incluso alejado de los partidos de izquierda clásicos, como el PS y el PC, aun cuando recogían elementos del marxismo y de la teoría imperialista de Lenin (Astesano, 1972).

41

Aunque el socialismo nacional era de más antigua data que el tercermundismo, se vio revitalizado por la emergencia de éste y también intervenido por el peronismo y el discurso popular asociado a la figura de Perón. De modo que hacia el segundo lustro de los sesenta podía reconocerse más de un único tercermundismo, aunque el más relevante —en términos de adhesión, producción, difusión— era el heredero del socialismo nacional que había incorporado elementos peronistas.

Sectores del marxismo argentino se opusieron a esta postura, recelando del tercermundismo por considerar que se desviaba del objetivo final al confiar ingenuamente en una liberación pluriclasista. Juan José Sebreli (1975) tomaría la palabra con una despiadada crítica al tercermundismo, calificado como mito burgués que salvaba a la burguesía del engranaje revolucionario que tarde o temprano la devoraría. De esta manera, Sebreli se incluía en el fervoroso debate tercermundista que se

vivió en Argentina hasta que en 1976 el país diera un giro en su historia. Al contrario que en Brasil, las expresiones ideológicas del tercermundismo no renacieron con el retorno de la democracia.

En Uruguay, ya hemos consignado la soterrada pugna entre tercera posición y tercermundismo. Pese a que la propia Tercera Posición declaró ser una postura en política internacional y no una ideología, no cabe duda de que estimuló la discusión de ideas en Uruguay por al menos dos decenios, configurando un panorama de aguda reflexión sobre temas afines, pero que al mismo tiempo monopolizó el debate y neutralizó el auge de variantes como un tercermundismo “puro”. El resultado fue que la elaboración ideológica en torno al Tercer Mundo en Uruguay debió esperar varios años para florecer. El año 1996, nada menos, es el momento en que se publica en forma póstuma la obra de Carlos Real de Azúa, *Tercera posición, nacionalismo revolucionario y tercer mundo: una teoría de sus supuestos*, cuyo manuscrito original se redactó entre 1961 y 1963, sin que entonces se publicara por razones que desconocemos. Con todo, Real de Azúa pudo expresar parte de sus puntos de vista en la polémica con Arturo Ardao aparecida en las páginas de *Marcha*, a propósito del texto *El tercerismo en el Uruguay*, de Aldo Solari (1965).

En éste se atacaba a la tercera posición por rechazar a Estados Unidos y privar así a Uruguay del apoyo norteamericano para lograr el desarrollo. Ardao salió al paso señalando que el tercerismo no era una ideología sino una posición en política internacional, con fines instrumentales o estratégicos, que buscaba evitar una tercera guerra. Luego terció en la disputa Real de Azúa (1996), menos para defender el texto de Solari (1965) que para contradecir a Ardao —y a *Marcha*—, con el fin de enaltecer su propio concepto de tercerismo, al cual no temía definir como ideología. Real haría explícita la correspondencia entre tercerismo y tercermundismo, estableciendo un puente previsible, hasta lógico, pero que en Uruguay no había sido tendido.

Es cierto que la propuesta de Real de Azúa (1996) no asomaba tan elaborada como para constituir una ideología con todas sus letras, pero lo relevante es que en el espacio uruguayo se situó como pionera por el mero hecho de asociar tercerismo con Tercer Mundo y explorar cauces políticos. Lo hacía, además, tempranamente dentro de la realidad del Cono Sur si consideramos su fecha de redacción.

En Chile, fue la filosofía de Juan Rivano, con su libro *Cultura de la servidumbre*, de 1969, la mayor expresión ideológica del tercermundo local. En él denunciaba los mitos que, impuestos por Occidente, han confundido la conciencia de muchos pueblos alrededor del orbe. El individuo, la libertad, el progreso, la humanización y la historia universal han sido conceptos empleados para mantener en la miseria a una buena parte de la humanidad y beneficiar en exclusivo a Europa y Estados Unidos. No se puede hablar de individuo cuando no se satisfacen las necesidades básicas de tantos seres humanos; además, si en los países ricos pudieron desarrollarse el individuo y sus valores, fue gracias a la explotación colonial del resto. En esto han contado con la complicidad de las elites de los países periféricos, cuya actitud servil ha frenado por largo tiempo una reacción. Arremetía también contra el mito de la historia, ya que ésta ha sido monopolizada por Europa; los otros pueblos carecen de ella, no la hacen, son espectadores pasivos ante su curso. Rivano se posicionaba desde un marxismo crítico que no vacilaba en cuestionar algunas figuras europeas, como Gorz, Althusser y Marcuse, para señalar sus errores a la hora de evaluar las perspectivas del Tercer Mundo. Según estos autores, a los pueblos pobres no les queda más alternativa que esperar que la Unión Soviética consolide su prosperidad y que Europa Occidental se sume al espacio socialista para recién allí fomentar una revolución propia, aunque ligada a los socialismos precursores. Rivano reivindicaba el marxismo, pero puntualizando que la contradicción fundamental de nuestro tiempo enfrenta al desarrollo con el subdesarrollo; así, no se debe confiar en

el proletariado de los países avanzados, sino forzar una revolución en el Tercer Mundo, sostenida en la voluntad de rebelión de sus pueblos. Para ello es necesario remover los mitos de la conciencia, así como la complicidad de las elites. De cualquier manera, si algo se extraña en el texto de Rivano es una precisión más cabal de cómo impulsar los procesos revolucionarios; en este sentido, es más valioso en lo crítico que en lo propositivo.

44

La sistematización de la ideología del tercermundismo conosu-
reño que intentamos a continuación considera tanto los aportes de las
figuras destacadas en las páginas precedentes como aquellos elementos
surgidos de los estudios más detallados presentados en los capítulos
siguientes, aunque con la pretensión de estudiarlos como un solo con-
junto. He separado tal conjunto en esas tres grandes líneas que toda
ideología requiere recorrer para ser considerada como tal: diagnóstico,
ideal de sociedad y estrategia para alcanzarla.

1.2.1. Diagnóstico

El tercermundismo del Cono Sur latinoamericano no dudó en integrar la realidad de su continente a la del resto de los continentes periféricos y bien temprano asumió como propia la bandera de una liberación integral del Tercer Mundo, la que no finalizaba allí donde se conseguía la independencia formal de una nación, sino que se extendía hasta la supresión total de los vínculos de dependencia económica y cultural. Este énfasis sería propio del Cono Sur y de Latinoamérica en general, debido a que su independencia ya había sido proclamada desde hacía muchas décadas. Por lo tanto, el diagnóstico que se hacía desde el Cono Sur incorporaba la necesidad de desembarazarse de las sujeciones económicas —y en menor tono, culturales— a las que eran sometidos tanto los países con una larga trayectoria de autonomía política como aquéllos recién autonomizados. En este sentido, se

consagraba el padecimiento del neocolonialismo como la piedra angular de la identidad común tercermundista.

Aunque no fuera una ideación privativa del Cono Sur o de América Latina, nuestros tercermundistas advirtieron que dentro de las miserias del mundo periférico asomaba con fuerza una crisis a nivel del individuo, consistente en la carencia de una conciencia liberadora que por lo pronto tomara razón de su membresía al Tercer Mundo y de sus padecimientos, y que después liderara la lucha contra las cadenas materiales e inmateriales que lo oprimían.

El diagnóstico incluyó también la explicación del estado actual, es decir de cómo se llegó a la situación presente. En este sentido, desde el Cono Sur se subrayó el remoto origen del Tercer Mundo, enraizado en el choque civilizacional entre Occidente y el resto del planeta, que provocó una fractura imposible de soldar (Mastrorilli, 1973, p. 41).

45

El brasileño Cândido Mendes (1963) reconocía en el colonialismo la raíz de un hecho social total, es decir, de una estructura global a nivel económico, social, político y cultural, que derivó en la constitución de los países periféricos como el “proletariado histórico” de Occidente, el “polo pasivo o dependiente de un sistema económico-político que trasciende sus fronteras” (1963, p. 46, traducción nuestra).

1.2.2. Sociedad ideal

No fue en este ítem que los ideólogos conosureños del Tercer Mundo alcanzaron sus mayores luces, y es que se preocuparon más de cómo accionar los cambios que de diseñar la nueva sociedad. De todas formas, fue muy marcada la predilección por una economía de tipo socialista, donde el Estado propiciara cambios radicales que posibilitaran un crecimiento autónomo, sustentado en el aprovechamiento de los recursos soberanos y en la ruptura de los perniciosos lazos de dependencia con los países centrales. Hubo incluso voces que, para el

caso latinoamericano, hallaron en las estructuras económicas de los pueblos precolombinos un socialismo atávico (Astesano, 1972), que certificaba una identidad desde siempre vinculada hacia este sistema. Pero el socialismo propuesto por los tercermundistas era más un medio que un fin, un medio para dotar a la población de los suministros básicos y distribuir así unos ingresos reservados hasta entonces a las elites, con miras a establecer una genuina sociedad igualitaria. Incluso se propuso un socialismo a escala global que avanzara, en palabras de Eduardo Astesano (1972, p. 206), “hacia una internacionalización liberadora tercermundista, que busca la socialización mundial de los medios de producción, para superar la desigualdad nacional y el subdesarrollo”.

46 También adquirió notoriedad el ideal democrático, pues se deseaba expandir la democracia no solo a la política, a la economía y a la sociedad, sino a las relaciones internacionales en sí.

Asimismo, y retomando un tópico anterior, en el tercermundismo del Cono Sur pudo apreciarse una aguda preocupación por la realidad del individuo y por un crecimiento integral que pasaba por la profundización de su conciencia y de su constitución como sujeto –dueño– de su propia historia: “La liberación del Tercer Mundo representa la quiebra de la razón histórica signada por la opresión y el inicio de una nueva edad caracterizada por el predominio de la libertad humana” (Mastrorilli, 1973, p. 53).

1.2.3. Estrategia

La pregunta por cómo hacer la revolución, o al menos la transformación profunda del orden existente, concitó gran atención entre los tercermundistas, quizá como ninguna otra. La mayor complejidad estribó en la combinación de instrumentos nacionales, o internos, e internacionales, o externos. Dentro de estos últimos, el primer paso fue la comunión entre los continentes periféricos, la convicción de que libraban en el fondo

la misma lucha y de que, por consiguiente, un accionar concertado podía acarrear beneficios reales. Pero también se interpretó que el proceso para obtener la genuina independencia requería el éxito en todos y cada uno de los países, única receta para vencer al imperialismo: “Cada país que se libera de la hegemonía imperial necesita de la liberación de los demás, no solo para consolidar esta área de construcción común sino para que esos países vecinos no sirvan como bases o plataformas de agresión” (Franco y Argumedo, 1975, p. 185).

Fueron los mecanismos nacionales los que causaron mayor discusión. Una estrategia planteaba la urgencia de comprometer a la sociedad entera en el esfuerzo revolucionario, o sea, impulsar una revolución nacional y no de clase, con el consiguiente concurso de las burguesías locales. Se le oponía una visión que no subordinaba el objetivo final —una sociedad socialista— a los medios para conseguirlo, sino que integraba objetivo y medios en un solo trayecto, lo cual comportaba una lucha simultánea al interior y exterior de las fronteras de cada país, que debía liberar a las clases trabajadoras tanto de la voracidad imperial como de la opresión oligárquica. De ello se sigue que había acuerdo en la vía revolucionaria, aunque persistían dudas sobre cómo recorrerla.

Fue la primera opción la que captó mayor adhesión. Tal opción la podemos designar como nacionalismo revolucionario, una etiqueta muy elástica que puede englobar distintas posiciones, pero que resulta operativa en este caso por cuanto remite a los dos pilares del discurso tercermundista hegemónico: revolución y nación, donde el segundo término define el carácter del primero, no solo porque evoca la soberanía independentista en pugna con los colosos centrales, sino porque involucra a la nación entera sin hacer ninguna exclusión de clase (a excepción de la élite entreguista).

Se insistió asimismo en el despliegue de una conciencia liberadora a nivel colectivo e individual que permeara a la sociedad y se extendiera desde un país al continente y luego al mundo entero (Brant, 1987).

¿Son estas nociones verdaderas estrategias políticas o son mera retórica? Respondemos que son estrategias-marco, esquemas globales que en efecto no ofrecen una praxis revolucionaria al estilo del guevarismo o del maoísmo, no precisan etapas ni métodos para generar las transformaciones que anhelan, solo diseñan grosso modo la orientación que el tercermundismo debe tomar.

1.3. Conclusión

48

Se ha demostrado la entidad del tercermundismo en tanto sensibilidad y en tanto ideología. Es efectivo que la historia de las ideas y del pensamiento político en América Latina no había reparado hasta ahora en su existencia, lo que puede deberse tanto a sus limitaciones disciplinarias como a la escasa visibilidad del tercermundismo como corriente político-cultural. Podría argumentarse, luego, que los historiadores e investigadores de las ideas no se han ocupado del tercermundismo por considerarlo irrelevante o quizá mera moda. Por nuestra parte, sostenemos que el tercermundismo intervino en la gestación de una atmósfera epocal, de una sensibilidad dominante en el campo político-cultural de América Latina que incluyó una preocupación probablemente inédita por la realidad del resto de los países subdesarrollados de África y de Asia. Una vocación, en definitiva, internacionalista que excedió los habituales márgenes continentales entre los que se movía nuestra intelectualidad.

La declinación del movimiento, con todo, no puede desconocerse. El término de la Guerra Fría, la irrupción del conflicto Norte-Sur, las diferencias al interior de lo que antes era considerada una unidad (los países petroleros, los tigres asiáticos y las megaeconomías emergentes se han “despegado” del Tercer Mundo, aparte del desgajamiento del Cuarto Mundo), el posmodernismo y el eclipse de las ideologías, etc., son factores que explican el declive a nivel global; a nivel latinoameri-

cano, y más específicamente conosureño, se pueden señalar también la transformación profunda que supuso el paso de las dictaduras militares por la región, el triunfo del neoliberalismo, la despolitización de la sociedad, y el auge de los acuerdos comerciales internacionales.

Como resultado, la figuración actual del tercermundismo es débil y el contraste con los sesenta y setenta, mayúsculo. Sin embargo, en los últimos años, ha despuntado un “nuevo tercermundismo”, que insiste en la vigencia del concepto Tercer Mundo por cuanto rescata y subraya la pervivencia de la desigualdad económica, aglutina los esfuerzos por una alianza contrahegemónica (y antiglobalización), y permite pensar en los sectores marginados al interior de las sociedades desarrolladas. Se ha expresado así la necesidad de un *revival* del tercermundismo (Smit, 2012). Además, es posible argüir que el tercermundismo ha mutado y ha adoptado nuevas formas, “infiltrándose”, por ejemplo, en las corrientes antiglobalización o en el decolonialismo —u opción decolonial— que, en sintonía con los estudios poscoloniales, o aun con los estudios subalternos (Castro-Gómez, 2007; Lander, 2000; Mignolo, 1996; Palermo, 2010), ha continuado el análisis en clave periférica —implicando a los continentes otrora tercermundistas—, en oposición y permanente tensión con los centros de poder, ya sea concebidos como Occidente o como Norte. Desde este punto de vista, la semilla sembrada por el tercermundismo, creída, por momentos, condenada al olvido, ha quizá fecundado en escuelas de pensamiento tan vigentes y estimulantes como las mencionadas.

2. Tercer Mundo y tercermundismo en Brasil: hacia su constitución como sensibilidad hegemónica en el campo cultural brasileño. 1958-1990¹

Dentro de la segunda mitad del siglo XX, y en especial entre los sesenta y ochenta, en el campo intelectual brasileño destacó, entre sus sensibilidades dominantes o hegemónicas, el tercermundismo. No es que fuera la única sensibilidad, más bien se complementó con otras sensibilidades o corrientes de pensamiento, como el desarrollismo y la teoría de la dependencia. Ello se reflejó en la penetración del tercermundismo en la casi totalidad de las disciplinas humanas y sociales, situación que se prolongó por más de tres décadas. En cuanto conjunto de ideas, opiniones y sentimientos, esta sensibilidad tercermundista se definió por una actitud favorable y receptiva a todo lo concerniente al Tercer Mundo. Era bienvenido lo proveniente de Asia y África; se solidarizaba con los problemas que aquejaban a esos continentes; se demandaba de Brasil un acercamiento más decidido; se fomentaba el diálogo, en todos sus niveles, con los nuevos aliados; se compartía el resentimiento hacia el Primer Mundo, gran culpable del subdesarrollo generalizado; se vibraba con los triunfos de los movimientos de liberación nacional; cundía la curiosidad y el interés respecto a los pueblos asiáticos y africanos, etc.

51

¹ Reproducción no exacta de “Tercer Mundo y tercermundismo en Brasil: hacia su constitución como sensibilidad hegemónica en el campo cultural brasileño – 1958-1990”, *Estudios Ibero-Americanos*, 37 (2), pp. 176-195, 2011.

Pese a toda esta actividad, la historia de las ideas ocupada de Brasil ha soslayado el tercermundismo. Sus preocupaciones han sido otras, sobresaliendo, entre ellas, el tema del carácter nacional, la interpretación y desciframiento de lo que Brasil es, la búsqueda de sus claves explicativas. Los siglos XIX y XX son pródigos en obras que realizan esta exploración, de la cual se desprende la creación de tipos nacionales, aquellos personajes que más genuinamente han expresado la identidad brasileña. El pensamiento político y social ha sido trabajado poniendo en tensión, por ejemplo, las ideas conservadoras y las liberales, o bien, el localismo frente al cosmopolitismo. Se ha estudiado con minuciosidad, quizá como en ningún otro país de América Latina, el desarrollo de las ciencias sociales y las escuelas de pensamiento que han originado, como la teoría de la dependencia. Pero la reflexión en torno al Tercer Mundo no ha sido puesta en escena, y en la práctica se ha hecho invisible (Brandão, 2005; Devés, 2003; Ianni, 2000; Jackson, 2010; Miceli, 1989; Pecaut, 1990).

2.1. El campo intelectual brasileño de los cincuenta a los sesenta

En América Latina se ha remarcado que las ciencias económico-sociales tuvieron en las décadas del cincuenta y sesenta un notable protagonismo que eclipsó, de paso, el pensamiento de índole más ensayístico y humanista. En Brasil esto se habría profundizado, en parte porque desde el poder político se fomentó su desarrollo, en parte por la propia dinámica de unas disciplinas que se abrían paso esgrimiendo métodos científicos con los cuales no solo diagnosticaban el presente, sino que ofrecían transformarlo.

Diversos actores dieron vida al quehacer intelectual brasileño del periodo. 1955 marca un hito porque allí se fundó el Instituto Superior

de Estudos Brasileiros, ISEB, por decreto del gobierno de Café Filho². Nada menos que el Presidente de la República entregaba esta expresiva señal de lo que se esperaba de los científicos sociales: estudiar la nación para luego proponer un plan de acción que condujera al tan deseado desarrollo, verdadera obsesión del organismo. Se ha subrayado que el principal legado del ISEB fue haber pensado la sociedad brasileña a partir de elaboraciones teóricas propias y no tomadas prestadas de Europa o Estados Unidos³. Otro actor insoslayable fueron las ciencias sociales de la Universidad de São Paulo, que en muchos casos se situaron en oposición al ISEB y a la escena intelectual carioca, que juzgaban muy cercana al poder y a la que respondían con un supuesto mayor rigor científico. Por otra parte, en 1957, y por iniciativa de la UNESCO, nació el Centro Latinoamericano de Pesquisa en Ciências Sociais, CLAPCS, que fue vital en la articulación de especialistas brasileños con sus pares del Cono Sur, algo que ya había sido adelantado por la CEPAL. Cabe reconocer la participación, también, de revistas, como *Civilização Brasileira*, y del Partido Comunista, con estrechos lazos con intelectuales y artistas (Pecaute, 1990; Toledo, 1977).

53

En este dinámico campo intelectual nacieron y se multiplicaron ideas y escuelas. Ya se mencionó el tema del desarrollo, catalogado como la “idéia-força organizadora do campo intelectual” de la época (Brandão, 2005, p. 240). Lo que estaba en cuestión era cómo lograr el desarrollo. Para el ISEB ello se relacionaba con el nacionalismo, el Estado y la revolución. Heredero en alguna medida del populismo de Getulio Vargas, el pensamiento del ISEB reivindicaba un nacionalismo —en

2 El ISEB era también vástago del IBESP, un centro autónomo formado años atrás por varios de los profesionales que trabajarían en el ISEB.

3 Tenía cinco departamentos: ciencias políticas, economía, filosofía, historia y sociología, bajo la dirección de Hélio Jaguaribe, Ewaldo Correia Lima, Álvaro Vieira Pinto, Cândido Mendes y Guerreiro Ramos, respectivamente. También participaron Nelson Werneck Sodré, Roland Corbisier, Ignácio Rangel, Wanderley G. Dos Santos, entre otros.

cuanto soberanía sobre los recursos económicos— que debía impulsar una revolución conducida por el Estado que transformara estructuralmente la economía y liberara al país de las garras del imperialismo. Los sociólogos de la Universidad de São Paulo, en cambio, recelaban de esta revolución nacional-popular porque comprendía la participación de la burguesía. Desde una óptica de inspiración marxista, apuntaban a una transformación social derivada de la lucha de clases. A partir de estas posiciones se incubó la teoría de la dependencia, que irrumpió hacia fines de los sesenta y que puso el énfasis —en este ámbito— sobre los conflictos de clase al interior de los países subdesarrollados (Bresser, 2006). Subyacente al debate sobre el desarrollo asomó el tópico de la democracia, que en Brasil implicaba no solo participación política y justicia social, sino también igualdad racial.

54

Pese a que aquí no parece haber mucho espacio para la reflexión sobre problemas internacionales, la realidad fue distinta. De partida, el mismo nacionalismo del ISEB lo desmiente, ya que para explicar las barreras que frenaban el desarrollo nacional recurría a la teoría del imperialismo. Por otro lado, la circulación cada vez mayor de los científicos sociales del Cono Sur promovió la discusión sobre los problemas en común, siendo los brasileños artífices del pensamiento cepalino —con Celso Furtado— y de la teoría de la dependencia que también emergería en Santiago de Chile —con Fernando Henrique Cardoso—. De cualquier manera, debemos reconocer cierto desinterés por los temas regionales; de hecho, la integración latinoamericana, tan en boga por los años sesenta, no entusiasmó demasiado a los cuadros intelectuales de Brasil (Wasserman, 2010).

Fue en este campo cultural donde la semilla del Tercer Mundo y el tercermundismo fue arrojada. Y fue aquí donde, a pesar de algunos vientos en contra, logró germinar.

2.2. Bienvenida al Tercer Mundo (primera etapa)

Si logró germinar fue por la combinación de, al menos, tres elementos. Uno ya lo conocimos, el ISEB y su línea de investigación. Otro corresponde a un individuo, Josué de Castro. Y el tercero corresponde a un actor que deliberadamente omitimos al referirnos al campo intelectual brasileño de la época: los centros de estudio dedicados a África y Asia.

Sobre la ISEB, insistir en que sus planteamientos sobre el desarrollo siguieron una evolución natural, derivando en la extrapolación de lo nacional a lo global, o sea, en la certeza de que lo que afectaba a Brasil era similar a lo que enfrentaban los países pobres de otros continentes. Una de las más eminentes figuras del ISEB, el filósofo Álvaro Vieira Pinto, fue pionero en esta lectura de la realidad que, sin mencionarlo, aludía al Tercer Mundo. En *Conciência e realidade nacional*, hacia 1960, se ocupaba del desarrollo de Brasil desde la perspectiva nacionalista que ya hemos señalado, pero enfatizando la validez de ampliar el análisis a otras realidades. Alertaba que “al medirnos generalmente con países más avanzados, perdemos nuestro sentido de comunidad con las naciones subdesarrolladas”, cayendo en el peligro de “olvidar nuestra comunidad de situación con el otro subdesarrollado” (Roux, 1990, p. 227). Por eso el nacionalismo no debe confundirse con aislamiento, al contrario, “el nacionalismo no se limita a considerar el proceso histórico particular del país, sino que lo incluye en un proceso más general, el de la totalidad de las áreas subdesarrolladas que buscan un mejor modo de existencia” (Roux, 1990, p. 249). De ello se deriva una confluencia de intereses que debe materializarse a nivel concreto:

Las naciones de la periferia ahora deben constituirse como un solo ‘centro’ de acción ... Nuestro concepto de nacionalismo debe interpretarse como el procedimiento por el cual nos integraremos en un auténtico internacionalismo,

el de las naciones que luchan por la humanización de las vidas de sus poblaciones (Roux, 1990, p. 248, traducción nuestra así como todas las sucesivas).

56

Queda en evidencia que el nacionalismo de Vieira Pinto y, por extensión, del ISEB, iba mucho más allá de las fronteras de Brasil y, aunque en ningún momento se hacía uso del concepto Tercer Mundo, ya era apreciable una disposición positiva hacia esa formulación. Aquí entra en escena Cândido Mendes, cuya experiencia resulta perfecta para ilustrar la vocación tercermundista que se iba imponiendo. La particularidad de Mendes radica en su doble militancia, ya que, tras fundar el ISEB y dirigir su departamento de historia, se allegó al Instituto Brasileiro de Estudos Afro-Asiáticos, precisamente uno de los centros que contribuyeron a crear el clima adecuado para la semilla del Tercer Mundo. En 1963 Mendes publicaba un volumen con un título simple y elocuente: *Nacionalismo e desenvolvimento*. Además de acometer un muy completo y serio estudio sobre la situación de Asia y África, Mendes hacía uso explícito del concepto Tercer Mundo, con lo que se cerraba el círculo entre el ISEB y el tercermundismo. Para el autor en el mundo periférico se asistía a una serie de revoluciones nacionales en busca del desarrollo; estas naciones representaban ya un sujeto histórico en movimiento que constituía el proletariado del orbe occidental. Además, Mendes saludaba el neutralismo positivo que muchos Estados del Tercer Mundo —a partir de la Conferencia de Bandung (1955)— han aplicado frente a los bloques hegemónicos, privilegiando su propia lucha por el desarrollo.

En la cristalización del Tercer Mundo tuvo incidencia, como hemos visto, la aparición de un nuevo objeto de estudio: Asia y África. En rigor fue el africanismo la punta de lanza, por razones claras. La presencia de la raza negra en la sociedad brasileña imponía la pregunta por los orígenes extracontinentales de parte importante de la población. Si bien fue el estudio de la raza negra en Brasil lo primero en aflorar, ya en los cincuenta se pasó a los estudios africanos en propiedad; en otras

palabras, el africanismo sucedió al “afro-brasilianismo”. El interés por Asia se hizo manifiesto, a su vez, en el primer instituto de este género, el Centro de Estudos Afro-Orientais de la Universidad Federal de Bahía, en 1959, que publicaría más tarde la revista *Afro-Asia*. Luego vendría el Instituto Brasileiro de Estudos Afro-Asiáticos, creación del presidente Jânio Quadros en 1961, que respondía menos al interés académico que al diplomático, pues secundaba una política exterior que miraba con simpatía a los países africanos y asiáticos. Con el golpe militar de 1964, el Instituto se movería de la presidencia a la cancillería, para más tarde refundarse en el Centro de Estudos Afro-Asiáticos, esta vez al alero privado del Conjunto Universitario Cândido Mendes, en 1973. Completa el cuadro el Centro de Estudos Africanos, CEA, de la Universidad de São Paulo, nacido en 1965, que lanzó la revista *África* (Pereira, 2008).

57

Para ser justos, en paralelo e incluso antes de la emergencia de estos centros hubo diplomáticos e historiadores que vislumbraron la necesidad de conocer la realidad asiática y sobre todo africana con miras a reorientar la política exterior del Estado brasileño. En 1956 Bezerra de Meneses llamaba a reconocer

que tenemos muchos rasgos de acercamiento, no solo étnicos sino también espirituales, con África y Asia. Que solo las distancias nos separan, porque los ideales son los mismos. Que somos tan anticolonialistas como cualquier otro país que haya participado en Bandung. Que somos ... completamente antiimperialistas (Meneses, 1956, p. 330).

En términos similares se expresaba José Honorio Rodrigues en *Brasil e África: outro horizonte*, pues apelaba a diversificar las relaciones exteriores de su país sin perder sus “ligazones esenciales” con Occidente ni abrazar la tercera posición, y así “asegurar una posición intercontinental más favorable” (Rodrigues, 1961, p. 358)⁴.

De esta manera se insinuaba, poco a poco, una alianza entre Brasil y los pueblos de Asia y África; con todo, el término Tercer Mundo todavía no entraba en el léxico de estos círculos, e ignoramos si lo desconocían o si lo evitaban en tanto neologismo vacío o aun peyorativo. El caso de Josué de Castro nos puede dar luces al respecto.

58 El médico brasileño desde temprano se hizo notar por sus alertas sobre el problema del hambre a escala global. Libros como *Geografia da fome* (1947) y *Geopolítica da fome* (1951), traducidos a más de veinte idiomas, examinaban la propagación del hambre en base a datos estadísticos y científicos que, si bien cubrían los cinco continentes, se enfocaban en África, Asia y América Latina. Sus preocupaciones y sus propuestas se centraban en lo que hoy conocemos como Tercer Mundo, pero a la fecha de sus escritos esta expresión aun no existía. Podemos catalogarlo así como un “proto-tercermundista” que, de haber conocido el concepto, de seguro lo habría usado. Es por eso que su contribución al surgimiento de una sensibilidad tercermundista debió ser decisiva: abrió nuevos campos de reflexión y evidenció la universalidad de carencias estructurales de las cuales se tenía poca conciencia.

En los años sesenta, cuando el concepto aún no alcanzaba gran aceptación, nuestro autor continuaba sin emplearlo, pese a que sus ideas profundizaban su vocación tercermundista. En la misma línea de los estudios afroasiáticos a los que ya nos referimos, Josué de Castro aportaba con “O Brasil e o mundo Afro-Asiático”, artículo que comprendía a Brasil como parte integrante del conjunto de pueblos proletarios y que por lo tanto debía multiplicar sus contactos con este mundo del futuro, aprovechando desde luego su afinidad racial con África. Además, adhería al neutralismo de las naciones afroasiáticas y a lo que llama *terceira força* (Castro, 1961, p. 15). Ya en 1970 participa junto con otros autores en *O drama do Terceiro Mundo*, libro muy difícil de hallar y que no hemos podido consultar. Por fin, en 1972, Josué de Castro usa la expresión Tercer Mundo (Castro, 1974a). En este momento, además,

De Castro certifica su pleno tercermundismo, el que refuerza dos años después, justo antes de su muerte, cuando proclamaba estar a la espera de la revolución en el Tercer Mundo, pues confiar en una evolución histórica costaría la miseria eterna (Castro, 1974b, p. 35).

Desde diversos flancos, tanto intelectuales como instituciones van preparando el terreno para que el tercermundismo cuaje en Brasil. La actividad del ISEB, de los centros de estudios africanos y asiáticos, de los organismos latinoamericanos como la CEPAL y el CLAPCS, y de personajes como Josué de Castro, más la labor de diplomáticos y de ciertos gobiernos, confluían para que la recepción del Tercer Mundo fuera fecunda⁵. Con timidez se iba abriendo paso en el campo cultural brasileño, incluso sin ser formulado explícitamente, como en los casos de Vieira Pinto y del propio De Castro. Es momento de referirse a dos hitos que, en paralelo a este movimiento, completan el cuadro de esta primera etapa del tercermundismo en Brasil, la etapa de la bienvenida, recepción y apropiación.

El primer hito corresponde al libro de Paulo de Castro *Terceira Força*, de 1958. El autor, portugués residente en Brasil, utiliza por primera vez –según lo que hemos investigado– la expresión Tercer Mundo. Resulta muy sintomático que el sentido que se le atribuye en la obra a Tercer Mundo sea algo equívoco y, a nuestros ojos, torpe, reflejo de la dificultad que siempre supone la manipulación de algo nuevo, desconocido. Para Paulo de Castro Tercer Mundo significaba el conjunto de las naciones afroasiáticas reunidas en Bandung el año 1955, lideradas por India, Indonesia, Egipto y Siria. A la fecha este grupo no adquiriría la denominación Movimiento de Países No Alineados (Belgrado, 1961), pero menos aun la de Tercer Mundo. “Terceira força”, en cambio, más próxima a tercera posición, tenía como misión ejecutar, en el ámbito internacional, una política independiente.

5 También puede incluirse la figura del sacerdote dominico francés Louis Joseph Lebret, cuyos análisis económicos causaron hondo impacto en los intelectuales brasileños.

El segundo hito lo constituye *Terceiro Mundo: unidade e emergência*, de 1962, primer libro publicado en Brasil que lleva en el título aquellas dos palabras. Su autor, J. Soares Pereira, analizaba la situación histórica del colonialismo en Asia y África, adoptando una posición tercermundista al invitar a su país, integrante del Tercer Mundo, a converger en una política común con el resto de sus miembros dado que defienden los mismos intereses: el apaciguamiento de los bloques en disputa y la liquidación de los resquicios políticos de que se vale el colonialismo para seguir ejerciendo su dominio. Se trata de

60

la lucha por la superación del atraso al que fuimos relegados por el colonialismo explotador, lucha que también nos unirá frente al saqueo económico persistente, y que fomentará relaciones continuas y fructíferas entre los pueblos del tercer mundo, mantenidos aislados por el colonialismo (Pereira, 1962, p. 8).

De esta manera la actitud tercermundista ya hace uso explícito de su nombre: el *Terceiro Mundo* ha llegado.

2.3. Propagación del Tercer Mundo (segunda etapa)

Si en la primera fase asistimos a la recepción del Tercer Mundo, a sus primeros usos explícitos y a las primeras declaraciones tercermundistas, en la segunda fase el concepto ya se ha generalizado e integrado al lenguaje académico e intelectual. Se da por descontado que Brasil es parte del Tercer Mundo y casi no se discute la conveniencia de aumentar el contacto con los países asiáticos y africanos. Al mismo tiempo el tercermundismo deja de ser monopolio de las ciencias sociales (economía, historia, estudios internacionales) para ser adoptado por otras disciplinas, como la teología y la estética.

La tercermundialización de parte de la Iglesia Católica brasileña fue un fenómeno notable, en especial si reparamos en que, hacia su inicio, en 1964, el Tercer Mundo recién empezaba a aceptarse en el medio cultural. Ese año, Hélder Câmara, en su toma de posesión del arzobispado de Olinda y Recife, recurría al concepto con sorprendente soltura:

Tenemos la responsabilidad de ser la porción cristiana, el continente cristiano del Tercer Mundo. Es evidente que ni por nada nos consideramos mayores o mejores que nuestros hermanos de Asia y África, pero somos más responsables ... Desde la América Latina cristiana, la verdadera fraternidad en el continente, el intercambio fraterno con el Tercer Mundo, el diálogo de hermanos con el mundo desarrollado serán el testimonio de Cristo más fácil de entender para nuestros hermanos africanos y asiáticos (Potrick, 1983, p. 123).

61

Câmara y Leonardo Boff fueron los principales articuladores de Tercer Mundo y teología de la liberación (Câmara, 1966; Boff, 1978). Esta corriente tuvo en Brasil una de sus plazas más fuertes. Y uno de sus postulados clave, la opción por los pobres, fue la piedra angular del acercamiento a los pueblos del resto del Tercer Mundo, opción que implicaba la confrontación directa con los países ricos.

Un avance cualitativo importante lo proporcionaría el cineasta Glauber Rocha. Fundador del Cinema Novo brasileño, que postulaba retratar la más cruda realidad de la sociedad y sus miserias, fue todavía más allá al proponer la *Estética da Fome* (del Hambre). La ocasión en que la dio a conocer es significativa: el encuentro Terzo Mundo y comunidad mundial, en el Instituto Columbianum, Génova, en marzo de 1965. En su ponencia descubría que el cine realizado en los países subdesarrollados estaba cruzado por la pobreza en general y el hambre en particular, y por lo tanto estaba dotado de un espíritu único que lo diferenciaba del resto de la industria cinematográfica:

El hambre latina, por lo tanto, no es solo un sistema alarmante: es el nervio de su propia sociedad. Aquí es donde reside la trágica originalidad del Cinema Novo ante el cine mundial: nuestra originalidad es nuestra hambre y nuestra mayor miseria es que esta hambre, sentida, no es comprendida (Rocha, 1965, p. 167).

En otros textos y en su propia obra cinematográfica Rocha complementaría esta poética, reivindicando la creación artística del Tercer Mundo, a la que llama “cinema tricontinental” (Cardoso, 2007).

62 El tercermundismo también asomó en otras disciplinas o se condensó en otros enfoques. El pedagogo Paulo Freire, por ejemplo, en los tempranos setenta hizo su profesión de fe declarándose un “hombre del Tercer Mundo” que se apersona en África para colaborar en la construcción de las nuevas naciones (Freire, 1987 y 1990). Milton Santos descubría, en 1971, las particularidades que supone ser geógrafo en los países subdesarrollados (Santos, 2009); J. Leite Lopes advertía cómo la ciencia en el Tercer Mundo propiciaba otra situación de dependencia que entorpecía el desarrollo (Lopes, 1968); y Celso Furtado, Hélio Jaguaribe y Josué de Castro, sin ser ecologistas, incorporaron un prisma medioambiental al reaccionar ante un informe encargado por el Club de Roma que alertaba sobre el colapso ecológico al que se encaminaba el planeta, coincidiendo en afirmar que, en el Tercer Mundo, debía formularse un nuevo estilo de desarrollo que integrara un uso más racional de los recursos. Insistir en el mismo desarrollo del mundo industrializado no solo sería inviable, sino especialmente perjudicial para el Tercer Mundo (Furtado, 1974; Jaguaribe, 1972; Castro, 1974b)⁶.

Los años setenta no serían la edad dorada del tercermundismo brasileño, sobre todo la segunda mitad. Varias pistas bosquejan una explicación. La situación política de Brasil se agravó el año 1969, cuando

6 Para este periodo ver también, con un enfoque más tradicional, Maia (1968) y Barreto (1968).

el régimen militar se endureció reprimiendo con fuerza la actividad intelectual; muchos académicos se vieron obligados a dejar sus universidades y otros tantos salieron al exilio. Con el proceso de apertura, en el segundo lustro de los setenta, la preocupación fundamental sería la recuperación de la democracia y la normalización institucional. A ello se agregaba un fenómeno ambivalente. Tanto dentro como fuera del país nació y floreció la teoría de la dependencia, escuela comandada, entre otros especialistas latinoamericanos, por los brasileños Fernando Henrique Cardoso, Theotônio Dos Santos y Rui Mauro Marini. Esto potenciaba el tercermundismo al dotarlo de nuevas categorías de análisis, pero lo perjudicaba al hacer omisión de realidades concretas. Por ser, en lo general, más teórico, el dependentismo se desligaba de la retórica tercermundista al aludir simplemente a 'países subdesarrollados'.

63

2.4. Consolidación y apogeo (tercera etapa)

Adolpho Crippa ofrecía un excelente corolario al intervalo del Tercer Mundo cuestionando sus fundamentos más profundos:

No tiene sentido fijar y aislar una problemática singular del Tercer Mundo, de América Latina o de Brasil, ya sea a la luz del hecho colonial o de la teoría de la dependencia. En lo que respecta a América Latina, somos una comunidad de destino con Europa Occidental, establecidos por la misma cultura ... El problema del subdesarrollo y del Tercer Mundo, después de ser el resultado de una simplificación económica, se ha convertido en una sociología y en un moralismo retrógrado y completamente superado por el desarrollo tecnológico (Crippa, 1978, pp. 583-584).

Digo corolario porque en adelante el tercermundismo volvería con más fuerza que nunca, manteniendo su vigor por toda la década de los ochenta. Varios factores inciden en la recuperación. Por una

parte, la vida política volvía a sus cauces más o menos normales, la transición estaba en marcha y la democracia se vislumbraba a la vuelta de la esquina. De esa manera el quehacer académico se regularizaba y se expandía, abriéndose a nuevas temáticas o retomando otras. En tanto, el debate económico recogía la movilización por el Nuevo Orden Económico Internacional, que en los setenta había madurado. A propósito del Informe Brandt se renovaba la querrela contra los países ricos y la estructura financiera occidental. Mientras algunos exigían logros efectivos al diálogo Norte-Sur —una terminología que en parte sustituía la visión de los tres o cuatro mundos—, otros lo desahuciaban y apostaban por la colaboración Sur-Sur. Brasil asomaba como un país industrializado que sin embargo requería participar en un mercado mundial más equitativo, reforzando su política comprometida con los países en desarrollo. En ese plano la crisis de la deuda externa en muchos países del Tercer Mundo —Brasil incluido— tornó urgente una actitud más generosa de los amos de la economía internacional. Nuevos fenómenos estimularon la reflexión sobre el Tercer Mundo: emergen sub-bloques en su interior, con los países árabes petroleros y los llamados NICs asiáticos; recrudece el Apartheid en Sudáfrica; se desata una crisis económica internacional; guerras en Medio Oriente; nueva Guerra Fría, etc. Por último, la nueva oleada puede ser vista como una reacción intelectual ante el avance avasallador del neoliberalismo, tanto en Brasil como en otras partes del orbe.

Todos estos elementos convergieron en un renacer del tercermundismo brasileño que se expresaría en una nueva diversificación disciplinaria, en una militancia más comprometida, en elaboraciones teóricas más complejas y completas, y en cierta masificación entre el gran público.

El área de los estudios internacionales fue la más prolífica (Jaguaribe, 1982 y 1986; Lafer, 1982; Guerreiro, 1983; Vigevani, 1990), sin perder peso, por su parte, el análisis económico (Paula, 1981; Dowbor,

1982). Entre las novedades disciplinarias, se aprecia en el periodismo el interés por retratar el devenir de los países del Tercer Mundo mediante el subgénero de la crónica. El mejor ejemplo fue Mário Augusto Jakobskind (1982), quien publicó un libro que reunía reportajes a países como Angola, Nicaragua, Namibia, México y Uruguay. El autor pretendía contribuir al mejor conocimiento entre los pueblos del Tercer Mundo, respondiendo al alto interés que generaban estos temas en Brasil. Además, lo suyo era una reacción a la hegemonía de las agencias de noticias dentro de lo que llamaba la batalla por la información, que remitía a su vez al reclamo por un Nuevo Orden Informativo Internacional promovido en Naciones Unidas. Advertencias semejantes hacía Arturo Diniz (1983) pero en referencia a la tecnología. Lo interesante es que se situaba desde la perspectiva del derecho y los estudios jurídicos, pues su afán era estudiar el ordenamiento legal de las relaciones entre los países. Finalmente tenemos el ensayismo de inspiración política, de donde emergieron los proyectos tercermundistas más acabados y originales en las obras de Antonio Carlos Wolkmer y Celso Brant (Pereira, 1987).

65

A partir de una lectura dialéctica del presente mundial, Wolkmer ofrecía un programa de medidas para revertir la pobreza en que se encontraba relegado el Tercer Mundo, “estrategias de efectividad” que operarían en los planos socio-económico, político-jurídico y ético-cultural. Es en esta dimensión, la ético-cultural, donde el autor alcanzaba mayor originalidad. Anunciaba así una reformulación de principios y valores que daría origen a una revolución cultural de donde emergería un nuevo sujeto histórico y una nueva postura ética entre los actores del sistema global.

Brant, por su parte, no solo proclamaba que lo que le faltaba y le había faltado al Tercer Mundo era un proyecto, sino que también proporcionaba ese proyecto. Era la hora del Tercer Mundo, el momento de actuar y destruir el orden económico vigente, pero para lograrlo

cada país debía promover una gran democratización interna —traspasándola después a las relaciones internacionales— que movilizara todas las fuerzas sociales. Por una cuestión de sobrevivencia y para evitar el colapso al que Estados Unidos conducía, el Tercer Mundo debía construir un socialismo propio, distinto desde luego al soviético y opuesto al capitalismo, que fuera producto de su experiencia y realidad particular. Luego, los países tercermundistas harían valer su mayoría en población y en número de Estados para erigir un nuevo orden, justo y racional:

66

El Tercer Mundo es hoy subdesarrollado porque está siendo inmovilizado por los potencias dominantes. Al movilizarse, el Tercer Mundo tomará conciencia de su fuerza, derrocará las hegemonías reinantes, resolverá todos sus problemas y asumirá el mando de la política mundial para dotar a la Humanidad de un sistema democrático en el que cada nación será escuchada en la mesa de decisiones y contribuirá a la construcción de un mundo digno y humano, bajo el imperio de la justicia, la paz y el amor (Brant, 1987, p. 132)⁷.

Un hecho relevante, pues da fe de la popularización del Tercer Mundo, es decir, de la existencia de un público interesado en la temática, tal como apuntaba el cronista Jakobskind, es la edición brasileña de la revista *Cuadernos del Tercer Mundo*, publicada en México desde 1974 y dirigida a un público culto pero no especializado. En 1980 empezó a salir, en Río de Janeiro, *Cadernos do Terceiro Mundo*, que se componía básicamente de reportajes y que se orientaba a la divulgación y no a la academia⁸.

7 Brant, personaje de la política nacional, creó efectivamente el Partido de Movilización Nacional, sin mucho éxito.

8 También debe destacarse el Centro de Estudos del Terceiro Mundo de la U. de São Paulo, que publicó, bajo la dirección de Osvaldo Coggiola, la revista *Estudos* entre 1986 y 1994.

2.5. Conclusiones

El tercermundismo en Brasil impregnó una amplia diversidad de disciplinas sociales y humanas e incluso expresiones artísticas. Estudios internacionales, politología, economía, sociología, historia, teología, filosofía, geografía, pedagogía, periodismo, derecho, ecología, estética, todas se vieron influenciadas por el Tercer Mundo y le dedicaron su atención. Mostraron preocupación sobre el tema, aparte de la comunidad intelectual, organismos de gobierno, la Iglesia Católica, partidos y grupos políticos, ONGs y medios de comunicación. Sin ignorar algunas críticas, se constata cierta transversalidad del movimiento, en tanto no se aprecian rechazos consistentes.

Ha quedado en evidencia que el Tercer Mundo fue asumido, incluso con cierta ambigüedad, primero como objeto, aflorando, en un segundo momento, un sentimiento de identidad que comportaba un compromiso y hasta una militancia. Se asume que Brasil es parte del Tercer Mundo y que el Tercer Mundo es una entidad dueña de su historia y de su futuro. Un sujeto, en última instancia.

Si el tercermundismo llegó a ser, en Brasil, una ideología, depende en buena medida de lo que entendamos por ésta. Lo es en tanto conjunto de ideas que realiza un diagnóstico del presente, fija las causas que lo forjan y señala el camino para una transformación radical. No lo es si lo consideramos como un conjunto disperso y poco sistemático de ideas. De cualquier modo, es posible establecer los ejes de la ideología tercermundista en Brasil: 1. Comunidad de intereses y afecciones entre Brasil y el resto de los países del Tercer Mundo. 2. Necesidad de articular políticas conjuntas para intervenir en el escenario internacional y cambiar sus estructuras. 3. Identificación del imperialismo y del neocolonialismo como las causas históricas del estado actual de cosas y, en consecuencia, como los enemigos a derrotar. 4. Constitución de un sujeto nuevo fundado en los valores éticos que representan a la gran familia de pueblos tercermundistas. 5. Rescate y fomento del patrimonio simbólico y cultural del Tercer Mundo.

3. La Ideología del Tercer Mundo en Argentina, 1961-1977¹

3.1. Ideologías en Argentina Décadas del sesenta y setenta

El mapa ideológico de Argentina en los sesenta fue jalonado por dos fenómenos fundamentales: el peronismo y la Revolución Cubana. El peronismo seguía siendo el eje en torno al cual se ordenaban partidos y actores políticos. En términos ideológicos, como es sabido, el justicialismo no poseía un cuerpo doctrinario muy elaborado, más bien se basaba en ciertos asertos con gran capacidad de convocatoria, como la defensa de la nación sobre los intereses imperiales, la exaltación de lo popular, la redistribución de la riqueza, la protección a los trabajadores y, en el ámbito internacional, la Tercera Posición.

La Revolución Cubana de 1959 caló hondo en la sensibilidad política de toda América Latina y Argentina no fue la excepción. La Revolución se erigió como un referente que obligó a tomar posiciones; así, los partidos de la izquierda tradicional se vieron descolocados ante un hecho que estaba fuera de cálculo y que contradecía en parte sus principios; entretanto, varios actores sociales incluyeron la revolución entre sus ideales, articulando un revolucionarismo creciente; y en paralelo a los partidos comenzaron a organizarse grupos radicalizados que derivaron en las primeras guerrillas argentinas. La sociedad entera se politizó, en un proceso que en los setenta se agudizaría.

69

¹ Reproducción no exacta de “La ideología del Tercer Mundo en Argentina. 1961-1977”, *Estudios Latinoamericanos*, Viña del Mar, 5 (9), pp. 9-31, 2013.

Se ha señalado que en este periodo se alzó una nueva izquierda que recogió y aglutinó ideas y sensibilidades en circulación, produciéndose también una especie de unificación ideológica (Sigal, 1991, p. 193) o un conjunto de postulados que lograron consenso y que remitían a conceptos de la izquierda histórica y a otros que se incorporaban más recientemente, como la adhesión a Cuba o al Tercer Mundo.

70 En este escenario operaron, entonces, actores y movimientos políticos que tenían un fondo ideológico acotado —como el peronismo—, o que conservaban su postura ideológica bebida de las fuentes del socialismo internacional —como el Partido Comunista—, o que apelaban a su tradición socialdemócrata —como el (dividido) Partido Socialista—, o bien que abrazaban la revolución —Montoneros, ERP—. Ahora bien, si ampliamos la mirada descubrimos cómo desde sectores intelectuales y académicos surgieron —en diálogo con los actores políticos— corrientes, ideologías o teorías que brindaron mayor espesor ideológico al campo político-cultural argentino.

El socialismo nacional fue una de ellas. Nació en la primera mitad del siglo XX y hacia mediados estaba consolidado y en plenitud. En un comienzo su principio rector fue el nacionalismo —concebido como defensa de la soberanía argentina sobre sus riquezas—, que iba aparejado con la crítica al imperialismo, culpable del estancamiento económico. En los sesenta y setenta el socialismo nacional se acercó al peronismo y al tercermundismo.

El liberacionismo, en tanto, se corporizó en Argentina principalmente a través de la filosofía de la liberación y, en su veta teológica, del Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo. Liberación se asoció al pleno desarrollo de las libertades del ser y de los pueblos, creando así un obvio nexo con las luchas de las naciones periféricas. Cabe consignar, también, la gran penetración del marxismo dentro del pensamiento político y académico, no como mera repetición de Marx y sus sucesores, sino como reelaboración desde una perspectiva nacional

atenta a integrar las ideas de Trotski, Sartre, Gramsci y Althusser, entre otros. Para finalizar, la Teoría de la Dependencia, pese a que no contó con especialistas argentinos muy visibles (fue un producto importado), logró cierta hegemonía en la academia y positivos ecos en círculos políticos. La dependencia pasó a ser la clave explicativa del deterioro económico y supuso la definitiva superación del desarrollismo, que, se pensaba, ya había expuesto sus limitaciones².

El tercermundismo se insertó en este campo ideológico, debiendo lidiar con idearios que en su mayoría mantenían alguna afinidad. Compartía con el socialismo nacional el clamor por la descolonización; con el peronismo, la prescindencia de los bloques de poder; con el revolucionarismo, la urgencia de la insurrección popular; con la teoría de la dependencia, la convicción de que lo económico y lo político eran inseparables; con el liberacionismo, la apelación a la conciencia colectiva e individual. Sin embargo, existían diferencias y matices entre las anteriores tendencias que exigieron una elaboración ideológica compleja. En lo que sigue abordaremos cómo el tercermundismo alcanzó un alto grado de especificidad, tanto en la definición y explicación del origen del Tercer Mundo como en las estrategias que éste debía seguir para su pleno desarrollo.

71

2 Tercermundismo y dependencia no se excluyen entre sí. La teoría de la dependencia, por lo general, no hace alusión explícita al Tercer Mundo, aunque su objeto de estudio sean los países subdesarrollados. Cuando aplica sus postulados al devenir histórico concreto, recurre a los países latinoamericanos y no a asiáticos o africanos. Pero tiene en mente la parte no próspera del planeta y sus teorías son perfectamente utilizables para analizar el Tercer Mundo en su conjunto. Es más, la dependencia puede considerarse el aporte latinoamericano más relevante a la ideología tercermundista global, pues ofrecía una explicación muy completa de por qué existía una brecha tan insalvable entre los países ricos y el resto.

3.2. Definición y origen del Tercer Mundo

En 1967 Mariano Grondona publicó el libro *La Argentina en el tiempo y en el mundo*, un estudio que cuestionaba qué era el Tercer Mundo y lo que ello implicaba en el mapa político nacional. Sostenía que existían seis acepciones (excluyentes) de Tercer Mundo; así, éste era integrado por: los países sumidos en el subdesarrollo económico; las colonias emancipadas después de la Segunda Guerra Mundial; las culturas ajenas a la tradición cristiana y occidental; el proletariado internacional de naciones sometido a la plusvalía de los términos de intercambio; dentro de ese proletariado, solo el sector en rebeldía o en batalla antiimperialista; el bloque de países no alineados o el campo de batalla no europeo donde se libraba la Guerra Fría (Grondona, 1967, p. 164).

72

Más allá de la precisión de la clasificación, el autor recogía, en efecto, muchas de las definiciones que circulaban en el ambiente. Concluía luego que América Latina –y más aún Argentina– solo por la precariedad económica cabía en el Tercer Mundo. Asumiendo que el problema comportaba distintas interpretaciones posibles, explicitaba que cada una de éstas tenía su correlato en la política argentina. Así, la “extrema izquierda” abrazaba con fervor el Tercer Mundo sumándose al internacionalismo antiimperialista y a la revolución mundial de las naciones subdesarrolladas contra las desarrolladas. La “extrema derecha”, a su vez, antepone a cualquier solidaridad tercermundista la cruzada anticomunista liderada por Estados Unidos que América Latina y Argentina debían secundar en atención a su pertenencia a Occidente. En cuanto al centro político distinguía dos posiciones, ambas nacionalistas, donde una se alineaba con Occidente y la otra, que se declaraba “tercerista”, se consideraba parte del Tercer Mundo.

Lo anterior ilustra lo que implicaba la afirmación del Tercer Mundo y lo que se entendía por él. El tercermundismo requería arrancar de una definición de Tercer Mundo, pero esta mera definición

ya marcaba una opción política, sobre todo porque tenía como consecuencia directa la inclusión de Argentina y de América Latina en el conjunto. Por lo mismo es probable que la definición respondiera más a los deseos personales del autor que al rigor científico o lógico. Si un autor o grupo simpatizaba con el tercermundismo sin saber muy bien lo que ello acarrearía, si sentía la necesidad o la justicia de integrarse al Tercer Mundo, lo más seguro es que elaborara una noción que permitiera la inclusión y justificara la simpatía. En el texto, el propio Grondona no denotaba mucho entusiasmo y de hecho terminaba apostando por una Argentina occidental y en vías de desarrollo que, no obstante, tenía el deber ético de ayudar y guiar a las naciones pobres del planeta a salir de su precariedad (compartiendo y maximizando sus recursos alimentarios, por ejemplo).

73

Varios años antes que Grondona, Sergio Bagú formulaba la primera lectura (de las que tenemos conocimiento) del Tercer Mundo en territorio argentino. En su libro *Argentina en el mundo* (1961), a la pasada, casi con disimulo, advertía una crisis en “el Tercer Mundo —la inmensa franja del infradesarrollo y del infraconsumo a la cual pertenece Argentina—... con sus índices de crecimiento económico apenas por arriba o bien por debajo, de los índices de crecimiento demográfico” (Bagú, 1961, p. 175). Así, junto con dar una interpretación puramente economicista integraba su país al Tercer Mundo sin mayor discusión, como obviando un debate más profundo. Esto se explica por la precocidad del texto: hacia inicios de los sesenta el Tercer Mundo no suscitaba aún los alcances polémicos ni las disputas ideológicas que aflorarían más tarde.

Entre 1965 y 1968 aparecieron tres revistas de notable vocación tercermundista que se aplicaron desde su fundación a exteriorizar su particular interpretación del Tercer Mundo. La primera, *La voz del Tercer Mundo*, hacía una formulación que privilegiaba el complejo orden mundial del momento, signado por la Guerra Fría:

Mediante las estructuras del imperialismo y del colonialismo, la política de los Bloques arrastra a los más débiles a la órbita de intereses de los más fuertes. Felizmente esta situación llega a su fin. Los pueblos en vías de desarrollo... se han agrupado para formar, no un nuevo Bloque, sino un verdadero mundo propio: el Tercero; el del no-alineamiento (Nuestra misión y su alcance, 1965, p. 1).

Observamos pues que el desarrollo aún en ciernes del concepto se acotaba a la política internacional y no parecía hacer ningún guiño a la contingencia nacional.

74

Hacia 1968 la situación era ya otra. Por una parte, los redactores de la *Revista de Problemas del Tercer Mundo* —un grupo de intelectuales de agudo compromiso, como David e Ismael Viñas, Ricardo Piglia, Rodolfo Walsh, Francisco Urondo, León Rozitchner y Juan Carlos Portantiero, algunos de los cuales habían dado vida, en los cincuenta, a la revista *Contorno*— explicitaban en su definición la homogeneidad entre los continentes periféricos: “Vasto territorio de pueblos coloniales y dependientes de Asia, África y América Latina, cuya rebelión constituye uno de los más importantes fenómenos contemporáneos”. Hermanaban América Latina con Asia y África a través del término “dependientes”, bajo cuyo paraguas cabían países en vías de liberación, así como otros que habían adquirido su independencia hacía un siglo y medio atrás. Más adelante apelaban a otro rasgo esencial común: el sometimiento a la explotación imperialista. Nótese también cómo hacían recaer en la “rebelión” de los tres continentes la clave de la contemporaneidad. Donde se diferenciaban con mayor nitidez de la propuesta de *La voz del Tercer Mundo* era en la acentuación de la identidad tercermundista de Argentina, ya que se trazaban como meta evidenciar la condición dependiente de este país junto con relevar “las vinculaciones de nuestra batalla nacional con el conjunto de las luchas antiimperialistas que se libran en el mundo” (Por qué Tercer Mundo, 1968, p. 83).

Por otra parte, ese mismo año 1968, en la revista *Antropología 3er Mundo* se escuchaba un tono similar al anterior cuando definían Tercer Mundo como:

Todos los países empeñados en alguna fase de su liberación nacional y social, en alguna etapa del proceso de independencia y descolonización, política y económica. Esto es, en situación objetiva de enfrentamiento con las dos potencias que tratan de repartirse el mundo, y a la vez enfrentando el hambre y la miseria dentro de sus propias fronteras (*Antropología, antropologías, 1968, s/n*).

Se aprecian coincidencias, como la inclusión de naciones en distintas fases, ya sea en combate por la independencia o en plena descolonización, o la apelación al imperialismo. Sin embargo, aquí surge un matiz por cuanto esta revista recalca que eran dos los polos imperialistas —Estados Unidos y la Unión Soviética—, especificación que denotaba distancia con sectores de izquierda que muchas veces evitaban referirse en un plano común a soviéticos y estadounidenses. Quienes engendraron *Antropología 3er Mundo* no ocultaban su filiación peronista. Profesores de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires como Alcira Argumedo, Norberto Wilner, Guillermo Gutiérrez, Amelia Podetti y Roberto Carri abordaron el Tercer Mundo siguiendo en parte el ya mencionado socialismo nacional y en parte el justicialismo con su Tercera Posición. En consecuencia, la mera definición era una toma de partido dentro de la escena política nacional, deviniendo el tercermundismo una opción que reafirmaba la lucha popular, nacionalista y peronista.

Quienes se esmeraron en establecer una noción simple y contundente fueron los Sacerdotes para el Tercer Mundo. Este movimiento tomó bríos hacia fines de la década de los sesenta y se enmarcó en la oleada deliberante de la Iglesia Católica latinoamericana. Su

preocupación central fue la política nacional y no el Tercer Mundo como su denominación sugeriría, en una prueba más de que el nuevo referente sirvió en buena medida como excusa para manifestarse en la escena pública. De todos modos, los sacerdotes definieron Tercer Mundo a partir de un rasgo tan básico como esencial: la pobreza. Era aquél el “mundo de los pobres y los pobres del mundo. O también: el mundo de los oprimidos y los oprimidos del mundo” (Musto, 1975, p. 79). En un documento fundamental del movimiento, titulado “Nuestras coincidencias básicas”, ahondaban en el diagnóstico del presente global, el que exhibía una realidad, “que se ha dado en llamar del tercer mundo”, innegable: “la existencia de países (sobre todo en Asia, África y América Latina) y de sectores dentro de todos los países, que padecen una situación de injusticia, oprimidos por una situación y víctimas de las secuelas del hambre, analfabetismo, inseguridad, marginación, etc.” (Seisdedos, 1999 [1969], p. 84).

Aquí la mayor novedad es hacer extensivo el Tercer Mundo a los sectores menos favorecidos de los países desarrollados. De esa manera dejaba de ser una unidad geográfica para referir una condición que se podía encontrar en cualquier país. Luego, este tercermundismo validaba a la misma Argentina, la que difería de las naciones más pauperizadas de África por su grado de desarrollo. Desde otro punto de vista, se puede interpretar como un llamado a la cohesión entre las clases proletarias de países ricos y de países pobres, en afinidad con el marxismo clásico.

Justamente un marxista (en sentido amplio) (Sánchez, 2014), Juan José Sebrelí, nos ilumina el camino pese a su postura antitercermundista. Al conocido ensayista no le gustaban los discursos de adhesión al Tercer Mundo y recelaba de un pensamiento que disfrazaba la disputa anticolonial como una cruzada nacional que envolvía a toda la sociedad disolviendo las diferencias entre clases. Lo acusaba de mito burgués porque la burguesía lo utilizaba para distraer al proletariado de la verdadera lid revolucionaria, que era tanto contra el imperialismo

como contra las oligarquías locales que habían devenido sus cómplices. Sebreli no negaba la situación desmedrada de los continentes periféricos y adhería a la querrela contra el colonialismo o el neocolonialismo, solo que confiaba en la alianza universal de los proletariados. El autor se erigía como un juez implacable al momento de liquidar los argumentos tercermundistas, partiendo por las definiciones que se habían hecho del Tercer Mundo, las cuales de un modo u otro denotaban su falsedad:

Los ideólogos del tercermundismo han personificado al Tercer Mundo, lo conciben como un mundo en sí, como una entidad personal dotada de razón, perfectamente limitada y clasificable, como una formación económico-social determinada y específica, hasta como un modo de producción especial distinto y aun superior al capitalismo y al socialismo... El Tercer Mundo no es una realidad objetiva, no es una categoría histórica, no es sino una figura ideológica entendiendo por ideología una sublimación de la realidad en provecho de una determinada praxis política. Esta ideología, generalmente sustentada por los sectores pequeñoburgueses radicalizados de los países dependientes, no es tampoco una ideología unificada y coherente (Sebreli, 1975, p. 34).

77

A juzgar por las definiciones que hemos reseñado, podemos convenir con Sebreli en el hecho de que Tercer Mundo fue presentado como una noción demasiado elástica que por mucho abarcar —según la voluntad del sujeto— perdía precisión. Es notorio, con todo, que este autor caricaturiza las ideas tercermundistas y magnifica sus inconsistencias.

Pero el Tercer Mundo no había nacido ayer y tenía toda una historia detrás que era preciso esclarecer. Podía abreviarse la discusión y sentar una historia inmediata del Tercer Mundo que lo hiciera emerger como respuesta a la Guerra Fría —atendiendo la fórmula Tercer Mundo

igual No Alineados—, o como resultado del imperialismo estadounidense y/o soviético, o, más llanamente, que se le considerara un concepto de las ciencias sociales, una invención con datación fija (1952) que solo representaba el escenario geopolítico de la segunda posguerra. Mas hubo autores que no se contentaron con tal lectura y se abocaron a desentrañar las raíces históricas del Tercer Mundo.

Carlos Mastrorilli se remontaba bien atrás y, aunque no daba un momento preciso, lanzaba una teoría que evocaba el auge y caída de civilizaciones al estilo de Spengler o Toynbee:

78

Para que exista Tercer Mundo debió existir previamente una cultura histórica separada del tronco grecorromano y, posteriormente, una relación -¿un conflicto?- entre ambos “mundos”. El Tercer Mundo, entonces, no es la mera realidad de una cultura “no occidental”, sino el producto de una relación o conflicto entre una cultura no occidental y alguna forma de imperialismo occidental, europeo (Mastrorilli, 1973, p. 41).

Con lo cual apuntaba a un primitivo choque de dos mundos donde uno se convirtió en opresor y el otro en oprimido, estableciendo una unidad Europa/cultura occidental/ imperialismo, que en algún punto de su desarrollo sometió al resto de los pueblos.

Eduardo Astesano, en *Nacionalismo histórico o materialismo*, también remitía a un conflicto entre civilizaciones, concibiendo un Tercer Mundo atávico, anterior incluso a la conquista europea. Para este autor la supremacía europea a nivel global era apenas un paréntesis burgués, mercantil y capitalista dentro de una historia particular del Tercer Mundo. En éste lo que imperaba antes del dominio europeo era una civilización socialista. Repasaba así distintos pueblos y culturas afirmando que poseían una organización socialista que no desapareció de la conciencia y que se encontraba latente en las refriegas de libera-

ción anticolonialista. Para Argentina correspondía volver, según ese criterio, al socialismo imperial de los incas que alcanzó el noroeste del país (Astesano, 1972).

En sintonía con lo planteado por Mastrorilli, aunque con mayor elaboración, Guillermo Gutiérrez —miembro del equipo de *Antropología 3er Mundo*— ponía el acento en la unificación emprendida por la expansión capitalista: “para transformarse en sujeto de la liberación, previamente debió existir el momento de su opresión, momento en el cual el sujeto fue el expansionismo del centro europeo” (Gutiérrez, 1974, p. 14). A partir de la expansión, entonces, se produce la segregación en un proceso de mundialización que definía como el “paso de una escisión múltiple a la escisión centro-periferia que, en términos actuales, divide al mundo en metrópolis imperialistas-Tercer Mundo. El Tercer Mundo es una escisión, o mejor dicho, es el polo de una escisión con el imperialismo” (Gutiérrez, 1974, p. 14). El Tercer Mundo, continuaba el autor, solo se constituyó políticamente en Bandung (1955), brindando también valor al No Alineamiento en tanto materialización del sujeto periférico.

Otra vez Juan José Sebreli se encargó de hacer la crítica a las falaces teorías con que los tercermundistas pretendían dilucidar la creación del Tercer Mundo. Sostenía que los pueblos del Tercer Mundo no escapaban a las leyes generales de la historia y por ende cambiaban y se movían merced a la lucha de clases, el motor de la historia. Luego aportaba al tema del imperialismo un nuevo ángulo, negando una correlación directa entre colonialismo y subdesarrollo: “El imperialismo no es la causa del estancamiento de algunos pueblos, sino el estancamiento previo la causa de la caída de ciertos pueblos bajo el imperialismo. Los pueblos son colonizados porque son colonizables” (Sebreli, 1975, p. 146).

El propósito de Sebreli era devolver centralidad al conflicto de clases y a las contradicciones internas de cada país aún antes del arribo de la conquista europea, y de esa forma desmentir el discurso burgués

que en cada pueblo liberado atribuía al imperialismo las dificultades que afrontaba, ocultando las verdaderas causas de la opresión, que no eran otras que la mantención de los privilegios de las clases altas autóctonas. Por eso remitía al modo de producción anterior a la colonización, para reafirmar que lo realmente determinante es la lucha de clases al interior de cada sociedad. Fueron aquellas sociedades que detentaban un modo de producción asiático previo las que devinieron blanco fácil del imperialismo.

3.3. La estrategia

80 Parte medular de toda ideología es la estrategia para obtener sus fines. El tercermundismo argentino se ocupó sobre todo de esta parte, proponiendo y debatiendo los pasos a seguir por los pueblos del Tercer Mundo más que descifrando el origen o diseñando el ideal a construir. Del qué hacer dependieron la mayoría de las disputas al interior del tercermundismo, reflejando además las distintas orientaciones ideológicas en juego. Por sus características, la reflexión ideológica en torno al Tercer Mundo debió sortear la tensión entre la perspectiva nacional y la internacional con mayor cuidado que otras corrientes de pensamiento. Se fueron engendrando así ideas que no alcanzaron sistematicidad sino que, al contrario, circularon en forma dispersa y se desplegaron sin reconocer liderazgos ni partidos, grupos o grandes pensadores.

De todos modos, se puede identificar un eje, un tronco dentro de tales ideas, aquél que enunciaba la unión de socialismo y nacionalismo, versión ampliada del socialismo nacional que en su origen se dirigió solo a la realidad argentina y que ahora se extendía al conjunto de los pueblos subdesarrollados. Era un giro que permitía vislumbrar un programa interno y externo y que, por lo mismo, funcionaba como referente argentino e internacional. Eduardo Astesano trazaba una

línea de continuidad entre el materialismo dialéctico, el nacionalismo y, finalmente, el socialismo nacional. Sugería un delicado equilibrio entre nacionalismo y socialismo, priorizando, en una primera etapa, el primero, ya que era el nacionalismo el agente de la historia en ese instante: “La contradicción principal es entre nación e imperialismo... el motor de los movimientos de liberación es el nacionalismo, vanguardia en el ‘Tercer Mundo’ de la revolución socialista mundial, que un día se extenderá a las metrópolis imperiales” (Astesano, 1972, p. 195). Hablando con claridad, el autor declaraba que la lucha de clases debía subordinarse a la lucha nacional.

En verdad era ésta la clave de la polémica entre el tercermundismo del socialismo nacional y el tercermundismo (o incluso antitercermundismo) de filiación marxista. Mientras el primero privilegiaba la batalla nacional y endilgaba a los pueblos del Tercer Mundo el rol promotor del cambio, el segundo recelaba del nacionalismo y asignaba la acción a las clases proletarias. Ante la pregunta por el qué hacer, entonces, el socialismo nacional se guiaba por la praxis de los pueblos en liberación, siguiendo así métodos nunca bien delineados. Lo importante, lo urgente era conquistar la liberación, también comprendida como independencia política. Lo político se imponía sobre lo social en una operación que conllevaba la cancelación de la esperanza del marxismo en la expansión del capitalismo hasta su colapso. En palabras de Amelia Podetti,

81

Son esos pueblos quienes, con sus luchas... proclamaron que la proclamada universalización de la etapa capitalista es el resultado de una planificación política instaurada y mantenida por medio de la violencia; y que entre centros imperiales y sociedades dependientes la única relación lógica verdadera es la escisión (Podetti, 1969, p. 42).

La ruptura significaba, de alguna manera, la imposibilidad de la lucha mancomunada de los proletariados contra el capitalismo.

Según Norberto Wilner la acción tercermundista se estructuraba en torno a la “esencialidad de la dimensión política en lo que atañe a la constitución íntima del ser social. Expulsar dicha dimensión política como algo inesencial, equivale a preparar el terreno para el disimulo de la acción imperialista, tras el manto de una supuesta unidad social” (Wilner, 1969, p. 124).

En su indisimulado ataque al marxismo, Wilner continuaba: “Volcar la realidad de los pueblos avasallados, en el molde universal de la revolución que exige el desarrollo de la previa identidad es hacer del enemigo imperialista un aliado, y del aliado un enemigo” (Wilner, 1969, p. 133). Pero este antimarxismo escondía, más que una velada expresión del socialismo nacional, una militancia peronista, tal como el propio autor declararía explícitamente en la revista *Antropología 3er Mundo*, en un artículo menos elaborado que el texto anterior pero transparente desde su título, “La tercera posición justicialista y el marxismo” (1972). Aquí Wilner recuperaba la doctrina de Perón que, por impulsar una alternativa a liberalismo y marxismo, fundó la irreductibilidad del Tercer Mundo y con ella la eficacia de una respuesta al imperialismo, el cual se instrumentaba a través de la afirmación de un mundo único, unificación comandada por la expansión de la Razón.

Por consiguiente, el tercermundismo suponía una nueva fórmula revolucionaria enraizada en la liberación nacional. Esta liberación, empero, perdía sentido si solo se quedaba allí, tanto porque quedaba pendiente la transformación social de la nueva nación como porque sin la liberación del resto de los pueblos sojuzgados se dificultaba la conservación de la autonomía frente al imperialismo. Sobre lo primero, quienes se opusieron al tercermundismo afín al socialismo nacional y al justicialismo o tercera posición insistieron en la futilidad de una revolución que dejara intactas las estructuras sociales de las sociedades locales, en donde las oligarquías y burguesías nativas mantendrían bajo dominación a las clases bajas.

Convengamos que quienes rebatieron los argumentos del tercermundismo recién expuestos no necesariamente fueron marxistas, aunque sí podrían asociarse a un izquierdismo más “puro” que el presentado por el socialismo nacional y afines. La *Revista de Problemas del Tercer Mundo* asumía esta postura cuando reivindicaba la brega social: “Ninguna excepcionalidad histórica coloca a las sociedades del Tercer Mundo al margen de la dialéctica de las clases” (“Por qué Tercer Mundo”, 1968, p. 84), a lo que agregaban que solo una auténtica orientación socialista aseguraba el futuro de las revoluciones en los países periféricos. Al aparecer lo social como la dimensión principal, expresaba su preocupación por las clases obreras aun de los países capitalistas, pues su norte era la propagación universal del socialismo. Los redactores apostaban por el Tercer Mundo, donde se estaría verificando el combate más auspicioso contra el imperialismo. Así se distanciaban también de un marxismo más ortodoxo, en el sentido que mostraban escepticismo respecto del futuro de la revolución como resultado de la alianza entre los proletarios a nivel global. Y también se distanciaban del orbe socialista, ya que no concebían el Tercer Mundo como una tercera vía frente a capitalismo y comunismo, su porvenir era el socialismo, pero no el encarnado por el bloque soviético, sino aquél espontáneo que surgía de sus pueblos.

Por otra parte, terciaba en la polémica un actor tangencialmente aludido, el comunismo o el socialismo prosoviético. A diferencia de Sebrelí, esta línea sí militaba en el tercermundismo, pero lo observaba desde su particular posición. En un tono conciliador con el tercerismo peronista se expresaba Carlos Oviedo, ya que reconocía a Perón haber establecido relaciones con la Unión Soviética, amén de iniciar una política exterior abierta al Tercer Mundo y de promover, al interior, el desalojo del imperialismo. A Oviedo le preocupaba la suerte de las naciones liberadas después de su emancipación, ya que de las fuerzas sociales que la condujeran dependería si la liberación

sería completa y popular —en el caso que lo hiciera el proletariado— o bien entreguista y oligárquica —en caso que lo hiciera la clase privilegiada—. Esto hacia adentro, porque hacia fuera se requeriría no solo la solidaridad del resto de los pueblos del Tercer Mundo, sino también la ayuda desinteresada y comprometida de los países de la órbita socialista: “una activa política de solidaridad antiimperialista entre los pueblos y países que integran el Tercer Mundo apoyados en el sistema de naciones socialistas, [provocará] cambios reales en las condiciones de dependencia” (Oviedo, 1975, p. 43)

Más confrontacional se mostraba Julio Laborde al descartar de plano la Tercera Posición de Perón y arremeter contra el tercermundismo que excluía al socialismo real y se ofrecía como alternativa tanto a Estados Unidos como a la Unión Soviética³. Acusaba una maniobra destinada a aislar o separar el Segundo Mundo del Tercer Mundo:

84

Cuando los ideólogos del imperialismo comprobaron el acercamiento de los países del “Tercer Mundo” a los países socialistas... se alarmaron y dieron a la luz la teoría de los “países pobres y países ricos”, según la cual el Norte industrial, compuesto por los países imperialistas y la comunidad socialista, vive en la abundancia, es rico, mientras los Estados del sur agrario —Asia, África y América Latina— son pobres y están hambrientos. ¿Qué se persigue con esta teoría? Ocultar los verdaderos responsables del atraso de esos países; desprestigiar a la comunidad socialista, al ponerla en el mismo nivel que el imperialismo y, por consiguiente, impedir que los países emergentes adopten la vía socialista (Laborde, 1977, p. 96).

3 Laborde, de hecho, comenzaba rebatiendo a Juan José Sebrelli y su revisionismo de inspiración gramsciana, acusándolo de denostar el movimiento comunista internacional al asociarlo mecánicamente a la imagen de Stalin.

Una problemática que logró instalarse con vigor en el ideario tercermundista fue la referente a la liberación, al sujeto y a la conciencia. El discurso tercermundista en Argentina recogió el concepto de liberación para darle un significado adicional a la mera independencia política, que era apenas el comienzo de una extensa travesía. En palabras de Carlos Mastrorilli “la liberación del Tercer Mundo representa la quiebra de la razón histórica signada por la opresión y el inicio de una nueva edad caracterizada por el predominio de la libertad humana” (Mastrorilli, 1973, p. 53).

De la libertad política se saltaba a la libertad social y luego a la del individuo, derivando en un hombre nuevo, emancipado, digno (Franco y Argumedo, 1975, pp. 74-75). Ya en 1965 la revista *La voz del Tercer Mundo* anunciaba que “el imperialismo y el colonialismo no solo deben ser derrotados en la palestra internacional, sino —al mismo tiempo— en la vida nacional, en la existencia personal y, sobre todo, en la conciencia individual” (Nuestra misión..., 1965, p. 1).

Un tópico recurrente en el pensamiento tercermundista argentino fue el de asignar al Tercer Mundo la agencia de la historia, considerándolo el motor del cambio y, en definitiva, el sujeto llamado a construir el futuro con sus propias manos. Para Mastrorilli y otros autores esto pasaba por la adquisición de una conciencia adecuada, fruto de un proceso de maduración. Los pueblos tercermundistas se formaban, en un primer momento, una conciencia nacional —rescatando el valor del nacionalismo para esta etapa—; enseguida alcanzaban la conciencia social, la que les compelió a actuar en pro de la liberación; finalmente maduraba la conciencia histórica pero solo una vez lograda la liberación. Y era esta conciencia del papel esencial al que estaban convocados los pueblos del Tercer Mundo la que aseguraba el porvenir de la liberación y el fin de la sujeción imperialista. Restaba una tarea más: elaborar un aparato científico propio, “capaz de explicar, pero sobre todo capaz de producir la liberación de sus pueblos” (Mastrorilli, 1973, p. 199).

Hemos revisado estrategias políticas, sociales y espirituales. Una estrategia sobre la que se abocaron con insistencia los tercermundistas argentinos fue la económica. Ésta tenía, en comparación a las anteriores, la desventaja de que por lo general cobraba relevancia después de la liberación de los pueblos. Si la pregunta central de la ideología del Tercer Mundo era cómo alcanzar la soberanía y cómo escindirse del imperialismo, es lógico que las respuestas priorizaran la dimensión política —en tanto disputa de poder—, y en menor medida la dimensión social —qué clase debía liderar el proceso—. No es que lo económico dejara de ser el resorte principal de la máquina o el factor más determinante de la realidad del Tercer Mundo; apuntamos a que dentro de las orientaciones para el actuar de los pueblos periféricos el modelo económico era pospuesto ya que lo urgente era trazar el cauce correcto para la revolución.

En la mayoría de los autores se hallaba la preocupación por el día después de la liberación. Se recomendaba cortar los vínculos económicos con los países centrales, bajo el entendido de que la dinámica del imperialismo era imposible de burlar. Luego se imponía, como segunda etapa, urdir entre los propios pueblos del Tercer Mundo un tejido de cooperación y solidaridad que permitiese proporcionar mercados para las producciones locales y plantarse frente al Primer Mundo con una capacidad de negociación mayor. Una idea bastante extendida sugería instituir un capitalismo de Estado que se juzgaba imprescindible para la etapa inmediata post-liberación, cuando sería necesario recuperar y organizar las labores extractivas y productivas otrora en manos de las multinacionales extranjeras; en definitiva, un “Estado transicional e impulsor de la real independencia de la sociedad periférica” (Mastrorilli y Álvarez, 1969, p. 90). No todos estaban de acuerdo. Abraham Guillén era más osado al avanzar hacia el socialismo de autogestión, “único medio para superar la alienación del hombre, sin capitalismo privado ni de Estado” (Guillén, 1969, p. 58). Pero esta receta no solo operaba

para cada sociedad nacional, era todo el Tercer Mundo el que debía unificarse en un modo socialista de producción regido por un gobierno federal universal. Pensaba en una revolución integral que por un lado liquidase las oligarquías nativas y las burguesías burocráticas entre-guistas, por otro promoviese una revolución agraria para resolver el hambre atávica, y por otro, resguardara las libertades y los derechos políticos sustentados por un auténtico humanismo revolucionario. Se declaraba partidario del socialismo nacional, el cual se dirigía “hacia una internacionalización liberadora tercermundista, que busca la socialización mundial de los medios de producción, para superar la desigualdad nacional y el subdesarrollo” (Guillén, 1969, p. 206).

3.4. Conclusión

87

El tercermundismo argentino, a partir de nuestra sistematización, logra cubrir las tres secciones que, de acuerdo a las definiciones ofrecidas al principio, componen una ideología, a saber, diagnóstico (definición, origen), ideal y estrategia.

Respecto a la primera, el análisis crítico del presente concitó más consensos que disensos entre los distintos autores. Se estaba de acuerdo en que los tres continentes periféricos compartían una historia de explotación y abuso por obra del imperialismo en sus múltiples expresiones; en que las penurias materiales obedecían a un orden económico injusto que se reproducía sin cesar y que hundía a los países pobres en un callejón sin salida; en que era preciso movilizarse ante un orden global amenazante donde los superpoderes querían arrastrar al resto de las naciones a su propia lógica de conflicto; en que los pueblos tercermundistas se alzaban, en esta hora, como sujetos de la historia, habilitados para forjar su propio destino. En cuanto al origen histórico del Tercer Mundo, hubo coincidencia en que se trataba de un proceso de larga data en el cual la civilización occidental unificó el

planeta, para luego gestarse un quiebre o ruptura radical entre dicha civilización y las otras.

88 La segunda parte, la del ideal, fue la más débil. Es cierto que se hicieron referencias a un futuro deseado, pero no alcanzaron gran consistencia y cayeron en la vaguedad. Se pensaba en un mundo sin desigualdad y libre de todo tipo de imperialismo; en naciones con pleno goce de soberanía y libertad; en el fin del subdesarrollo, o mejor, en la eliminación de la pobreza; en la solidaridad como norma de las relaciones internacionales; en el fin de las guerras y la división del planeta en bloques; en sociedades igualitarias, sin dominados ni dominantes, con una organización socialista no muy bien delineada. Y poco más que eso. Fueron más bien expresiones de deseo que verdaderos modelos de sociedad, y es que por su peculiaridad el tercermundismo no ahondó en el orden interno de la sociedad, sino que se consagró a la dinámica internacional, arena donde era crucial la elaboración de un pensamiento que interpelara a los pueblos periféricos y los guiara para la acción. De esa manera el medio se convirtió en el fin. Si lo realmente urgente era la emancipación integral de las colonias o excolonias, a lo que se apuntaba era a establecer la estrategia o metodología más pertinente, operación por la cual los medios adquirieron centralidad en desmedro de la reflexión acerca de la sociedad que se quería fundar. Ahora bien, para muchos pensadores la forma en que se obtenía la liberación determinaba la fisonomía de la nueva sociedad a construir, confundándose así medios y fines.

La tercera parte —la estrategia— fue sin dudas la más controversial, girando las divergencias en torno a dos ejes, el carácter del proceso de revolución y la solidaridad entre clases y/o naciones. Sobre el primero, la postura mayoritaria abogó por una revolución nacional que involucrara a toda la sociedad, lo que incluía a las burguesías locales. Lo vital era obtener la liberación; en una segunda etapa se debía construir el socialismo. Los oponentes, por su lado, no discernían entre

dos o más momentos, el combate era simultáneo ante un rival bifronte: las oligarquías nacionales y el imperialismo. Y en este combate el proletariado debía ser el ente rector. Aquí se hallaba implícito el segundo eje. Así, quienes defendían la revolución nacional apostaban por una solidaridad entre los pueblos del Tercer Mundo que juzgaban decisiva para garantizar el porvenir de los países liberados. Al contrario, la opinión de la izquierda tradicional o marxista seguía creyendo en la solidaridad entre todos los proletariados, ya fueran de países desarrollados o subdesarrollados. Dentro de las coincidencias sobresalió la consideración de la escisión radical del imperialismo como la única solución para la debilidad económica estructural del Tercer Mundo.

4. Tercermundismo en Uruguay: del tercerismo al pensamiento de Carlos Real de Azúa¹

El propósito de este capítulo es trazar el camino que transita el tercermundismo desde su aparición en el campo cultural de Uruguay hasta su consolidación como sensibilidad hegemónica, así como analizar si llegó a constituirse en una ideología. Estudiaremos primero el tercerismo para mostrar cómo éste abrió la puerta para la entrada del tercermundismo, explicando, sí, las diferencias entre ambos movimientos y ensayando la aparentemente contradictoria hipótesis de que el tercerismo impidió, al fin y al cabo, el despegue del tercermundismo como ideología. Y aquí entra la figura de Carlos Real de Azúa, primero como el nexo entre ambas corrientes, y luego como el mayor exponente ideológico del tercermundismo uruguayo.

91

4.1. El escenario: el tercerismo y el campo intelectual uruguayo

Ha señalado Ángel Rama (1972) que a partir de 1939 irrumpió en Uruguay lo que llama la generación crítica. Respuesta a las crisis políticas de los años treinta, esta generación extendería su dominio hasta 1969, vale decir que por espacio de tres décadas habría colocado determinadas ideas y formas de entender la actividad intelectual en

¹ Reproducción no exacta de “Tercermundismo y tercerismo en el campo intelectual uruguayo (de los cincuenta a los noventa)”, *Revista Latino-Americana de História*, 4 (13), pp. 156-180, 2015.

la primera línea. El sello de esta generación sería el desmontaje del modelo liberal que había imperado en Uruguay; con el fin de la era del batllismo, entonces, se barrería con el mito de un país excepcional, “europeo”, exaltándose la crítica en múltiples formas.

92 En el plano de las ideas se observa con nitidez la tendencia a pensar los problemas nacionales con un prisma más amplio que involucraba sobre todo lo latinoamericano pero de modo más general lo internacional. Este internacionalismo se nutrió desde temprano de un fuerte antiimperialismo, abriéndose espacio una visión autonomista respecto a los centros de poder global. Tanto durante como después de la Segunda Guerra Mundial se perfiló la prescindencia como respuesta ideal ante las exigencias provenientes de Estados Unidos para aliarse, primero, contra las potencias fascistas, y luego, contra la Unión Soviética. Este es el origen de la tercera posición y del tercerismo, sobre los cuales nos detendremos más adelante. Por ahora nos limitamos a enfatizar que la sensibilidad dominante mezclaba elementos latinoamericanistas, antiimperialistas e internacionalistas. En los años sesenta ha sido apreciado un giro nacionalista que, conviene advertir, no significó el desprecio por la orientación hacia fuera de la actividad intelectual; se trató más bien de un regreso a los problemas más propiamente nacionales, buscando referentes locales en la tradición, escudriñando en las peculiaridades de la identidad nacional. Como muestran Caetano y Garcé, la reflexión sobre lo nacional ha sido una constante, con preguntas recurrentes sobre la identidad, la viabilidad como país o el “pasado fundante” (Caetano y Garcé, 2008, p. 392).

La generación crítica también ha sido denominada generación de *Marcha*, haciéndose alusión al semanario político cultural que circuló entre 1939 y 1974. En esta revista se congregó un gran y heterogéneo conjunto de intelectuales, liderado por Carlos Quijano, su director, que en la práctica monopolizó la vida intelectual uruguaya. *Marcha* fue un referente inagotable: lo que se discutía en sus páginas marcaba

el debate político, económico, internacional, artístico y literario. Tuvo una declarada misión pedagógica tendiente a crear conciencia entre la ciudadanía, pero a la vez tuvo proyección continental tanto por ser leída con avidez en otros países como por fungir de tribuna para intelectuales de distintas procedencias, de México a Chile. Para nuestros fines es decisivo el sistemático interés de *Marcha* en política internacional que se tradujo no solo en la transmisión de información de primera mano sino también en la construcción de opinión.

De lo expuesto pueden decantarse varios elementos que hacían ya posible una recepción favorable al Tercer Mundo: la vocación internacionalista de la actividad intelectual, el vivo antiimperialismo, la fortaleza del latinoamericanismo, la difusión de la política internacional ejercida por *Marcha*. Pero he aquí que el tercerismo emerge como el antecedente más directo del tercermundismo, haciéndose pertinente su análisis en profundidad.

El tercerismo fue la corriente principal de la intelectualidad uruguaya —incluyendo medios estudiantiles— de las décadas del cuarenta, cincuenta y al menos la mitad de los sesenta. Su nacimiento puede fecharse en 1946 con motivo de los prolegómenos de la Guerra Fría, cuando se insinuó la necesidad de comprometerse con alguno de los bandos vencedores de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos y la Unión Soviética. Como reacción surgió la afirmación de un camino único e independiente, equidistante de Moscú y de Washington, fundado en la negativa terminante a obedecer los dictados de uno y de otro. En la raíz del tercerismo se situaba un antiimperialismo puro, que no distinguía banderas, condenando con el mismo ímpetu el imperialismo soviético, estadounidense, francés o británico, aunque los terceristas tenían claro que su prédica se orientaba contra Estados Unidos con mayor notoriedad por ser sus víctimas directas.

El tercerismo uruguayo —que se identificó con *Marcha* y sus cabezas más visibles, Quijano y el filósofo Arturo Ardao, cuyas editoriales y

columnas son el mejor medio para conocer las ideas del movimiento— insistió en que su postura no implicaba neutralidad política ni ideológica. No buscaban, como otros tercerismos de la época, un camino intermedio entre capitalismo y socialismo, sino que se reconocían partidarios de un socialismo democrático (De Sierra, 2003, p. 71). Y eran revolucionarios en la medida que esa revolución obedeciera no a importaciones teóricas sino a las lógicas propias de los países dependientes. Por eso el entusiasmo que despertó la Revolución Cubana en su primera etapa, pues fue la encarnación de aquel deseo de rebelión antiimperialista independiente; y por eso la decepción que provocó el acercamiento del gobierno de Castro a la Unión Soviética, suscitando fuertes tensiones al interior de un tercerismo que, convengamos, nunca se organizó de modo formal.

94

Hemos sostenido que el tercerismo preparó el advenimiento del tercermundismo. Desde el momento en que el tercerismo abrazó el antiimperialismo se posicionó en afinidad con el tercermundismo, si atendemos sobre todo al contexto histórico en que éste irrumpió en la opinión pública mundial. La lucha anticolonial de los pueblos africanos y asiáticos fue un fenómeno que marcó la posguerra, y la multiplicación de nuevos países fue el anuncio de la irreversible caída de los imperialismos clásicos. El antiimperialismo latinoamericano saludó el proceso y solidarizó con esos pueblos. En Uruguay, el tercerismo entró en sintonía, además, con el debate económico en torno al desarrollo y el subdesarrollo. Para el tercerismo, en consecuencia, prescindir de tomar una posición en la Guerra Fría no solo tenía sentido como resguardo de la autonomía, sino también como respuesta económica: había que escapar de los imperios porque además suponían la ruina material.

Pero en tanto una posición de política internacional, el tercerismo encontraría un referente mucho más coincidente en el No Alineamiento, que desde 1955, con la Conferencia de Bandung, se constituiría en una expresión política más o menos formal (solo en 1961 se fundaría de

modo oficial el Movimiento de Países No Alineados). Advirtamos desde ya que el tercerismo es anterior al No Alineamiento, el cual se enraíza en el diálogo y concordia de los líderes políticos Nehru, Tito, Nasser y Sukarno, quienes impulsaron una política de autonomía frente a soviéticos y norteamericanos con varios puntos en común con el tercerismo.

Existía, en consecuencia, a partir de lo enunciado por el tercerismo, una predisposición positiva hacia todo lo relacionado con el Tercer Mundo, como antiimperialismo, subdesarrollo, No Alineamiento, etc. Pero, así como se ha confundido el tercermundismo con el No Alineamiento, bien podría confundirse tercerismo con tercermundismo. Recordemos que definimos tercermundismo como una ideología de afirmación del Tercer Mundo —con el necesario uso explícito de esta fórmula—, de reconocimiento de la unidad de los pueblos periféricos —vale decir la declaración de pertenencia al Tercer Mundo de los países de Asia, África y América Latina—, y de reivindicación de una lucha común contra enemigos comunes. Hasta aquí el tercerismo perfectamente podría adherir al tercermundismo e incluso fundirse en un solo cuerpo, ya que no se observan contradicciones de principio entre ambos; sin embargo, esto ocurrió de modo muy marginal. Para comprender por qué el cruce entre tercerismo y tercermundismo no se dio de forma natural como podría esperarse debemos dirigirnos al año 1965, momento en que, a propósito del libro de Aldo Solari, *El tercerismo en el Uruguay*, Arturo Ardao asumió la representación y defensa del tercerismo, desatando la polémica con Carlos Real de Azúa. Pero antes es preciso conocer cómo se desarrolló el tercermundismo en este país.

95

4.2. El Tercer Mundo llega a Uruguay

Se han mostrado aquellos elementos auspiciosos para el tercermundismo, con especial atención al tercerismo. Ponderemos ahora el papel que tuvo *Marcha* en la recepción uruguaya del Tercer Mundo. La

preferente dedicación que la revista dispuso a las noticias internacionales ha permitido la verificación de la primera mención de la expresión Tercer Mundo en dicho país, lo que ocurrió en 1956. Este dato no es menor si consideramos que ni en Brasil ni en Argentina ni en Chile se han detectado menciones más tempranas. Si el concepto nació en 1952, quiere decir que demoró cuatro años en “cruzar el charco”. Fue en el reportaje “800 millones de manumitidos”, firmado por A. F. S., que aparecieron las primeras declaraciones tercermundistas en territorio uruguayo. A propósito de la crisis de Suez y de la solidaridad para con Egipto de naciones “desde Marruecos a la India”, se constataba un sentimiento común:

96

Es el tercer mundo. Son los pueblos que experimentan la sensación de pertenecer a una clase especial dentro de la humanidad, una clase por encima de las fronteras, de las religiones, de los idiomas y las culturas. [Unido por el vínculo de la emancipación,] este “tercer mundo”, puesto en marcha, como lo está, tiene un papel muy grande en el futuro. Este papel puede ser, ni más ni menos que el de heredero de los poderosos de ayer y aún de hoy, de los blancos occidentales. Empero, para que la hegemonía pase al “tercer mundo” es preciso que los otros dos mundos, mucho más fuertes, se destruyan mutuamente... El “tercer mundo” no es fuerte por sus medios materiales, pero lo es por la masa humana” (A. F. S., 1956, p. 12-13).

Nótese que, pese a hacerse manifiesta una historia común definida por la condición colonial, se aprecia cierta distancia hacia el proceso, un hiato entre la región afroasiática y América Latina, como si se observara de lejos. El autor, Álvaro Fernández Suárez, era el hombre de *Marcha* en Europa, colaborador asiduo y especialista de la revista en política europea y mundial; también era un ferviente tercerista, como lo prueba su artículo “Lo que no es y lo que es la tercera posición” (1951).

Ese fue el desembarco del Tercer Mundo en Uruguay. Sin embargo, se estaba lejos de la propagación del concepto.

Ese mismo año apareció en un periódico montevideano un escrito de Vivian Frías, uno de los más relevantes intelectuales del Partido Socialista, que daba cuenta de la existencia de lo que llamamos proto-tercermundismo (también presente en Brasil y Argentina), esto es, de un discurso tercermundista que no llevaba su nombre, probablemente porque el autor no lo manejaba. El proto-tercermundismo de Frías hacía una radiografía del momento político internacional apostando por la rebelión de las zonas periféricas en contra de los imperios:

El impacto imperialista finisecular es un factor decisivo en el alumbramiento del mundo moderno. Un mundo donde la historia discurre en dos planos distintos y ofrece significados distintos para los pueblos, según el plano en que vivan. Hay un centro, escenario de los procesos históricos medulares y radicado en las metrópolis imperialistas... Pero no pueden subsistir sin una extensa periferia —sus dilatadas orillas— donde la historia no se hace, sino que se padece. [Después de la Segunda Guerra Mundial,] la marea cambia de rumbo. La agresión de 500 años de expansión capitalista, suscita la reacción natural de revancha e insurgencia. Los suburbios... [reclaman] el derecho a conducir sus destinos... El énfasis histórico está cambiando de manos. Es la rebelión de las orillas (Frías, 1989, p. 15-16).

97

Explícitamente envolvía en su análisis a los pueblos de Asia, África y América Latina, aunque marcando ciertas diferencias entre ellos. Por último, Frías abogaba por un socialismo particular para los “márgenes dependientes del mundo capitalista” que debía ser nacionalista y antiimperialista, desestimando el internacionalismo proletario

preconizado por Marx (Trías, 1989, p. 59)².

Si a lo anterior sumamos la experiencia del tercerismo, tenemos que en los años cincuenta el tercermundismo se respiraba en el ambiente aunque el concepto se había explicitado apenas de forma excepcional.

Pasaron varios años para que en *Marcha* se volviera a oír de Tercer Mundo. Sucedió en 1959, cuando se publicó un artículo nada menos que del padre de la expresión, Alfred Sauvy³. Pero a partir de 1961 se detecta un giro definitivo. El hito en esta oportunidad lo representa la nota “La muerte de Lumumba inflama al “Tercer Mundo””,⁴ que fue el primer titular en la historia de la revista con esa expresión, que desde entonces sería de uso frecuente, incorporada de lleno al vocabulario. El semanario nunca dejaría, además, de brindarle un espacio privilegiado a las noticias provenientes del Tercer Mundo, tendencia que incluso iría creciendo. De esa manera el tercermundismo iba cristalizando una sensibilidad que, como veremos en seguida, en el segundo lustro de los sesenta alcanzó su apogeo.

98

4.3. Consolidación del tercermundismo uruguayo

Hemos ubicado, dentro de los rasgos determinantes del tercermundismo, el sentimiento de pertenencia al mismo. Y pese a la

2 En 1979 Trías volvería sobre estas ideas con la diferencia de que ahora sí usaba la expresión Tercer Mundo. Profundizaba además en la reflexión sobre las clases sociales, enunciando que el nacionalismo antiimperialista en el Tercer Mundo debía ser conducido por las masas en sentido amplio y sin la burguesía, cuya lucha era de clase y no nacional. Estas masas, o clases nacionales, incluían a todas las víctimas del subdesarrollo y del imperialismo, es decir a campesinos, obreros, estudiantes, militares y a la pequeña burguesía (Trías, 1979, p. 59).

3 *Marcha*, 965, 1959.

4 *Marcha*, 1047, 1961.

orientación hacia el exterior de la intelectualidad uruguaya, el vínculo de pertenencia al Tercer Mundo no floreció temprano. Recién en 1967 la revista *Marcha*, al comentar su serie *Cuadernos de Marcha*, adoptaba un compromiso enfático con el referente en cuestión:

Y no se trata solo del ser nacional uruguayo, sino, sobre todo, del ser nacional latinoamericano, y de nuestra inevitable integración —seamos o no conscientes de ella— con los otros países del Tercer Mundo. Los cercanos, a los que nos une un origen común y un común destino; pero también los extraños y lejanos, de los que poco sabemos excepto que padecen, como nosotros, la exacción de los poderosos, o del poderoso (“Cuadernos de Marcha”, 1967, segunda sección p. 9).

99

La propia definición de lo que era el Tercer Mundo obligaba a decretar si Uruguay y América Latina cumplían o no con sus requisitos. A ello se abocaba el historiador Oscar Bruscherá hacia 1969, indicando que los rasgos distintivos de los pueblos del Tercer Mundo eran la condición de subdesarrollo económico, la sujeción a centros imperiales, la necesidad de formar una conciencia nacional y el deber de instrumentar una cultura al servicio de su liberación. Según aquello, afirmaba el autor, América Latina pertenecía al Tercer Mundo, aunque con matices:

Acaso la diferencia más señalable es que el resto del Tercer Mundo ha adoptado una más activa actitud de insurgencia, que sus procesos de liberación están avanzando con un empuje más firme; que el sentimiento colectivo del panafricanismo por ejemplo, es bastante más efectivo y sólido que la tenue conciencia latinoamericana, todavía demasiado retórica, demasiado de ‘élites’ intelectuales (Bruscherá et al, 1969, pp. 67-68).

Volviendo a la consideración de que la década de los sesenta ostentó un cariz nacionalista dentro de la historia intelectual uruguaya, insistamos en que el tercermundismo no resultaba contradictorio con aquél debido a que la reflexión sobre el presente y futuro del país se encadenaba con el escenario internacional. Es lo que exhibía Alberto Methol Ferré, en un libro de título elocuente, *El Uruguay como problema*, cuando se preguntaba:

100 ¿Cuál entonces el contexto mundial actual? Más que la lucha entre el mundo capitalista y el de las burocracias socialistas, es la división entre las naciones industriales y las naciones proletarias, subdesarrolladas, agroexportadoras del Tercer Mundo, entre las que se encuentra la balcanizada nación latinoamericana... Así, hoy es común aceptar la evidencia que el conflicto fundamental ya no toma la forma visible de ‘Oeste y Este’ sino ‘Norte y Sur’ del planeta (Methol, 1967, p. 79).

Y en ese conflicto, con un Uruguay formando parte del “proletariado exterior”, lo que cabía era buscar soluciones en conjunto, sin confiar en otros, y en lo inmediato, hacer de la cuenca del Río de la Plata un solo bloque (Methol, 1967, p. 80).

La solidaridad, la convicción de que la lucha era la misma, de que el desenlace de conflictos aparentemente ajenos era a su vez vital para América Latina, fue uno de los ejes del tercermundismo de la época. Por eso la aguda preocupación por fenómenos que en otros tiempos —o aun en la actualidad— hubieran causado indiferencia. Una de las entregas de *Cuadernos de Marcha*⁵ se consagró a “El poder negro”, apuntando a la condición del pueblo afroamericano en Estados Unidos y haciéndose parte de sus reivindicaciones, advirtiendo en definitiva la interdependencia entre las, en apariencia, distintas batallas:

5 *Cuadernos de Marcha*, 12, 1968.

No habrá liberación para los primeros [los negros], sin modificación substancial, revolucionaria, de las estructuras de Estados Unidos. Y sin que desaparezca la explotación del Tercer Mundo, base y fruto a la vez de esas estructuras y semejante a la explotación que los negros padecen. No habrá liberación para el Tercer Mundo, mientras el imperialismo subsista. Golpear adentro y golpear afuera es la consigna en común (...) El imperio caerá por sus contradicciones y por la acción conjunta de todos los que son sus víctimas (Peirano, 2001, p. 106).

Un espíritu análogo inspiraba otro de los *Cuadernos de Marcha* (1969, n. 28), “África ‘69”, que reportó el Festival Panafricano de Argel y que fue cubierto por el escritor Mario Benedetti. Subyacía a todo el texto una simpatía militante por los procesos africanos de liberación y una búsqueda de los mejores caminos por alcanzarla. Ahora bien, de todo lo que acontecía en el mundo por esta época nada fue más impactante que la Guerra de Vietnam. La ola de solidaridad que la gesta vietnamita despertó sobre todo en el resto del Tercer Mundo envolvió por supuesto a Uruguay y qué decir a *Marcha*, que siguió de cerca la conflagración. Hacia sus postrimerías, cuando ya se juzgaba inexorable la derrota estadounidense, el semanario expresó que aquel pueblo “al luchar por la propia liberación, combatió por la ajena. Y en primer término por la nuestra. La de los pueblos sometidos del Tercer Mundo” (La lección de Vietnam, 1972, p. 7).

Una de las claves de la expansión del tercermundismo como sensibilidad fue su penetración en el campo de la estética y las artes, específicamente en el cine. Tanto en Brasil como en Argentina hubo notables expresiones en esta línea; en Uruguay, donde el desarrollo de un cine nacional fue más dificultoso, de todos modos prendió un movimiento de difusión del cine de los continentes periféricos. En esto también intervino *Marcha*, que organizaba año a año festivales que

derivaron luego en la creación de la Cinemateca Tercer Mundo. Ésta tuvo la doble función de promover realizaciones locales y de difundir películas del resto del Tercer Mundo, con un respetable éxito de público, reforzándose, ahora a un nivel más masivo, la identificación de los uruguayos con los problemas de pueblos asiáticos y africanos, en el papel tan distantes (Tal, 2003; Jacob, 2003).

102 Más relevante, eso sí, fue la propagación del tercermundismo por las ciencias sociales. Es natural que, por sus características, la reflexión en torno al Tercer Mundo haya estado a cargo de los científicos sociales, pues allí de hecho nació. Antes de ser un referente político e ideológico, economistas y sociólogos fueron quienes primero teorizaron sobre el asunto, sumándose luego politólogos, antropólogos, historiadores, geógrafos, e incluso disciplinas de una proximidad más relativa, como psicología o teología. Este proceso se dio temprano en Brasil y Argentina, pero en Uruguay fue más tardío y tímido. Como explicación parecen conjugarse dos elementos, primero, la lenta institucionalización –en términos comparativos– de las ciencias sociales en Uruguay, donde no se observan las generaciones de científicos sociales que ya en los sesenta estaban produciendo en Brasil y Argentina (aun en Chile), y la propia situación del tercermundismo, que si bien fue fuerte como sensibilidad fue más débil en cuanto elaboración de pensamiento y por tanto su inserción como referente, como reactivo para el ejercicio de las ciencias sociales incidió de manera secundaria.

En las décadas del cincuenta y sesenta la discusión sobre temas internacionales, por lo pronto sobre tercerismo y sobre tercermundismo, estuvo localizada en el ensayismo en sentido lato, con intervención de filósofos como Arturo Ardao, historiadores como Methol o Bruschera, intelectuales de difícil encasillamiento como Real de Azúa, figuras de origen literario como Benedetti, en fin; pero no científicos sociales de perfil más técnico. En los setenta tenemos ya

un panorama distinto, abriéndose el tercermundismo a este campo y encarnando en figuras como Enrique Iglesias y Germán Wettstein. Ambos, valga la salvedad, lo hicieron desde el extranjero, seguramente por las dificultades del trabajo académico durante el gobierno dictatorial (1973-1985).

Iglesias fue un economista que trabajó largos años en organismos internacionales como la CEPAL en Santiago de Chile, y junto con integrar una organización como el Foro Tercer Mundo —que agrupó a científicos sociales de los continentes periféricos durante los setenta y generó documentos que buscaron influir en la toma de decisiones a nivel de organismos internacionales— redactó numerosos artículos donde se refirió a la problemática de América Latina como parte del Tercer Mundo, aunque sin olvidar sus dinámicas particulares (Iglesias, 1977 y 1979). Siempre insistió, además, en la necesidad de articular alianzas que permitieran al Tercer Mundo enfrentar con mayor peso a los países ricos (Iglesias, 1976, p. 44).

103

El geógrafo Germán Wettstein, por su parte, cuestionó el proceder de su disciplina frente a los desafíos que planteaba el Tercer Mundo, lanzando el imperativo ético de convertirse en geógrafo tercermundista —colocando de arquetipo al brasileño Milton Santos—, de modo de servir a los pueblos oprimidos del planeta mediante su trabajo. Incluso la definición de Tercer Mundo la formuló en términos geográficos, explicando que la explotación que corroía este espacio era “de base neoeconómica..., pues a los siete décimos de la población mundial que vive en países subdesarrollados, le corresponden apenas tres décimas partes del producto del trabajo humano” (Wettstein, 1978, p. 30). Avanzando en elaboraciones ideológicas, vale decir, en la búsqueda de ideas que comportaran soluciones para el estado actual de cosas, Wettstein apostaba por el “otro desarrollo”, una respuesta a las recetas propuestas por el Primer Mundo:

El Tercer Mundo es tan rico en recursos naturales como en culturas entrenadas en sobrevivir del mejor modo frente a/con la naturaleza. El subdesarrollo, que ha sido hasta el presente una maldición, devendrá catapulta para el cambio cuando las mil y una formas de superar las carencias seculares sean compaginadas en el gran libro del otro desarrollo (Wettstein, 1978, p. 289).

En los años ochenta asistimos a dos fenómenos contradictorios. Si por un lado el tercermundismo decayó —tal como aconteció a nivel global—, por otro arremetió con inusitada fuerza.

104

Sobre lo primero, no es que el Tercer Mundo haya desaparecido del debate público, sino que perdió figuración. Quedó relegado al estudio de tratadistas sin mayor vuelo (Durán y Baumgartner, 1985) o al análisis político que sopesaba los horizontes de Uruguay en materia de política exterior. Tanto Danilo Astori en 1982 como Romeo Pérez en 1986 se preguntaban por la estrategia que debía adoptar Uruguay en el plano internacional —en pleno proceso de redemocratización—, exhortando hacia la conformación de bloques y al reforzamiento de lazos con el Tercer Mundo. En el caso de Pérez, sus palabras denotaban cierta extemporaneidad, pero a la vez eran prueba de la morosa penetración del tercermundismo en Uruguay:

El país tiene que encarar seriamente la cuestión de la validez del esquema de Primero, Segundo y Tercer Mundo; y, si es válida, encarar también la medida de nuestra pertenencia al Tercer Mundo, puesto que me parecen desechables las hipótesis de que pertenezcamos al Primero o al Segundo. Creo que el país ha resistido durante décadas la identificación con el Tercer Mundo, tanto que ha terminado por caer en negativas a la propia validez del esquema... Si estuviese corroborada [la validez] correspondería responder a la pregunta ¿pertenece al Tercer Mundo?; y si pertenece, ¿hemos actuado en consonancia? (Pérez, 1986, p. 215-216).

Respecto a la arremetida, ésta llegó casi de rebote. En tiempos en que cada vez se hablaba menos de Tercer Mundo y más de conflicto Norte-Sur, se instaló en Montevideo la edición en español (para el Río de la Plata) de la revista *Cuadernos del Tercer Mundo*, cuya redacción central se ubicaba en Río de Janeiro. Fundada en Buenos Aires y luego asentada en México, la revista volvía al Cono Sur bajo la dirección en Brasil de Neiva Moreira, quien estaba casado con la uruguaya Beatriz Bissio, editora a su vez de la versión hispana. Sus páginas retrataban la contingencia del Tercer Mundo, con énfasis en la situación política de aquellos países más convulsos de los continentes periféricos. No era una revista de opinión sino informativa y de divulgación. Circuló entre 1985 y 1990.

Y casi al mismo tiempo se afincaba en la capital uruguaya el Instituto Tercer Mundo, dependiente de la Red del Tercer Mundo, una agrupación de organismos no gubernamentales con sede en Indonesia. El Instituto, que aún funciona, publicaba la versión española de *Third World Resurgence*, llamada *Revista del Sur*, que entre sus editores asociados anotaba a Roberto Bissio (hermano de Beatriz: todo quedaba en familia). Este organismo no tiene mayor interés para nosotros ya que no participa en la vida intelectual local, pero sí merece considerarse pues marca la vigencia de la temática del Tercer Mundo al interior de la sociedad uruguaya. Ignoramos por qué se eligió Montevideo como sede, aunque no parece deberse a una especial disposición pro Tercer Mundo en este país. Si fuera por ello, más coherente hubiera sido su instalación en Buenos Aires o Río de Janeiro.

105

4.4. Del tercerismo al tercermundismo

Rodney Arismendi fue el dirigente más connotado del Partido Comunista uruguayo, y su figura representó la renovación de un partido que había dejado atrás la oscuridad estalinista. Escritor y teórico, hacia

1962 hizo una dura crítica al tercerismo, aunque sin distinguir a éste del tercermundismo. Para Arismendi el tercerismo descubría erradamente en el tercer mundo (el autor usa minúscula para un concepto propio, según él, de la jerga periodística francesa) una “cuña entre el socialismo y el imperialismo, algo así como un camino intermedio”, ya que tal aseveración desconocía la ayuda política y económica del sistema soviético a los nuevos Estados nacionales (Arismendi, 1997, p. 218). Así el tercerismo era “el intento falaz de contraponer el ‘tercer mundo’ y el sistema socialista”. A no equivocarse entonces, porque lo que se vivía en el Tercer Mundo no suponía el auténtico camino revolucionario, ya que éste lo detentaba el comunismo tradicional:

106

Desde el punto de vista histórico-social, lo más avanzado es el sistema socialista. El paradigma del revolucionario no puede ser los países del “tercer mundo”, aunque ese “tercer mundo” sea el segundo gran factor de la revolución contemporánea... Sencillamente, el “tercer mundo” no es un sistema social, una formación económica-social determinada (Arismendi, 1997, p. 219, cursivas en el original).

Finalizaba el autor, que escribía motivado por la declaración de Fidel Castro adhiriendo al marxismo-leninismo, puntualizando el error tercerista:

Existe un “tercer mundo”, es un hecho; pero la pretensión “tercerista” procura teorizarlo como si fuera un agrupamiento antagonico o superior al sistema socialista lo que, además de contradecir los hechos, es funesto. ¿Dónde se podría encajonar a Cuba, de acuerdo al croquis mental ‘tercerista’? Es un traspie parecido al de aquel que infiere, de la diversidad de opiniones ideológicas del campo antimperalista, la obligatoriedad de una línea antisoviética y anticomunista (Arismendi, 1997, p. 221).

La verdad es que Arismendi, por un lado, reeditaba una de las críticas habituales que se le hacía a los tercerismos en general, que atacar por igual a Estados Unidos y a la Unión Soviética desvirtuaba el espíritu socialista y liberador de ésta, condenando en el fondo la ayuda que muchos pueblos podían recibir desde Moscú para combatir los imperios occidentales, haciéndole el juego a Washington. Pero, por otro lado, erraba al asociar mecánicamente tercerismo con Tercer Mundo, porque en realidad los terceristas no habían levantado como guía de acción la praxis liberadora de los pueblos que lo conformaban. A lo más habían coincidido con el No Alineamiento en tanto estrategia homóloga, pero no recurrían, en Uruguay al menos, al Tercer Mundo como modelo a seguir.

Cuando poco tiempo después el sociólogo Aldo Solari publicó *El tercerismo en Uruguay* (1965), Arturo Ardao reaccionó y no dejó pasar más confusiones. El libro era una crítica desde el desarrollismo que objetaba en el tercerismo la oposición cerril a Estados Unidos, siendo que su ayuda podía ser aprovechada para escapar por fin del estancamiento. Ahondaba en el hecho de que al culpar de los males nacionales a agentes foráneos se limitaba cualquier posibilidad de cambio, deviniendo a fin de cuentas una posición conservadora, resignada ante un cuadro internacional intocable. Ardao inició una serie de columnas en *Marcha* destinadas a desmentir punto por punto las tesis de Solari. En lo medular argüía que el tercerismo no era una ideología, sino una posición de política internacional, y que los principios que sostenían el tercerismo eran anteriores al mismo, a saber, el antiimperialismo y el nacionalismo. Entre una serie de confusiones en las que incurría Solari, Ardao también se encargaba de dilucidar que tercerismo no equivalía a Tercer Mundo:

La tercera posición se da de un modo muy característico en el llamado Tercer Mundo, pero también en los dos primeros. Y a la inversa, las dos primeras posiciones, la

pro-Washington y la pro-Moscú, han encontrado en el llamado Tercer Mundo, verdaderos paraísos: piénsese en Asia con las dos Chinas, las dos Coreas, los dos Vietnam, etc.; en África, en América Latina, en nuestro propio país. Los terceristas europeos o los propios terceristas norteamericanos..., en cuanto terceristas, han sido más solidarios de los terceristas del Tercer Mundo, que las caudalosas corrientes nativas “alineadas” tras uno u otro de los Dos Gigantes, que en ese mismo Tercer Mundo circulan y en general dominan (Ardao, 1966a, p. 10).

108

Vale decir que para el filósofo el Tercer Mundo era un mero espacio de enunciación para el tercerismo, pero no un discurso con el cual dialogar ideológicamente. Firme en su postura de que el tercerismo era una posición táctica, la relación que éste establecía con el Tercer Mundo —que aquí ocupaba la función de un objeto, de un espacio geográfico— es de solidaridad, en el sentido de que el tercerismo era positivo y saludable para los pueblos que lo integraban. Luego, consignaba que la tercera posición

hace grandes avances en todo el mundo, hasta culminar en la histórica Conferencia de Bandung de abril de 1955. Esta Conferencia del mundo afro-asiático, que, contrariamente a lo que suele pensarse en relación con otras Conferencias del Tercer Mundo, tuvo carácter gubernamental, fue el más importante triunfo diplomático del tercerismo (“tercerismo” aquí de tercera posición y no de Tercer Mundo) en escala mundial (Ardao, 1966b, p. 14).

Así reiteraba la restricción al Tercer Mundo de meros resultados políticos concretos; en esa línea, la conjunción de tercerismo y tercermundismo operaría solo en un plano estratégico.

Es en este punto que entra al terreno de juego Carlos Real de Azúa, un intelectual de dilatada y zigzagueante trayectoria y de amplios

intereses, con obras sobre literatura, historia nacional, política, etc. Si bien Real intervino en la polémica Solari/Ardao, su objetivo no fue tanto defender el texto del primero, sino salir al paso del segundo. De hecho, sería ilógico apoyar a un Solari opositor al tercerismo toda vez que Real de Azúa declaraba por su parte un tercerismo radicalizado, por lo que se limitó a reconocer la propiedad de algunos de sus puntos de vista. Si Real terció fue porque quiso reivindicar el carácter ideológico del tercerismo y, de paso, hacer una identificación entre éste y tercermundismo. Ahora, ¿por qué Ardao contestó con tanta virulencia a Real? Como bien apunta Eduardo Vior, Ardao habría visto en peligro el liderazgo de su núcleo —entiéndase Quijano y la cúpula de *Marcha*— sobre el nacionalismo antiimperialista (Vior, 2003, p. 90), disputado por un Real más atrevido. Ardao, en su esfuerzo, remitía al pasado franquista y hasta antisemita de Real, quien hasta la Segunda Guerra había en efecto militado en tales tendencias. Éste, por su parte, intentó deslegitimar la paternidad del grupo de *Marcha* sobre el tercerismo, sentando una más rigurosa filiación con la tercera posición del populismo peronista y varguista de los países vecinos.

109

Más allá de esta disputa, lo que más llama nuestra atención es la asociación tercerismo/Tercer Mundo que se cristaliza en Real. En uno de sus mensajes dirigidos a Ardao y publicado en el periódico *Época* (1966)⁶ Real de Azúa expresaba:

Estoy hablando alternativamente de tercerismo y de Tercer Mundo y no es por casualidad, pues creo... que si algún sentido tiene hoy el tercerismo es el de ser la ideología todavía borrosa de ese mundo. Lo que quiere decir también que de ser una postura intelectual y evidentemente minoritaria ha ido haciéndose, sin perder del todo su carácter original, una 'política', con todas las impurezas, lastres y renunciaciones que ella implica pero con

6 Es significativo que no haya sido *Marcha* el espacio ocupado.

una fertilidad, con un poder creador que antes no tenía
(Real de Azúa, 1996, p. 862).

110

En estas líneas el autor tendía, por fin, el puente entre tercerismo y tercermundismo que hace rato veníamos rastreando, enunciando nada menos que el tercerismo debía ser la doctrina que verbalizara la praxis liberadora de los nacientes Estados nacionales. Para Real se avizoraba la posibilidad, además, de que el tercerismo fuera encarnado por un sujeto activo y con un potencial nada despreciable, proyectándose como movimiento. Si para Ardao el tercerismo perdía su razón de ser en la medida que la Guerra Fría se distendía, para Real podía avanzar en la realización de una sociedad mejor de la mano de los pueblos en pos de la liberación. Pero restaba saber cómo sería esta sociedad y cuáles serían los métodos para lograrla. No podían ser las cartas con que contestó a Ardao el soporte para desenvolver tamañas preguntas. Y habría que esperar muchos años para conocer las respuestas.

Aquí se plantea un desafío para la historia de las ideas. En efecto, en 1996 apareció, en forma póstuma, *Tercera posición, nacionalismo revolucionario y tercer mundo: una teoría de sus supuestos*, la extensa obra con que Real de Azúa había delineado con detalle todo un sistema de ideas en torno al problema sobre el cual polemizaría con Ardao, y que había escrito años atrás, entre 1962 y 1963. El texto representa la formulación ideológica más elaborada del tercermundismo uruguayo, sin desconocer que el autor nunca abandona el concepto tercerismo para reemplazarlo por tercermundismo, sino que confirma la identificación entre uno y otro que afloró en su diálogo con Ardao. Sin embargo, el hecho de no haberlo publicado en su momento, impide sumarlo al desarrollo ideológico del tercermundismo. Sí queda testimonio de lo que efectivamente se llegó a pensar en Uruguay sobre el Tercer Mundo, aunque no tuvo influencia alguna sobre el campo cultural uruguayo de la época (por mucho que exista la posibilidad de que el manuscrito haya

circulado entre las amistades del autor). También surge la pregunta de por qué no fue publicado. Para un autor que ya tenía varios libros a su haber, no parece ser una negativa editorial la causa. Me inclino a pensar que Real decidió no publicarlo, bien porque no encontró el tiempo para afinarlo, bien porque no lo consideró oportuno debido a alguna razón política que se nos escapa.

Real comenzaba por asumir la equívocidad del tercerismo, estableciendo que en realidad podía abarcar distintas connotaciones:

En el plano de la política internacional del mundo, el tercerismo puede caracterizarse diversamente: como grupo de naciones lleva con exactitud el colectivo de Tercer Mundo, como ideología puede definirlo el compuesto de “nacionalismo popular” o “nacionalismo-social”[,], como núcleo de actuación universal unitaria soporta los calificativos de “neutralismo” o de “naciones de curso intermedio”, o de “tercera posición” (Real de Azúa, 1996, v.1, p. 30).

111

Sintetizando, el tercerismo sería la ideología del Tercer Mundo, basada en el nacionalismo popular, que es neutral ante la Guerra Fría. Pero ese trasfondo ideológico, el nacionalismo popular, ya sea en sus expresiones hispanoamericana, africana o asiática, se definía como “la reacción defensiva frente al imperialismo y... la pugna por colocarse fuera de sus meteoros” (Real, 1996, v.1, p. 92). Es un concepto, como se ve, más destructivo que constructivo, pues parecía dejar en libertad a los pueblos para emprender su camino según su exclusiva voluntad. Es que el tercerismo

quiere la consolidación, el desarrollo, la liberación de los países del llamado Tercer Mundo, en formas propias, de originalidad intrínseca, sin perjuicio, naturalmente, de todo lo que puedan recoger, de todo lo que pueda inspirarles en los dos bloques contrapuestos que cabe llamar el Primer y Segundo Mundo (Real de Azúa, 1996, v.2, p. 527).

Pero en el proceso resultaba clave el impulso revolucionario, una revolución, otra vez, espontánea y no impuesta según modelos exógenos. A lo que se propendía era a fortalecer “la originalidad revolucionaria del Tercer Mundo” (Real de Azúa, 1996, v.2, p. 528), con lo cual se incidía en uno de los argumentos más repetidos por el tercermundismo en general, el respeto a las formas propias de revolución y a las ideas decantadas de la praxis liberadora. De esto se derivaba un cuestionamiento al marxismo y a su teoría revolucionaria que reservaba a la clase proletaria la función de motor del proceso. Por eso Real advertía que “la concepción marxista de la revolución no es la única ni la noción monoclasiista de la dinámica revolucionaria es sostenida para el área del Tercer Mundo por ninguna voz responsable” (Real de Azúa, 1996, v.2, p. 555). Por consiguiente, la revolución tercermundista aceptaba la lucha compartida de más de una clase, lo que equivalía a validar una alianza entre las burguesías nacionales y los proletariados.

Finalizaba Real con un alegato por lo que llamaba el tercerismo cabal —sin duda en alusión a los constantes malentendidos que originaba el concepto—, sobre el que cabía hacer tres precisiones:

-Una “realidad”, el Tercer Mundo, el mundo marginal, los países subdesarrollados, el universo extraeuropeo;
-una “doctrina” o una “ideología”, el nacionalismo revolucionario, o popular, o social, o una “izquierda nacional” independiente; -una “política” en su doble faz interna e internacional (neutralismo, “tercer bloque”, “naciones no comprometidas”, etc.) (Real de Azúa, 1996, v.2, p. 565).

Queda claro que para este autor tercerismo y Tercer Mundo estaban inextricablemente unidos, y que la estrategia en política internacional que dicho binomio detentaba era su tercer elemento fundante. Para el núcleo de Ardao, como se revelaría después, era este último principio, nada más, lo constitutivo del tercerismo.

4.5. Conclusión

Así como Real de Azúa partió del tercerismo para llegar al tercermundismo, algo parecido pudo suceder con el pensamiento y las ciencias sociales uruguayos en general; pero no fue así. Retomando, entonces, la hipótesis esbozada al inicio, es posible conjeturar que el tercerismo en definitiva bloqueó el tercermundismo, pues pese a que éste se impuso como sensibilidad, no alcanzó el vuelo ideológico presumible y que de hecho es visible en otros países. Lo que proponemos es que el tercerismo copó el espacio de la reflexión sobre el orden internacional incluso antes de que el Tercer Mundo fuese concebido. Por tanto, cuando éste llegó a Uruguay, no constituyó una novedad que acaparara la atención. El tercerismo siguió su camino, integrando al nuevo referente de modo marginal. ¿Para qué teorizar sobre el Tercer Mundo, o desenvolver a partir de él una ideología, si ya existía un tercerismo que proporcionaba una pauta para entender el mundo y una vía de acción? O bien se creyó que del tercerismo se derivaba el tercermundismo de forma automática, subentendiéndose que la postura tercerista era desde ya análoga al Tercer Mundo, juzgándose redundante una nueva teorización sobre éste. Desde otro punto de vista, el tercerismo tuvo la virtud de suscitar un consenso bastante extendido en el campo intelectual del país. El hecho de que *Marcha* fuese el principal vocero del movimiento, da señas de su preeminencia. En consecuencia, no se impulsó un debate que exigiera la profundización de las ideas. Bastó que apareciera el estudio de Solari que puso en cuestión el tercerismo para que brotara la polémica Ardao/Real de Azúa.

De cualquier manera, el tercermundismo fue importante en Uruguay y merece ser rescatado como una sensibilidad y una corriente de ideas que tuvo una presencia constante por espacio de más de tres décadas en el medio intelectual nacional, confirmando una vocación de apertura hacia el exterior y de crítica hacia las estructuras, en este caso,

del reparto de poder y de recursos económicos a nivel global. Y en una mirada más amplia, la experiencia de Uruguay se integra a la del Cono Sur en general, donde resulta ostensible cómo el campo intelectual de estos países acogió el tercermundismo para luego retroalimentarlo, aportando sus propias ideas y formulaciones.

5. Cuba en el Movimiento de Países No Alineados¹

La Cuba que emerge tras la victoriosa revolución de 1959 mostró desde su inicio una política exterior muy diferente a la del resto del continente. De partida, cortó los lazos que tradicionalmente los países latinoamericanos articularon con el mundo. Si éstos se habían orientado hacia Estados Unidos y Europa occidental, Cuba, en sintonía con su firme convicción revolucionaria y refundacional, se abrió al Tercer Mundo —Asia y África— y al bloque socialista liderado por la Unión Soviética. Su grado de compromiso con el Tercer Mundo la llevó nada menos que a enviar tropas a África y a liderar el Movimiento de Países No Alineados, la organización que, fundada en 1961 bajo inspiración del yugoslavo Tito, el egipcio Nasser y el indio Nehru, aglutinaba a los países neutrales de la periferia global.

115

Según declaraba el propio discurso oficial, el eje de la política exterior cubana posterior al triunfo de la Revolución (1959) fue el “internacionalismo proletario” (Rodríguez, 1982, p. 13; Fernández, 1987, p. 29; D’Estéfano, 2002). Bajo este principio se entendía que Cuba era parte de la lucha global contra el capitalismo que libraban los países socialistas de todos los continentes, lo cual implicaba una solidaridad de base con los pueblos explotados y colonizados del Tercer Mundo. Sin embargo, los especialistas han trazado una imagen menos idealista argumentando que, más allá del espíritu mesiánico que sin duda embargaba a los revolucionarios cubanos, lo que guiaba a la isla era el afán de

¹ Algunos pasajes de este capítulo fueron extraídos de “Cuba en el Movimiento de Países No Alineados: el camino al liderazgo. Causas y motivaciones. 1961-1983”, *Caravelle*, 109, pp. 181-196, 2017.

sobrevivir pues, desde la invasión de Bahía Cochinos (1961), su seguridad se consideró constantemente amenazada por Estados Unidos. Para combatir el bloqueo al cual se vio sometida y el aislamiento dentro del bloque latinoamericano, nucleado con eficacia por la OEA, Cuba debió idear estrategias para obtener un nivel aceptable de seguridad. Por ello divisó en el Tercer Mundo un amplio horizonte de potenciales amigos; por ello intentó expandir sin mayores escrúpulos la revolución a otros países de la región; por ello se cobijó al alero de la Unión Soviética y gozó de los privilegios de componer el bloque socialista.

116

Distintos autores han puesto de relieve las principales líneas que han moldeado la política exterior del gobierno de Castro, enfatizando unos la necesidad de sobrevivir (Domínguez, 1989), otros el esfuerzo por obtener independencia (Erisman, citado en Richiers, 2012), otros el multilateralismo (Jaramillo, 1999) y el carácter multifacético de dicha política (Benemelis, 1990), y aún otros la proyección global de la Revolución (Richiers, 2012). Aquí nos interesa sobre todo el aporte de Benemelis, quien ha destacado que la flexibilidad de la política exterior cubana le permitió vestirse con tres diferentes “sombros” en la escena global, en el sentido de que ha podido declararse, de modo simultáneo, miembro del bloque socialista, militante del No Alineamiento, y nación subdesarrollada inserta en la dinámica norte-sur (Benemelis, 1990, p. 123). Veremos que esta cualidad es clave para entender la evolución de Cuba en el Movimiento de Países No Alineados.

Los estudios sobre política exterior cubana han enfocado con mayor intensidad las relaciones de Cuba con la Unión Soviética (Domínguez, 1989; Richiers, 2012; Benemelis, 1990; Valenta, 1990; Latrèche, 2011; Lévesque, 1978) así como aquéllas con América Latina (Domínguez, 1989; Harmer, 2013; Riechers, 2012; Samina, 1980), sin prestar demasiada atención al No Alineamiento. Una excepción es Jorge Domínguez, quien ha analizado en profundidad la participación en el Movimiento, concluyendo que ésta fue una estrategia dirigida a

incrementar la influencia internacional cubana, siempre con la meta suprema de romper el aislamiento mediante el potenciamiento de sus vínculos con África y Asia. Este autor ofrece pruebas concretas de los positivos resultados que tal estrategia le deparó a Cuba, mencionando, por ejemplo, el ingreso cubano al Grupo de los 77, apenas logrado en 1971 gracias a la iniciativa de Perú y al respaldo de los No Alineados (Domínguez, 1989, pp. 220-224).

Por otra parte, el caso de Cuba se inserta dentro de la globalidad de la participación de América Latina en el Movimiento de Países No Alineados. Tras constatar que en los años 70 un número importante de Estados latinoamericanos comenzó a participar en el Movimiento, postulamos el surgimiento de un nuevo paradigma en la política internacional latinoamericana, el paradigma tercermundista, cuyas raíces conectarían con la penetración del tercermundismo en América Latina en cuanto corriente cultural y de pensamiento.

Es difícil homologar ese diseño a lo ocurrido con Cuba. Con una carga ideológica creciente, la adhesión al Movimiento en 1961 la encontraba en una etapa de definición política y estratégica. Sería difícil conectar dicho ingreso a un tercermundismo ya desenvuelto, más bien se asistiría a un desarrollo paralelo de la política no alineada con el tercermundismo ideológico que la Revolución elaboró. Sin embargo, hay que hacer una anotación fundamental. Aunque el compromiso de Cuba con el Tercer Mundo fue casi desde el inicio un pilar de su comportamiento internacional, ya sea a través del Movimiento como de la Conferencia Tricontinental y la subsecuente Organización de Solidaridad de los Pueblos de África, Asia y América Latina (OSPAAAL), su imagen del tercermundismo, como concepto, era negativa, pues entendía que carecía de la fuerza política, del poder de transformación que sí poseía el No Alineamiento o las asociaciones de movimientos de liberación revolucionarios vigentes en África, América Latina y Asia.

En lo que viene intentaremos demostrar que Cuba concibió su participación en el MPNA como parte de su esfuerzo global por la obtención de seguridad; que utilizó el organismo para refrenar a los Estados Unidos en todo escenario; que realizó un giro pronunciado hacia 1970 que supuso una modificación en los fines a alcanzar, los cuales dejaron de ser solo individuales; que entendió, como consecuencia de lo anterior, que el organismo le permitía tributar a su potencia hegemónica, la Unión Soviética; que fue el antiimperialismo el emblema que permitió a la isla representar en el No Alineamiento distintas identidades y pertenencias; y que, por último, cuando este antiimperialismo exacerbó sus contradicciones se trastocaron de raíz las aspiraciones cubanas en el Movimiento.

118

Todo empezó en 1961. Ese año Cuba debió hacer frente a la invasión de Bahía de Cochinos obteniendo un célebre triunfo que la fortaleció en su ánimo y en su prestigio. No fue de extrañar, entonces, la invitación que Tito, el líder yugoslavo, extendió a Cuba para asistir a la primera y fundacional Conferencia de Belgrado, cuna del Movimiento de Países No Alineados. Aunque otros países participaron en calidad de observadores, Cuba fue el único latinoamericano que lo hizo como miembro pleno.

Conocemos los objetivos que La Habana se trazó para esta conferencia. De acuerdo a las urgentes preocupaciones del momento, Cuba pretendía acusar a Estados Unidos en el foro de los No Alineados no solo por atacar a la isla sino por amenazar al planeta entero. El propósito era

desenmascarar la hipócrita política internacional del gobierno de los Estados Unidos, fijando claramente que la paz es una e indivisible por lo que no podrá aceptarse como verdadero un clima de coexistencia pacífica mientras en el mismo no sean contemplados en igual medida las grandes potencias y las pequeñas naciones. Mientras

persista la agresividad de los Estados Unidos contra Cuba, Viet Nam, Laos, etc., no es posible considerar que existe una distensión de la Guerra Fría².

Eran los primeros pasos de una trayectoria vertiginosa. A continuación analizaremos la participación cubana en el MPNA a la luz de sus relaciones con tres actores clave: la Unión Soviética, América Latina y Yugoslavia.

5.1. Cuba y la Unión Soviética en el Movimiento de Países No Alineados³

El objetivo de este capítulo es develar la estrecha coordinación que existió entre Cuba y la Unión Soviética en lo relativo a la participación de la primera en el Movimiento de Países No Alineados. Los documentos consultados en el archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores de Cuba muestran, además, que los soviéticos controlaron la participación cubana en el Movimiento, lo que da pie para sugerir que el grado de autonomía de Cuba para conducir su política exterior en el marco de la Guerra Fría fue mínimo en todo aquello que se vinculara con el interés soviético. Es sabido que la Cuba revolucionaria se situó bajo la hegemonía de la Unión Soviética y que desde esa calidad orientó su política exterior. Sin embargo, hasta ahora los especialistas le han reservado a Cuba una cuota mayor o menor de autonomía (Domínguez, 1989; Valenta, 1990; Pettavino, 1990; Riechers, 2012). A

119

2 “Objetivos de Cuba en la Conferencia de Países No Alineados”, Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores de Cuba (todos los siguientes documentos en notas al pie pertenecen a este archivo; documentos carecen de clasificación formal), c.1961, p. 1

3 Reproducción no exacta de “Cuba y la Unión Soviética en el Movimiento de Países No Alineados”, *Universum*, 32 (2), pp. 15-33, 2018 (en coautoría con Claudio Coloma).

finales de los años ochenta, Domínguez enunció la tesis de la autonomía internacional cubana tras constatar que no había evidencia suficiente para demostrar que Cuba había sido un “títere” de la URSS; por el contrario, los antecedentes probaban que el régimen de Fidel Castro gozaba de la suficiente independencia como para desempeñarse en función de sus propios intereses nacionales (Domínguez, 1989, p. 4). Poco tiempo después, Valenta advirtió que en Estados Unidos hubo un malentendido generalizado con respecto a Cuba, pues se la consideró un “actor descontrolado” y un “completo subordinado soviético”, en circunstancias que, aunque Cuba debía “acordar con los soviéticos en la mayoría de los temas internacionales, [mantenía] un considerable espacio de autonomía para buscar sus propios objetivos estratégicos, particularmente en África y en la cuenca caribeña” (Valenta, 1990, p. 5). Desde la perspectiva soviética, Roy Allison (1988), a partir de escritos de analistas rusos, ha destacado las coincidencias entre los objetivos soviéticos en el Tercer Mundo y el trabajo cubano en el Movimiento. No obstante, esas coincidencias no se deducen, en su análisis, de una imposición hegemónica soviética, reservándole a Cuba una buena cuota de espontaneidad e iniciativa.

Por nuestra parte pensamos que esa autonomía —es decir, la facultad de un Estado de decidir libre e independientemente su política exterior— llegaba hasta donde empezaban los intereses soviéticos: una vez en contacto con la órbita de la Unión Soviética, Cuba se sometía a su orientación. Luego, la autonomía cubana se habría hallado “en suspenso”, inhabilitada o desactivada, por cuanto la presión de la potencia hegemónica estuvo siempre presente.

Se han ensayado distintas fórmulas para definir el papel o la condición de Cuba frente a la Unión Soviética. Domínguez recurre al concepto de hegemonía ajustada (“tight”) para graficar que la URSS mantenía una supervisión estricta sobre el comportamiento cubano. Esa hegemonía se caracterizaba por “la coordinación institucionalizada

de políticas [...] para proveer beneficios a los dos países, [y por] el consentimiento cubano de no criticar a la URSS públicamente u oponerse a su política exterior” (1989, p. 61-62)⁴. También se ha calificado a Cuba como aliado, bróker (entre la URSS y el Tercer Mundo) o “intervencionista cooperativo” (Valenta, 1990, p. 5-7); Estado sustituto (Rubinstein, 1988, 168);⁵ y “proxy” (representante).

Los mismos cubanos han definido su relación con la URSS. Carlos Rafael Rodríguez, uno de los ideólogos más prominentes de la Revolución, aseguraba que la política internacional cubana era “no solo independiente sino además propia”, puntualizando que “aunque Cuba está dispuesta a subordinar siempre sus intereses nacionales a los intereses del socialismo como aspiración universal, ello no significa ni puede significar subordinar nuestra política internacional diaria, con sus objetivos propios y sus propios intereses, a la política de otros estados socialistas” (Rodríguez, 1982, p. 20)⁶.

Sea como fuere, lo cierto es que Cuba, en este periodo, se convirtió en un actor secundario pero relevante de la Guerra Fría, alzándose como el país latinoamericano que más incidió en ese conflicto. En los últimos años los estudios sobre la Guerra Fría han abundado en la consideración de actores que antes fueron confinados a las sombras de la escena principal, en un intento por descentrar las perspectivas

4 Este autor, ahondando en el concepto de hegemonía, afirma que “la distribución de poder es tan asimétrica en una relación hegemónica que el estado dominante comúnmente prevalece sobre el estado-cliente en prácticamente todas las áreas [...] La hegemonía también implica que el estado-cliente tiene algo de autonomía y que el estado dominante restringe su propio comportamiento” (Domínguez, 1989, p. 61).

5 Los sustitutos (“surrogates”) eran “usados” para “llenar funciones militares, policiales y económicas, y más importante [...] para mantener en el poder a líderes pro-soviéticos” (Rubinstein, 1988, p. 168).

6 Consignemos que la misma Constitución cubana del año 1976 reconocía formalmente el lazo con la Unión Soviética (D’Estefano Pisani, 2002, p. 263).

tradicionales. Así se ha relevado la injerencia que tuvieron Estados débiles o de menor tamaño y la forma en que devinieron sujetos de la Guerra Fría y no meros objetos. América Latina por cierto que también se inserta en esta tendencia, discutiéndose si su intervención fue directa o si solo absorbió sus consecuencias y coletazos, si tuvo un rol activo o pasivo.

122

La cercanía geográfica y una historia de por medio hacían a los países de América Latina aliados naturales de Estados Unidos. La alianza se reforzó con la creación de la OEA y en especial con la firma del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (1947), un virtual pacto militar que obligaba a los países del continente a ir a la guerra codo a codo con Estados Unidos. Pero los deseos de Washington de asegurarse la concurrencia de los países latinoamericanos chocaron con la realidad, pues cuando en Cuba triunfó la revolución y luego se declaró socialista iniciando además su amistad con la Unión Soviética, la homogeneidad se quebró. La defección de la isla obligó a los estadounidenses a movilizarse velozmente para que la experiencia no se repitiera. De esa manera la Guerra Fría penetró como nunca antes en el continente, primero a través de la Alianza para el Progreso, que intentó aminorar las condiciones sociales propicias para estallidos revolucionarios, y luego a través de dictaduras militares que inspiradas en la Doctrina de Seguridad Nacional tomaron el mando allí donde la agitación política hacía probable la irrupción de gobiernos refractarios a los dictados norteamericanos.

A juzgar por los esfuerzos de EE. UU. queda claro que América Latina representaba parte importante de lo que consideraba su base de apoyo y que no estaba dispuesto a sacrificarla. Tanto es así que la Guerra Fría en el continente adoptó una dinámica propia, vale decir autónoma de lo que estaba sucediendo a nivel general. En los años sesenta y sobre todo después de la Revolución Cubana se atestiguó en la región una influencia directa y una presencia muy tangible de

Estados Unidos, lo que puede relacionarse con un recrudescimiento de la pugna Este-Oeste. Sin embargo, en los años setenta la Guerra Fría entró en una fase de distensión que no supuso un relajamiento en esta parte del mundo. Aquí las cosas siguieron igual o peor que antes, como lo prueba el Golpe de Estado contra Salvador Allende en Chile, los golpes en Argentina y Uruguay, y el endurecimiento del gobierno militar brasileño. Al finalizar la década, la reacción contra la revolución sandinista en Nicaragua por parte de Estados Unidos esta vez sí respondió al resurgimiento de la Guerra Fría gatillado por el gobierno entrante de Ronald Reagan (Harmer, 2013, p. 18-19)⁷.

Lo anterior refleja que los países de América Latina y el Caribe, al tiempo que fueron condicionados en su curso histórico por la Guerra Fría, le aportaron su propia complejidad y le imprimieron una vida particular, tal como se expresa en este trabajo a través de las peculiaridades de la Cuba revolucionaria. Con todo, entender la situación de Cuba en el No Alineamiento no puede perder de vista el marco general donde se insertaba. Tanto la urgencia con que Cuba quería responder al bloqueo estadounidense por medios diplomáticos así como el interés con que los soviéticos articulaban su política con la cubana respondían al juego de poder a escala global en el que todos estos actores —las superpotencias, Cuba y el Movimiento de Países No Alineados— participaban.

La exposición se dividirá en dos niveles y en función de dos categorías distintas de documentos. El primer nivel, el más superficial, corresponde a los documentos oficiales y públicos de la cancillería cubana; el segundo nivel emana de documentos oficiales clasificados del

7 Tanya Harmer (2013, pp. 18-19) ha identificado una “Guerra Fría interamericana”: “Más que una lucha bipolar entre superpotencias proyectada dentro del teatro latinoamericano desde fuera, esta Guerra Fría interamericana fue una disputa única y polifacética entre partidarios regionales del comunismo y del capitalismo, aunque en formas variadas”.

mismo ministerio, que dan cuenta del trabajo coordinado entre Cuba y la Unión Soviética frente al Movimiento de Países No Alineados.

5.1.2. La voz oficial

Durante los años sesenta, con ocasión de las dos primeras reuniones oficiales del Movimiento, los cubanos se contentaron con expresar argumentos moderados que no adoptaron mayor compromiso y que, ciertamente, no aludían a la Unión Soviética con nitidez. Esta etapa se caracterizó para la isla por cierta indiferencia.

124

En los setenta Cuba giró de modo radical su política hacia el No Alineamiento. Lo mismo ocurrió con la Unión Soviética frente al Tercer Mundo en general. Creemos que esto no fue mera coincidencia, que lo primero fue, en parte, consecuencia de lo segundo. De hecho, Cuba no solo incrementó su interés en el MPNA, sino que también agregó a la Unión Soviética y al bloque socialista de manera explícita a su discurso.

Ya en Lusaka, Zambia (1970), los cubanos hicieron la distinción entre el imperialismo estadounidense y la solidaridad que la Unión Soviética dispensaba a los pueblos desfavorecidos. Es llamativo que no se nombrara a la Unión Soviética con todas sus letras, sino que se utilizara el rótulo colectivo de Estados “socialistas”: “no confundamos bajo el falaz rubro de grandes o ricos a los países socialistas desarrollados con los países capitalistas desarrollados. El sostén más sólido y la fuerza más pugnaz del frente antimperialista lo constituyen justamente los países socialistas”⁸.

El grado de compromiso, a nivel discursivo, fue intensificándose a medida que avanzaba la década. Un primer avance significativo se observó en la Conferencia Preparatoria de Guyana dos años después, cuando el canciller Raúl Roa nombró con todas sus letras, usando los

8 “Discurso del Dr. Raúl Roa, Ministro de Relaciones Exteriores de Cuba, en la Tercera Conferencia de Países No-Alineados”, 1970.

mismos adjetivos, a la potencia: “Los países socialistas, con la *Unión Soviética* a la vanguardia, constituyen el cimiento *más sólido y la fuerza más pugnaz* del frente antimperialista mundial”⁹.

Pero fue en la IV Conferencia del MPNA, en Argel el año 1973, que el propio Fidel Castro, asistiendo por primera vez a una cumbre, anunció la tesis de la alianza natural entre el Tercer Mundo —el del No Alineamiento— y la Unión Soviética. Esto le venía al dedillo a Moscú. Los soviéticos habían entendido que debían variar su política hacia el Tercer Mundo a consecuencia del enfrentamiento cada vez más crispado con los chinos, quienes le disputaban, con éxito, la calidad de líder internacional de la revolución socialista (Friedman, 2015). Moscú quiso adquirir o recuperar el apoyo de las naciones africanas y asiáticas, y también de las latinoamericanas a partir de la Revolución Cubana; así la atención que prestaba al Movimiento de Países No Alineados fue creciendo desde fines de los sesenta, y en ese juego Cuba podía ser de gran ayuda para acercar al Tercer Mundo con el Segundo. En el tránsito de una década a otra, por lo tanto, se sucedieron fenómenos que confluyeron en un solo resultado: por una parte, los soviéticos decidieron disputarle el Tercer Mundo a Beijing; por otra, los cubanos se vieron en la obligación de cobijarse bajo el paraguas económico de la URSS; por la misma época, la Primavera de Praga fue truncada por la intervención del Pacto de Varsovia; los cubanos, ante la sorpresa de muchos, dieron su aprobación: el pacto ya estaba firmado. El año 1970, en la Conferencia No Alineada de Lusaka, los cubanos participaron con una motivación diferente a la mostrada en Belgrado y El Cairo, luciendo su deseo de adquirir protagonismo en el Movimiento; en la cumbre de 1973 todo finalizaba con el encendido discurso de Castro: los No Alineados y

125

9 “Discurso del Dr. Raúl Roa García, Ministro de Relaciones Exteriores de la República de Cuba en la IV Reunión de Ministros de Relaciones Exteriores de Países No-Alineados”, 1973, p. 17, destacado nuestro.

el bloque socialista son hermanos indisolubles¹⁰. Como corolario, la tesis de los dos imperialismos, según la cual ambas superpotencias se comportaban como imperios, era duramente cuestionada:

¿Cómo se puede calificar de imperialista a la Unión Soviética? ¿Dónde están sus empresas monopolistas? [...] ¿Qué obrero es explotado en algún país de Asia, África o América Latina, por el capital soviético? [...] Todo intento de enfrentar a los países No Alineados con el campo socialista, es profundamente contrarrevolucionario y beneficia única y exclusivamente a los intereses imperialistas¹¹.

126

En Colombo, durante la cumbre de 1976, Cuba expuso no solo los principios que solventaban la alianza, sino los hechos que la avalaban. Aludiendo a la intervención cubana en Angola, exaltó la ayuda material soviética que permitió el triunfo del MPLA (Movimiento Popular de Liberación de Angola), prueba de la eficacia de la colaboración entre el movimiento de liberación y el bloque socialista.

En este cónclave se definió como sede de la siguiente cumbre a Cuba, lo que representó el cénit de la participación cubana en el MPNA. Después de quince años como miembro llegaba la hora del liderazgo. Cabe considerar que albergar la reunión implicaba varios privilegios, como preparar los documentos a discutir, ejercer fuerte influencia en la invitación a países y movimientos y, una vez celebrada la conferencia, asumir la presidencia del grupo. Como presidente comandaba la redacción de resoluciones, organizaba las reuniones ministeriales o preparativas, oficiaba como árbitro en conflictos entre miembros, etc.

10 Otro hito en la alianza Cuba-URSS fue la Declaración de La Habana, de 1974, donde se explicitaba la cooperación entre ambos Estados.

11 Fidel Castro, "Discurso pronunciado en la IV Conferencia Cumbre, celebrada en Argel del 5 al 9 de septiembre de 1973", p. 4.

Pero Cuba no llegaba sola a la testera del Movimiento, lo hacía también, en las sombras, la Unión Soviética, algo que no pasó inadvertido a los otros países miembros, al punto de tensionar el devenir interno de la organización de modo inédito. Se objetaba la calidad no alineada de la isla, en atención a su indisimulada alianza con Moscú (Latrèche, 2011, p. 134). En el discurso de inauguración Fidel Castro no rehusó las dudas suscitadas:

¿Que mantenemos relaciones fraternales con la comunidad socialista y la Unión Soviética? Sí, somos amigos de la Unión Soviética (aplausos). Estamos profundamente agradecidos al pueblo soviético, porque su colaboración generosa nos ayudó a sobrevivir y a vencer en momentos muy difíciles y decisivos de la vida de nuestro pueblo, cuando incluso corríamos peligro de ser exterminados (Castro, 1979, para. 14).

127

De esta manera Cuba transparentaba una amistad que en su criterio debía ser emulada por el resto de los países periféricos, al tiempo que validaba sin ningún miramiento la alianza natural entre los No Alineados y el bloque socialista. Lo que empezó con tibias alusiones a los países socialistas a inicios de la década, terminaba con el reconocimiento expreso de la URSS como aliado, incluso como patrocinador, hacia 1979.

Lamentablemente para el flamante país líder del Movimiento, pronto estallaron los sucesos de Afganistán, que pusieron a la Unión Soviética en el ojo del huracán. La invasión a Afganistán, en defensa del gobierno socialista local, fue considerada de inmediato por la comunidad internacional como una intromisión inadmisible que transgredía uno de los mayores principios del No Alineamiento, el de la no intervención. Cuba debió lidiar con una situación límite que le exigía un ejercicio de equilibrismo. Cuando terminó la presidencia cubana del

MPNA, con la celebración de la Conferencia de Nueva Delhi en 1983, el mismo Fidel Castro asumió las responsabilidades:

Buscábamos estos objetivos con independencia de las simpatías y la solidaridad de Cuba hacia la Revolución Afgana, que no hemos dejado de expresar y no hemos ocultado nunca. No obtuvimos el éxito necesario. Por ello, cuando surgen los acontecimientos relacionados con las tropas soviéticas en Afganistán, decidimos continuar el camino emprendido anteriormente en busca de una salida honrosa y aceptable para todas las partes involucradas en la compleja situación creada¹².

128

La sola mención de “tropas soviéticas” era impensable hacia 1980; ahora, cuando se dejaba la presidencia, era más sencillo llamar las cosas por su nombre.

5.1.3. La voz interna

Los documentos internos dan cuenta de las reales motivaciones que alimentaban la acción cubana en el MPNA. Ya hacia fines de los sesenta era ostensible una posición de mayor compromiso con la URSS, aun cuando Cuba no tenía todavía mayores pretensiones en el organismo. Ante la disyuntiva de solo asistir o de figurar en la conferencia de Lusaka, se sopesaba el grado de cercanía con los soviéticos: “Nuestro Primer Ministro (...) señaló que en nuestra perspectiva internacional no está precisamente la de romper los vínculos con la URSS de tipo militar, subrayando por el contrario nuestra disposición a, si es posible, establecer más vínculos de tipo militar”. Ello redundaría en una “posición más definida frente a la no alineación, movimiento que ha tratado de

12 Fidel Castro, “Discurso ante la VII Cumbre. Nueva Delhi 7 de marzo de 1983”, p. 5.

ser utilizado en más de una ocasión para enfrentarlo a la URSS”¹³. Se denota la temprana conciencia cubana de que mientras mayor fuera el lazo con Moscú, mayor sería el rol jugado en el Movimiento, al tiempo que se descartaba tomar distancia de los soviéticos si ello era requisito para permanecer en el organismo.

De cualquier forma, los cubanos ya trabajaban en sintonía con la URSS en el Movimiento. Antes de la Conferencia de Lusaka formulaban como una de sus metas, y a propósito de la invasión del Pacto de Varsovia a Checoslovaquia, “rechazar de modo categórico cualquier intento de usar la Conferencia como tribuna antisoviética”;¹⁴ misión que en apariencia fue exitosa, porque al hacer el balance de la actuación en Zambia se destacaba que gracias a la delegación cubana se suprimió en la Declaración Final “el veneno antisoviético más evidente”¹⁵. Se concluía tras la reunión que “se han fortalecido las relaciones con la URSS”, y se felicitaban de que la Conferencia tuviera “un marcado sello político y antimperialista, rescatándola de las pretendidas aspiraciones tendientes a formalizar la existencia de un Tercer bloque, enfrentado fundamentalmente al campo socialista”¹⁶. Los objetivos ajenos pasaban ahora a ser propios.

129

Hasta aquí se ha constatado la comunión de intereses y las acciones emprendidas para expresarlos. Ahora conoceremos huellas del trabajo coordinado entre ambos Estados, que se localizan a fines de los sesenta, más precisamente con vistas a la Conferencia Cumbre de Jefes de Estado de Lusaka, Zambia, en 1970. Esta tercera conferencia reanudaba tras seis años los encuentros del Movimiento (no se realizó

13 Documento sin título N°3, c.1970, pp. 14-15.

14 “Problemas focales con relación a la Tercera Conferencia Cumbre de los Países No Alineados”, 27 de agosto de 1970, p. 4.

15 “III Conferencia de Países No Alineados, 21 de septiembre de 1970”, p. 3.

16 Comisión de Altos Estudios Políticos, “Apuntes sobre los antecedentes, evolución y las características del Movimiento de No Alineados”, c.1970, p. 9.

la Conferencia programada para el año 1967). En Dar es-Salaam, Tanzania, se celebró la reunión preparatoria de aquella de Lusaka. De poco antes data el siguiente documento, una comunicación de Moscú a La Habana, con la anotación “Traducción no oficial” (del ruso al español), que decía: “Es muy importante que se mantenga y profundice la orientación antimperialista y anticolonialista del movimiento de no alineación, que éste participe cada vez más activamente en la lucha contra las maniobras del imperialismo”¹⁷. Ya sabemos entonces que el Movimiento era relevante para los soviéticos y que incluso podía representar una ayuda en su lucha contra Estados Unidos, lo cual reflejaba el cambio en su política hacia el Tercer Mundo. Sin embargo, lo más interesante venía a continuación:

130

Nos parece que antes de resolver definitivamente el problema de la participación de Cuba en esta reunión, sería útil procurar aclarar en forma más detallada los asuntos que se propone incluir en su agenda y las disposiciones de los más activos participantes de la futura reunión, en cuanto al carácter de sus resoluciones. Tales son las consideraciones que nosotros en el momento presente estimamos conveniente expresar a los amigos cubanos en relación con su mensaje¹⁸.

Al margen de cierto desconocimiento soviético acerca del MPNA que expresaba su, hasta ese entonces, escaso interés, el texto habla de un “mensaje” cubano que, según se puede deducir, consultaba a Moscú qué camino seguir o qué actitud tomar en la organización. No hemos dado con el mensaje original, pero la sola alusión a él nos resulta decisiva para entender que Cuba no tenía una convicción formada con anterioridad, basada en criterios exclusivos de su política exterior.

17 Documento sin título N°2, c.1969, p. 1.

18 Ibid., p. 2.

Al parecer la decisión quedó diferida para el momento en que tanto soviéticos como cubanos tuvieran mayor información, lo que sucedió después de Dar es-Salaam y antes de Lusaka...

Conocemos, gracias a una traducción no oficial realizada por la cancillería cubana, un comunicado de Moscú a sus embajadores apostados en países miembros del MPNA —“entrevístese con el Jefe de Estado (o de Gobierno), con el Ministro de Relaciones Exteriores y [sus] funcionarios responsables [...] así como con la dirección de los amigos” (PCs locales, suponemos)— en el que se les instruía acerca de la III Conferencia de Jefes de Estado de Lusaka, y que revela una toma de posición ya más definida por parte del Kremlin. Por supuesto, el embajador en La Habana también recibió las recomendaciones, que partían por ponderar la afinidad soviética hacia los países tercermundistas, fundada en similares intereses por la paz y la cooperación en el escenario internacional. Preocupación existía en la URSS, según el documento, por la oposición que tensionaba a los No Alineados entre aquellos países que optaban por la “conservación y el desarrollo ulterior de los fundamentos antimperialistas y anticoloniales de la no alineación”, y aquellos que “quisieran desviar la próxima conferencia de la condenación de las acciones agresivas del imperialismo”¹⁹. La Unión Soviética, en ese marco, recordaba su “ayuda multifacética” y apoyo a los países en desarrollo y a los movimientos de liberación nacional, refrendando así la pretendida unidad entre Segundo y Tercer Mundo y despejando las dudas acerca del interés soviético en el Movimiento. Terminaba el mensaje con un enérgico llamado a los participantes del Movimiento para que intervinieran en Lusaka:

131

Expresa la esperanza de que [el] Gobierno del país en que está acreditado [...] valiéndose de su autoridad entre los países no alineados, hará un aporte positivo al trabajo

de la próxima conferencia de los países no alineados en interés del fortalecimiento de la seguridad internacional y de la colaboración pacífica de los pueblos²⁰.

Los soviéticos habían decidido considerar el Movimiento como una instancia relevante que era preciso manejar o al menos influenciar. Un informe remitido por el embajador cubano en Yugoslavia daba cuenta de la postura soviética:

La URSS estima que considerarían positiva la Conferencia si ésta muestra tendencias a mantener los principios de Belgrado y El Cairo. Pero subrayan que en los últimos tiempos, Yugoslavia y otros países bajo su influencia tratan de formular un nuevo concepto de la no alineación en el sentido de enfrentarla a los bloques encabezados por la URSS y los Estados Unidos, lo que juzgan inadmisibles²¹.

132

El cubano manifestaba que su par soviético tenía conciencia del rol de Yugoslavia y de su arrastre al interior del MPNA, pero también la esperanza de que contrarrestaran esa tendencia los países amigos, vale decir “Argelia, Siria, Sudán, Libia y Cuba, si por fin asiste”²². Esto último es esencial, porque marca la todavía tibia postura de Cuba, cuya sola asistencia a Lusaka estaba en duda, y porque puede interpretarse como una sugerencia a que Cuba no solo se hiciera presente, sino que además bregara en favor de los intereses soviéticos y de ese modo imitase los esfuerzos que otros países de la órbita socialista o afines a la URSS harían.

Años más tarde, con la V Conferencia de Colombo en perspectiva, observamos un tono más atildado y consciente respecto al No

20 Ibid., p. 6.

21 “Informe sobre la proyectada Conferencia de jefes de Estado y de gobierno de los países no alineados”, c.1969, p. 15.

22 Ibid.

Alineamiento que dejaba atrás las dudas y avanzaba hacia un control más estricto de la organización. El delegado cubano en Naciones Unidas informaba de un encuentro con el embajador soviético en el que éste le hizo entrega de las propuestas de declaración para la próxima conferencia. Luego el embajador expresó su “preocupación” ante una serie de tópicos que podían afectar a la URSS. Acusaba poco interés de los países del Tercer Mundo por el desarme y la distensión; recelaba de la revisión de la Carta de la ONU, que conduciría a una confrontación entre la URSS y el Tercer Mundo; alertaba sobre la posible influencia china en el Movimiento. Los representantes acordaron una reunión de expertos de ambos países “para examinar los posibles textos y sus variantes”²³ y así aplacar los resquemores soviéticos, algo no tan sencillo si atendemos a que pocos días después el cubano comunicaba:

133

los compañeros de la URSS están interesados en conocer por qué la agenda no contiene punto ampliado sobre el desarme y los problemas planteados alrededor de la zona de paz del Índico. Se explicó primero la característica de la reunión y las tendencias en los No Alineados y luego la necesidad de elaborar conjuntamente Cuba-URSS la formulación sobre el Índico que sea aceptable para la URSS y los No Alineados. Se convino en que volverían a reunirse próximamente con este propósito²⁴.

Entre líneas apreciamos cierto reproche soviético al cual los isleños intentaban responder, sugiriendo una redacción en equipo de los párrafos en cuestión. Así se documenta la estrecha colaboración entre ambos Estados, que en la formulación de un texto buscaban

23 “Comunicación dirigida al viceministro de Relaciones Exteriores”, 1 de febrero de 1975.

24 “Comunicación dirigida al viceministro de Relaciones Exteriores”, 5 de febrero de 1975.

satisfacer tanto a la URSS como a los No Alineados, y donde Cuba ejercía de puente entre unos y otros, un papel que el encargado de negocios soviético en La Habana, poco después, elogiaría:

Estamos reconocidos a los compañeros cubanos por el esfuerzo que ellos aplican, con tal de que decisiones de la próxima Conferencia en Colombo sean de carácter anti-imperialista y contribuyan al desarrollo y la comprensión entre los estados socialistas y los países no alineados²⁵.

134 En poco tiempo, entre 1969 y 1976, el Movimiento de Países No Alineados había pasado a ser una instancia importante para la URSS, al punto que se trazaba la meta de *ejercer la influencia en la orientación política* de la siguiente cumbre, para lo cual contaban con Cuba.

Años más tarde los papeles, en algún grado, se invirtieron. Ahora eran los soviéticos los que actuaban en favor de la isla. Por una parte, sucedió que Pakistán intentó organizar una cumbre de países del Tercer Mundo con la aparente voluntad de eclipsar la VI Conferencia de los No Alineados, a celebrarse en La Habana. El encargado de negocios soviético en Cuba, al respecto, tranquilizaba a sus aliados comunicándole al vicescanciller Anillo que la URSS había “instruido a sus Misiones en Argelia, India, Guinea, Irak, Somalia, Angola, Mozambique, Madagascar, Mali, Etiopía y Nigeria para que se mantengan atentos a esta maniobra de Pakistán y le ofrezcan toda resistencia posible”²⁶.

Ya en la presidencia del MPNA, Cuba debió enfrentar el asunto Afganistán. Para la elaboración de las resoluciones de una próxima conferencia, los cubanos tenían claro que debían “evitar la mención a las tropas soviéticas en el contexto de la declaración”, aunque se confesaban

25 “Transcripción de entrevista con Marlen Manasov, encargado de negocios de la URSS en Cuba”, 7 de agosto de 1976, p. 1.

26 “Resumen de las informaciones recibidas en la DOCI en relación con la actividad de los Países No Alineados”, c.1978.

“conscientes que la solicitud de la ‘retirada de las tropas extranjeras de Afganistán’ es un requisito insoslayable en cualquier formulación que se presente”, sintiéndose obligados a manifestar “apoyo explícito y respeto a la independencia, integridad territorial y seguridad de Afganistán”, y a “condenar todo tipo de intervención e injerencia desde el exterior”²⁷. Era una delicada manera de dejar satisfechos a todos, reconociendo, sí, que cualquier fórmula tenía su costo.

Al parecer el gobierno de Castro, transido por tamaña aflicción, recurrió a la propia Unión Soviética para salir del atolladero. Con posterioridad a la conferencia cumbre de Nueva Delhi, y haciendo un balance de aquellos días, los cubanos expresaron:

Hicimos además coordinaciones, pensamos que más amplias que nunca antes con los compañeros soviéticos en el interés de que la Unión Soviética contribuyera a neutralizar las presiones que se estaban ejerciendo sobre la India y sobre Paquistán con relación al tema de Afganistán, al que concedíamos una especial importancia²⁸.

135

El trabajo mancomunado continuaba, pero entendemos ahora que era una colaboración recíproca en la que Cuba podía solicitar —al menos— de los soviéticos ciertos favores.

Para terminar, y como muestra de la extensión en el tiempo de la coordinación Cuba-URSS, hacia 1985 y 1986, con la VIII Conferencia de Harare en el horizonte, el viceministro Mazola decía al ministro Malmierca que el consejero soviético “solicitó... el proyecto de declaración final de Luanda que dice [el embajador Raúl] Roa [Kouri] les prometió; le dije que aún no estaba concluida y que tan pronto la tuviéramos se

27 “Proyecto de directivas para la visita a Afganistán y Pakistán”, c.1980, p. 2.

28 Documento sin título N°7, 1983, p. 6.

la entregaríamos”²⁹. Y poco después un documento anotaba que el canciller “Malmierca se entrevistó con el Embajador soviético que le entregó un proyecto de modificación al párrafo de la Declaración sobre la moratoria de las pruebas nucleares. Roa tratará de lograr su introducción en la Comisión Política”³⁰. La URSS, con Perestroika y todo, todavía pretendía intervenir en el rumbo político del MPNA.

5.1.4. Conclusión

136 ¿Fue Cuba, por todo lo anterior, un satélite soviético? ¿Conservó La Habana la autonomía de su política exterior? ¿Fue la Unión Soviética una potencia hegemónica que impuso sus directrices a Cuba según sus propios y exclusivos intereses? Creemos que Cuba fue dueña de su política exterior en múltiples frentes, pero solo en la medida que sus decisiones no interfirieran con los objetivos soviéticos. En ese sentido, no se puede argumentar que Cuba mantuvo su autonomía si el control de Moscú era permanente. En ningún momento Cuba obró en contra de la orientación que recibía, aunque sí se atrevía a solicitar determinadas reconsideraciones por parte de los soviéticos. Para probar que La Habana retuvo su independencia o una parte de ella, no basta con argüir que no consultaba con Moscú cada paso que daba en el No Alineamiento o que discernía acciones de acuerdo a sus propios intereses; debería presentarse, en cambio, un documento que certificara un acto de rebeldía cubano contra los lineamientos soviéticos, o bien una comunicación de la URSS condenando algún exabrupto isleño.

Por cierto, lo expuesto cubre solo una de las facetas de la política exterior cubana y de las relaciones entre Cuba y la URSS. Entendemos, no obstante, que lo ocurrido con el No Alineamiento

29 “Comunicación del viceministro Mazola al ministro Malmierca”, 29 de junio de 1985.

30 “Acta N°5”, 29 de agosto de 1986, p. 4.

puede interpretarse como un patrón aplicable a las otras áreas de las relaciones entre la potencia y la isla. Desde un punto de vista más general, este trabajo quiere aportar a la comprensión de la Guerra Fría y, más específicamente, a la de los vínculos que se establecieron entre las potencias hegemónicas y sus aliados. En ese sentido, forma parte de un conjunto de investigaciones que en los últimos años se ha beneficiado de la apertura de archivos en múltiples puntos neurálgicos de aquel conflicto: la ex Unión Soviética y los otros países socialistas, como la Alemania Democrática; los Estados Unidos, a través de la desclasificación de los documentos de la CIA; lo mismo con China, así como con distintos países del Tercer Mundo, entre ellos, Cuba. Con todo ello se ha reforzado el conocimiento de lo que se conoce como Guerra Fría Global. Es muy probable, en consecuencia, que en un futuro cercano nuevos antecedentes viertan más luz sobre los sucesos analizados aquí.

5.2. Cuba, ¿un obstáculo a la participación latinoamericana en el Movimiento de Países No Alineados? (1961-1984)³¹

El objetivo de este capítulo es determinar el papel que jugó Cuba en la incorporación de Estados latinoamericanos al Movimiento de Países No Alineados durante la Guerra Fría. A primera vista podría pensarse que Cuba fue la punta de lanza del continente en el Movimiento, debido, sobre todo, a que fue el primer miembro oficial latinoamericano en la organización y el único durante una década. Esa habría sido, además, la intención de Tito, el líder yugoslavo, al invitar a la Cuba revolucionaria a la fundacional conferencia del No Alineamiento en Belgrado el año 1961.

138

Como se ha visto, la política exterior cubana cambió hacia fines de los sesenta e inicios de los setenta cuando la Unión Soviética ajustó su hegemonía sobre La Habana, a la vez que modificó su política hacia el Tercer Mundo en respuesta a la competencia china. Así, el No Alineamiento se convirtió en un objetivo axial de la política exterior de La Habana, que desde ese instante inició su escalada hasta lograr el liderazgo del organismo y encarrilarlo hacia la alianza Socialismo-Tercer Mundo. Se requería alcanzar cierta hegemonía en el Movimiento para imprimir ese cambio de rumbo, y en ese plan cada voto adquirió relevancia. Lo importante no era el espacio geográfico del que procedía el voto, sino su contenido favorable a las propias posiciones. Es por eso que los cubanos aprobaban el ingreso de un país solo si el gobierno que lo representaba era afín a su postura; de lo contrario era preferible que no entrara. A través de ese prisma Cuba evaluaría las posibilidades de cada país latinoamericano que manifestaba su intención de ingresar al MPNA.

31 Reproducción no exacta de “Cuba, ¿un obstáculo a la participación latinoamericana en el Movimiento de Países No Alineados? (1961-1984)”, *Autoctonía. Revista de Ciencias Sociales e Historia*, 3 (1), pp. 54-67, 2019 (en coautoría con Diego Hernández).

Ello se enmarcaba, además, en la tensa relación existente entre La Habana y los países del continente, definida por la lógica de la Guerra Fría y por el enfrentamiento cubano con Estados Unidos. Como desde Washington se presionaba a los países latinoamericanos para que se distanciaran de Cuba y la excluyeran del foro continental, los cubanos se relacionaban bajo ese condicionamiento con los países de la región; a ello se agregaba la voluntad cubana de apoyar las luchas revolucionarias que allí se libraban.

En los setenta, sin embargo, esto varió por cuanto la hegemonía soviética sobre Cuba se desplegó en función de la distensión del conflicto bipolar. Moscú conminó a los cubanos a mejorar las relaciones con los países de la región así como con los partidos comunistas tradicionales de cada nación, bajo el predicamento de que no se debía arriesgar el clima de armonía entre las potencias con aventuras revolucionarias que alteraran la zona de influencia estadounidense (Harmer, 2013; Domínguez, 1989).

139

Abordar el modo en que Cuba influyó sobre la participación latinoamericana en el Movimiento implica adentrarse en lo que esta organización representó para el continente. La verdad es que los países latinoamericanos no prestaron mayor atención al MPNA hasta el umbral de la década del setenta. Para las primeras conferencias solo enviaron observadores. Se le concebía como una agrupación, en esencia, afroasiática que poco coincidía con una América Latina que, por una parte, conocía —en su mayoría— de la independencia hacía más de un siglo, y que, por otra, se había resignado ya a pertenecer al área hegemonizada por EE. UU. Se ha señalado que cuando el Movimiento se orientó hacia reivindicaciones económicas y promovió el Nuevo Orden Económico Internacional, las naciones latinoamericanas se sintieron mejor representadas y empezaron a participar con mayor vigor (Ramírez, 2000; Dallanegra, 1984). Aunque puede que ese factor incidiera, es manifiesto que los países que se adhirieron en los setenta lo

hicieron de la mano de gobiernos con una sensibilidad de izquierda (en amplio sentido: reformistas, populistas, revolucionarios, nacionalistas), y que, por ende, intervino un fuerte componente ideológico en la oleada que sumó a Chile, Perú, Argentina, Panamá y Nicaragua (también se sumó Bolivia; Ecuador y Colombia lo hicieron en los ochenta, bajo lógicas distintas). En paralelo, en la zona del Caribe se experimentó —al igual que en África y Asia— un proceso de descolonización que supuso un incremento en el contingente regional en el Movimiento. Guyana, Surinam y Granada, entre otros, poseían un signo político similar al recién indicado.

140

¿Cuba constituyó un incentivo o un freno a la participación latinoamericana en el Movimiento? La respuesta debe asociarse al grado de idealismo o pragmatismo con que los cubanos se conducían, o sea, si profesaban un No Alineamiento universal, concibiendo el Movimiento como una organización fundamental que era necesario fortalecer con la incorporación de nuevos miembros; o bien si priorizaban el cálculo estratégico de cada voto de acuerdo a su interés por encaminar al Movimiento según determinada senda. Los estudios especializados han concluido que la Cuba revolucionaria desarrolló una política exterior que combinaba equilibradamente elementos pragmáticos e ideológicos (Domínguez, 1989; Riechers, 2012), dando origen a una conducta internacional flexible y multifacética (Benemelis, 1990). Veamos si esto se replicó en el MPNA.

5.2.1. Cuba y América Latina en el Movimiento de Países No Alineados

La isla era consciente de que revestía un significado especial ser el único representante del continente en el MPNA, de partida porque podía constituirse en un faro para el resto de los Estados: “La presencia de Cuba deberá contribuir a que los países latinoamericanos se sientan

estimulados a seguir por el camino que abre las perspectivas de una mayor independencia”³². Pero además se imponía la misión de insertar la problemática realidad latinoamericana en el seno del organismo. Así, desde la primera Conferencia de Belgrado y a lo largo de toda su trayectoria, Cuba se esforzó por denunciar en el Movimiento los resabios del dominio colonial en el continente, sobre todo aquellos que se ligaban directamente con el imperialismo y su más genuino representante, Estados Unidos. Partían por las propias reivindicaciones, vale decir, por el fin del bloqueo estadounidense y la devolución de la base de Guantánamo, para seguir por las de los vecinos: la entrega del Canal de Panamá; la independencia de Puerto Rico; el cese de las violaciones a los derechos humanos en Chile; la recuperación de las Islas Malvinas por parte de Argentina; y la supresión de la intervención estadounidense en Nicaragua, entre otras.

141

Pero una cosa era asumir la vocería de las naciones hermanas y otra muy distinta incrementar el número de miembros continentales del Movimiento, en especial porque esto incidía en la correlación de fuerzas al interior del colectivo. Cada caso fue distinto, y la influencia cubana también. Esta puede dividirse, a su vez, en pasiva y activa.

5.2.2. Influencia pasiva

La influencia pasiva no dependía de la acción efectiva de Cuba, sino de las reacciones que provocaba en terceros países: la sola presencia de Cuba en el MPNA podía condicionar la actitud —negativa o positiva— con que otros países latinoamericanos encaraban el Movimiento.

Negativa porque Cuba imprimía al Movimiento un sello de radicalismo y de antagonismo hacia Estados Unidos que podía ser riesgoso. *Ad portas* de la Conferencia de 1964 en El Cairo, un informe dirigido a

la cancillería cubana aludía a ello: “El Embajador de Chile le manifestó al Embajador de la RAU aquí que la razón por la cual probablemente no participe su país en la reunión es por la posible participación de Cuba”³³. Para Chile era un factor disuasivo la participación cubana en Egipto por cuanto le dejaba en una situación comprometida ante Estados Unidos. Podemos suponer que lo de Chile se replicaba en otros países del continente sometidos a similares presiones.

142

No obstante, la influencia pasiva fue mucho más trascendente en su expresión positiva, es decir, en cuanto acicate a la participación latinoamericana. La adhesión que la Revolución Cubana captó en el continente incluyó a partidos, agrupaciones, sindicatos, federaciones estudiantiles, e incluso a militares. Cuando a partir de fines de los años sesenta algunos de estos actores llegaron al poder, el signo político de los gobiernos cambió y su política exterior giró de rumbo siguiendo en buena medida la estela de La Habana. Los militares peruanos que llegaron al poder en 1968 no ocultaron su simpatía por Cuba y, aún más, jugaron a su favor en la OEA. La inclusión de Perú en el Movimiento de Países No Alineados un par de años después, era coherente con el proyecto que Juan Velasco Alvarado y su equipo elaboraron y que tendía a desprenderse de la tutela estadounidense, pero también obedecía a que el Movimiento representaba reivindicaciones continentales, algo por lo cual Cuba había luchado. En Chile, Salvador Allende asumió la presidencia en 1970 desplegando una política exterior tercermundista que comulgaba plenamente con el ejemplo cubano. En Panamá, Omar Torrijos se declaraba un admirador de Fidel Castro y su adhesión al No Alineamiento también se encontraba mediatizada por la influencia cubana. Las coincidencias entre la Nicaragua sandinista y Cuba se reflejaron también en el inmediato acto de incorporación del gobierno de Daniel Ortega al MPNA. Algo similar debió ocurrir en Guyana, Surinam y Granada.

33 “Carta confidencial del embajador de Cuba en Belgrado al presidente Osvaldo Dorticós”, c.1964.

Es claro que los países que se integraron a los No Alineados inspirados por posiciones políticas e ideológicas de izquierda compartían con Cuba un diagnóstico similar del orden mundial. También debemos consignar que estos países entraban a un Movimiento con una fisonomía particular que los cubanos habían ayudado a dibujar. En ese sentido, sumarse al Movimiento en los años setenta —cuando cruzaba un proceso de radicalización por obra, entre otros, de Cuba— era distinto a integrarse en los sesenta, cuando su tono era más moderado.

5.2.3. Influencia activa

Corresponde a las acciones concretas con que el gobierno de Castro intentó influir en la aceptación o el rechazo de países latino-americanos por parte del Movimiento. Estas acciones fueron ejercidas sobre el MPNA como entidad y sobre otros miembros del organismo. Obedecían a los deseos expresos de La Habana por intervenir en la composición del Movimiento y hacerlo funcional a sus intereses. En la perspectiva cubana existía un grupo afín compuesto por los países con una tendencia política más radical, cercanos a la Unión Soviética y contrarios a Estados Unidos y el bloque Occidental (en otras palabras, antiimperialistas). Enfrente se situaba Yugoslavia y sus afines, amén de todos aquellos que recelaban del bloque socialista o que derechamente seguían las orientaciones de Washington.

En La Habana calculaban con prolijidad cómo afectaba a esta correlación el ingreso de cada nación del continente; la complejidad radicaba en que los países permanecían... pero los gobiernos cambiaban, por lo cual se podía promover la inclusión de un país con un gobierno amigo, que al cambiar de gobernante podía mudarse a la vereda contraria. Hacia 1980 los cubanos constataban que

El Grupo Latinoamericano en el Movimiento sufrió profundas transformaciones. Cuba dejó de ser el único Gobierno Revolucionario en el mismo al unírsele Granada y Nicaragua, pero por otra parte los cambios ocurridos en Perú, Jamaica y Bolivia fortalecieron las tendencias reaccionarias... Podemos esperar que Panamá, Guyana y en menor medida Perú, permanezcan en el centro y nos enfrentaremos a Argentina, Bolivia, Jamaica y en menor medida Trinidad-Tobago, mientras los observadores de la región favorecerán con sus comentarios la posición de estos últimos³⁴.

Se trataba de una dinámica maniquea que reflejaba la intensidad con que se vivía la lucha sectorial en el MPNA, donde nada quedaba al azar y cada jugada era estudiada con detención:

144

Es necesario decidir el trato que otorgaremos a los países latinoamericanos que son solo observadores: Barbados, Bolivia, Brasil, Ecuador, México, Panamá, Uruguay y Venezuela. De hecho ya aceptamos la participación de México, Argentina y Panamá, que han comunicado oficialmente sus delegaciones observadoras. Debe decidirse si invitamos al resto o excluimos a Brasil y sus aliados. La tendencia predominante declarada entre los principales miembros del Buró es invitar a los que mantienen vínculos con Cuba o una política en general amistosa. En la realidad, el sentimiento general es que se invite a todos. Nuestra proposición es invitar, además de los países mencionados, a Venezuela y Barbados³⁵.

Se aludía entonces a criterios de inclusión/exclusión que determinaban la actitud hacia cada país y que remitían a las necesidades

34 "El MNOAL y los preparativos para la Conferencia Ministerial de Nueva Delhi", 29 de noviembre de 1980, p. 7.

35 "Carta dirigida al canciller Raúl Roa", 6 de marzo de 1975.

coyunturales de la política exterior cubana. En los años sesenta el eje radicaba en la relación con Estados Unidos y la Organización de Estados Americanos. Era en esta institución donde, según La Habana, se revelaba la identidad de cada gobierno. El canciller Raúl Roa lo expresaba así:

Cuba debe propiciar la invitación de los países de América Latina con los cuales mantiene relaciones. En cambio, debe oponerse, aunque con matices, a que sean invitados los países que no tienen relaciones con Cuba y, particularmente, Venezuela. Los países que han roto con Cuba se han alineado junto al Imperialismo, han seguido sus dictados, se han prestado a la política de guerra fría en América³⁶.

La mera pertenencia a la OEA no significaba a priori la exclusión de un país, de hecho, los cubanos reconocían “países que resisten la política agresiva norteamericana, no han roto sus relaciones con Cuba y mantienen en la práctica, una política de coexistencia factual, con nuestro país”; tales países, contribuyentes a la paz mundial, perfectamente podían admitirse en los No Alineados³⁷. Venezuela, que por estos años captaba singular antipatía, era calificada como un servil “perro de presa del Imperialismo norteamericano”³⁸. Para mayor claridad se comparaba su caso con el de Bolivia, país que “no había tomado la misma parte que Venezuela en la viabilización de un ataque imperialista contra Cuba... incluso Bolivia había votado en la OEA contra las sanciones y... solo más tarde, quizá por presiones económicas, se había plegado a los deseos del imperialismo”³⁹.

145

36 “Carta de Raúl Roa a embajador cubano en Ghana, Armando Entralgo”, 17 de marzo de 1964, p. 3.

37 “Acerca de la política exterior del gobierno venezolano”, 15 de junio de 1964, p. 12.

38 “Carta de Raúl Roa a embajador cubano en la URSS Carlos Olivares”, 6 de agosto de 1964, p. 2.

39 “Comunicado de Oscar Mas, funcionario cubano de la embajada en

Pero tampoco los bolivianos tendrían un camino expedito. Ya en los setenta, Cuba objetó con firmeza un intento por integrarse al Movimiento, aduciendo que “la presencia de Bolivia cambiaría la correlación de fuerzas en el Grupo latinoamericano y haría muy difícil lograr que se continúen aprobando párrafos de apoyo a las causas antimperialistas en el Continente”⁴⁰. Era entonces el signo político del gobierno boliviano lo que generaba el rechazo. Más aún, el interés de Bolivia representaba una “clara maniobra imperialista encaminada a hacer fracasar dicha conferencia (La Habana) y el ejercicio de la dirección del movimiento por parte de nuestro país”. Así, su ingreso semejaría “la introducción de un ‘caballo de Troya’ que el imperialismo tendría intención de hacer penetrar en sus filas [del MPNA], para debilitarlo y dividirlo aún más”. La coyuntura —la futura presidencia cubana del Movimiento— incidía con fuerza en las consideraciones de la isla. Se explicaban, además, dicho interés como expresión del deseo boliviano de “mejorar su ‘cara interna’ y mostrarse más democrática e independiente en su política exterior, intenciones que apoya la administración Carter”⁴¹. Con la aparición de Estados Unidos se cierra el círculo de factores que condicionaban la política cubana: primero, el signo político del país; segundo, la correlación de fuerzas en el organismo; y tercero, la oposición en todos los frentes a Estados Unidos.

Con tanta seriedad se tomaban el hecho en Cuba que se ideó un plan de acción para frenar las ambiciones bolivianas:

- a) Elaborar un despacho de Prela [Prensa Latina, la agencia noticiosa cubana] que cuestione la condición de No Alineado de Bolivia; b) Elaborar otro despacho con

Moscú”, 9 de septiembre de 1964, p. 1.

40 “Memorándum de Viceministro José Viera a Ministro de Relaciones Exteriores Isidoro Malmierca”, 19 de noviembre de 1977.

41 “Memorándum de la Dirección de Conferencia Especiales y MPNA a viceministro Pelegrín Torras”, 29 de noviembre de 1977, p. 1.

declaraciones de patriotas bolivianos contra el régimen de Banzer y su intento de ingresar a los No Alineados; c) Buscar y denunciar toda relación entre Bolivia y los regímenes racistas⁴².

Se opuso férrea resistencia también a la inclusión de Brasil en el No Alineamiento, con un argumento similar a los esgrimidos contra Venezuela y Bolivia: sumisión a los dictados de Estados Unidos, con el agravante de ser regido por una dictadura militar anticomunista. A inicios de los setenta, una delegación cubana manifestaba

su más categórico repudio a la presencia de los representantes del fascismo brasileño, régimen típicamente gorila, reaccionario y entreguista, que pretende erigirse en polizonte de la injerencia yanqui en América Latina y aspira a desempeñar el grotesco papel de subimperialismo alquilado⁴³.

147

El propio Fidel Castro en la Conferencia de Argel de 1973, preocupado por la asistencia de Brasil como observador, proclamó: “¡Esperamos que nunca semejantes gobiernos...sean admitidos en el movimiento de los No Alineados!”⁴⁴

Sin embargo, los cubanos sabían que tales maniobras no pasaban desapercibidas y que podían ser acusados de impedir el crecimiento del Movimiento y de minar su unidad. Fue lo que ocurrió en 1972, cuando, aún sobre el tema de Brasil, Yugoslavia se enfrentó a Cuba

42 “Memorándum de Viceministro José Viera a Ministro de Relaciones Exteriores Isidoro Malmierca”, 19 de noviembre de 1977.

43 “Discurso del Doctor Raúl Roa García, Ministro de Relaciones Exteriores de la República de Cuba en la IV reunión de ministros de relaciones exteriores de Países No Alineados, Guyana, 8-11 agosto, 1972”, p. 5.

44 Fidel Castro, “Discurso pronunciado en la IV Conferencia Cumbre, celebrada en Argel del 5 al 9 de septiembre de 1973”, p. 6.

exigiéndole velar por los objetivos generales del conglomerado (ver subcapítulo siguiente).

En la óptica cubana, entonces, el verdadero problema de Brasil no estribaba en ser gobernado por una dictadura de derecha, sino en su comportamiento proclive a Estados Unidos. Así ocurría también en el caso de Argentina, aunque en sentido contrario.

148 Argentina se había afiliado a los No Alineados en 1973 durante el gobierno de transición pre-peronista de Raúl Lastiri, y en virtud de un señero pensamiento tercermundista enraizado en la Tercera Posición creada por el propio Juan Domingo Perón. Sin embargo, poco duró el compromiso con esas ideas, pues ya durante el segundo gobierno del caudillo se empezaron a imponer tendencias derechistas. El golpe de 1976 consagró en el poder al ala radicalizada del ejército, adscrita además a la Doctrina de Seguridad Nacional, que no incluía entre sus simpatías ni a Cuba ni al No Alineamiento ni al Tercer Mundo. No obstante, los caminos de la Junta y del MPNA terminarían por cruzarse.

Algo similar le ocurriría a Cuba. El gobierno de Fidel observaba con recelo la actuación argentina en Colombo el año 1976 y la indiferencia hacia el MPNA, todo esto “a pesar de que el Movimiento se ha solidarizado con las reclamaciones de Argentina sobre el territorio de las Islas Malvinas”⁴⁵. Sin ir más lejos, los cubanos prepararon el siguiente texto para ser recogido por el resto de los miembros concurrentes a la cumbre:

La Conferencia, en el caso especial y particular de las Islas Malvinas, apoyó firmemente el justo reclamo de la República Argentina y exhortó al Reino Unido a proseguir activamente las negociaciones encomendadas por las Naciones Unidas con el objeto de restituir dicho territorio a

45 “Evaluación del desenvolvimiento y resultados de la Conferencia respecto a la América Latina”, 21 de agosto de 1976, p. 2.

la soberanía argentina y poner fin así a esa situación ilegal que aún persiste en el extremo meridional del continente americano⁴⁶.

Sería justamente el problema de las islas lo que cambiaría la relación entre La Habana y Buenos Aires. La guerra de las Malvinas en 1982 fue interpretada en Cuba como una reivindicación legítima que debía unir a América Latina y forzar a Estados Unidos a definirse frente a las obligaciones que le imponían el TIAR y la OEA. En su discurso en Nueva Delhi, Fidel Castro volvió a condenar “la guerra colonial de la señora Thatcher”, aclarando que Cuba, “a pesar de las diferencias ideológicas y políticas que la distinguen del Gobierno argentino, no vaciló en apoyar la justa demanda de ese noble pueblo”⁴⁷. De vuelta en su país, Castro se dirigió a su par argentino, Reynaldo Bignone:

149

En su discurso, tuvo usted expresiones generosas de reconocimiento al trabajo desarrollado por Cuba durante el complejo período en que ejerció la Presidencia del Movimiento. Deseo agradecerle profundamente sus palabras, en las que reconozco sus sentimientos de afecto y amistad hacia nuestro pueblo. Le agradezco también sus cálidas y amistosas expresiones hacia mi persona⁴⁸.

Cuba establecía los factores prioritarios en la determinación del trato dispensado a los demás países; así, se brindaba amistad y apoyo a Argentina, primero porque ésta combatía el corazón del imperialismo, y segundo, porque reconocía la labor cubana en la testera del Movimiento.

46 “Propuesta Cubana de Declaración Final, V Conferencia de Jefes de Estados y Gobiernos de los Países No Alineados [Colombo, 16-19 de agosto de 1976]”, p. 20.

47 Fidel Castro, “Discurso ante la VII Cumbre. Nueva Delhi 7 de marzo de 1983”, pp. 15-16.

48 “Carta de Fidel Castro a Reynaldo Bignone”, 1 de abril de 1983, p. 1.

Así, pasaba a segundo plano la divergencia ideológica y la indiferencia argentina en pretéritas etapas del No Alineamiento.

150 Sería la permanencia de Chile en el Movimiento la que provocaría la explicitación definitiva del concepto cubano de No Alineación. Los cubanos habían saludado el ingreso del gobierno de Salvador Allende al MPNA. Por fin encontraban un socio latinoamericano, y en efecto alcanzaron a trabajar en productiva coordinación. Las notables coincidencias programáticas entre ambos gobiernos quedaron estampadas en las opiniones cubanas sobre un proyecto confeccionado por Chile referente a empresas transnacionales: “La delegación chilena redactó un excelente preámbulo político denunciando al imperialismo, colonialismo y neocolonialismo como los principales enemigos de los países en vías de desarrollo”, felicitándose al mismo tiempo por las proyecciones que auguraba el trabajo en común: “La consulta y coordinación constantes que caracterizaron las relaciones entre nuestras delegaciones fueron realmente el factor clave en los éxitos alcanzados”⁴⁹.

El Golpe de Estado de 1973 desbarató esa alianza y causó honda frustración entre los cubanos, quienes en adelante desplegarían distintas formas de solidaridad con el exilio chileno. Una de ellas se expresó en el MPNA, donde se extremó el esfuerzo por marginar a la junta militar chilena de todas las reuniones de la entidad. Fidel Castro proclamaba en Colombo que no se trataba de “exigir una continuidad ideológica entre las representaciones de un país miembro en el seno del Movimiento de los No Alineados, sino de establecer la esencia misma de ese Movimiento”, enunciando una verdadera declaración de principios del No Alineamiento:

La pertenencia al Movimiento...no se cumple con una simple ausencia de compromiso con bloques militares sino que implica, además, la adhesión a un programa de

transformaciones que permita a los pueblos salir de la esclavitud colonial o neocolonial y emprender las vías del desarrollo y el bienestar. Los que se imponen a sus pueblos por el crimen y la violencia neofascista, ya sea para mantener viejas estructuras feudales, ya para aplastar o impedir los cambios revolucionarios, no pueden ser considerados, con legitimidad, como integrantes de nuestro movimiento⁵⁰.

La situación de Chile ha servido para redefinir el No Alineamiento en términos acordes con la situación internacional de Cuba. Ante los cuestionamientos por la asociación de Cuba con la Unión Soviética, y ante su pertenencia a uno de los bloques en disputa, la nueva concepción se fundaba en el grado de implicación de un gobierno con las transformaciones necesarias para disolver la esclavitud colonial (o neocolonial) y alcanzar el desarrollo, excluyendo de esa manera a aquellos gobiernos que por vía de la represión sofocaban los legítimos ímpetus revolucionarios de sus pueblos. Lo decisivo para el No Alineamiento era la liberación nacional —lograda o pretendida— de las cadenas del imperialismo, y no la independencia frente a los bloques. Entre líneas, por tanto, se hallaba el antiimperialismo —base además de la alianza natural entre la URSS y el Tercer Mundo— como el común denominador de los No Alineados.

151

El Movimiento no poseía la atribución de expulsar a un miembro, pero como los mítines funcionaban por invitación, los cubanos y sus aliados lograron evitar que el gobierno de Pinochet fuera invitado. Así se excluía de facto a un país. Pero no fue todo. El gran objetivo consistió en hacer participar a un grupo de exiliados organizados en la Resistencia Chilena (Antifascista) en reemplazo de la junta militar, idea promovida por Cuba y secundada por Argelia. Aunque los exiliados

⁵⁰ “Discurso de Fidel Castro en la V Conferencia Cumbre de Colombo”, 16-19 de agosto de 1976, p. 5.

solo consiguieron intervenir en algunas conferencias como invitados, y no en calidad de miembro pleno como era su intención, la meta de marginar al Chile de Pinochet se cumplió a cabalidad (Albuquerque, Figueroa, Fuenzalida y Roco, 2018).

La instalación de los exiliados en el MPNA se relacionaba con otra constante de la política que Cuba puso en práctica en el No Alineamiento: la invitación a los movimientos de liberación nacional del continente, comprendiendo grupos guerrilleros y partidos políticos. Se pretendía que concurrieran a las conferencias y tuvieran allí el mayor espacio posible, e idealmente que fueran integrados como miembros oficiales. Ya en la conferencia de El Cairo del año 1964, los cubanos justificaban su empeño:

152

Son movimientos caracterizados, en general, por una clara conciencia antimperialista, dos de ellos –Guayana y Puerto Rico– son una viva denuncia del imperialismo y colonialismo norteamericano. Su participación ayudará a radicalizar la Conferencia o en su caso, a desenmascararla. Se caracterizan también por su solidaridad con la Revolución Cubana y nuestra delegación podrá utilizarlos eficazmente, en el curso de la Conferencia⁵¹.

Esta era otra variante de la influencia activa ejercida por Cuba, aunque con efecto diferido, ya que se incentivaba y promovía la participación de actores que en un plano ideal llegarían a convertirse en gobernantes de un país y cuyo siguiente paso natural sería adherirse al No Alineamiento.

En realidad, son escasas las ocasiones en que Cuba aplicó una acción favorable a la inclusión de Estados latinoamericanos. En plena

51 “Sobre la participación de los movimientos de liberación de los territorios coloniales (americanos) en la II Conferencia de Países No Alineados”, 16 de mayo de 1964, p. 1.

década del setenta tenemos una declaración en esa línea: “La sección del documento dedicada a Latinoamérica...debe contener una invitación para que Venezuela, Ecuador y Panamá puedan integrar el grupo de los No Alineados con ocasión de la Conferencia de Lima”⁵². Hacia 1983 descubrimos otro caso, también relacionado con el país que otrora fue apartado, Venezuela. Así se pronunciaba el canciller Malmierca en reunión con un representante de esa nación:

Nosotros necesitamos el fortalecimiento del Movimiento, pero también necesitamos fortalecer la unidad de nuestros países...Por eso estamos dispuestos a tratar de contribuir, si Venezuela lo considera conveniente, aceptable, a que se eliminen las reservas que Guyana ha presentado a la admisión de Venezuela⁵³.

153

Podría atribuirse esta postura más positiva a que Cuba, a estas alturas, no se jugaba a fondo por conseguir el liderazgo del Movimiento y atravesaba por cierto retraimiento; de hecho, un documento de la misma época consignaba la opinión cubana ante nuevas posibles incorporaciones, señalando, a propósito de Colombia, que “no objetaríamos su ingreso. Ha dado pasos en su política exterior que contribuyen a crear las condiciones para su admisión”; y de República Dominicana, que “no nos oponemos a su participación como invitado.” Pero la misma fuente recreaba las aprehensiones conocidas, pues, sobre Honduras, anunciaba que “nos oponemos a su ingreso como observador para lo cual debemos coordinar particularmente con Nicaragua y con los amigos NOAL”. Y frente a la solicitud de Bahamas para insertarse como miembro pleno, precisaba: “estimamos que la misma está inspirada

52 “Reunión Ministerial de la mesa de Países No Alineados. Objetivos de la reunión de La Habana. Comunicado final”, marzo de 1975.

53 “Conversación con [Manuel] Pérez Guerrero” en Documento sin título 8, 10 de enero de 1983, p. 6.

por Washington y Londres. El MINREX [cancillería cubana] efectúa un estudio para precisar si existen bases militares imperialistas en su territorio”⁵⁴.

5.2.4. Conclusión

154 Cuba influyó de modo heterogéneo sobre la participación de naciones latinoamericanas en el No Alineamiento. Su condición de primer integrante continental del Movimiento sin dudas trazó un camino que, aunque con demora, un nutrido grupo de países imitó. Aunque los cubanos se comprometieron a fondo con el espíritu tercermundista, entendido como solidaridad con el proceso de descolonización en clave antiimperialista, se aprecia que ello no decantó en un esfuerzo proselitista por persuadir a otros países del continente a integrarse al Movimiento. Al contrario, desde La Habana se maniobró con objeto de impedir el ingreso de naciones regidas por gobiernos que, se presumía, asumirían posiciones contrarias en la asamblea de la entidad. Venezuela, Brasil, Bolivia, el Chile de Pinochet, vieron frustradas sus expectativas debido a la oposición cubana. En el periodo comprendido las razones de lo anterior no parecen ser las mismas. En los sesenta Cuba no asignaba al Movimiento gran relevancia para el cumplimiento de su objetivo primordial —la supervivencia de la Revolución—, aunque sí lo veía como una instancia adecuada para neutralizar la política hostil de Estados Unidos; en los setenta, en tanto, el MPNA devino uno de los pilares de su política exterior, intensificando su acción con el fin de liderarlo y orientarlo hacia la alianza con el orbe socialista. Si Cuba se propuso controlar la presencia latinoamericana en el Movimiento fue porque procuraba seguir instrumentalizando la organización en

54 “Principales cuestiones políticas a examinar por el Buró de Coordinación en Nueva York como Comité Preparatorio de la VII Conferencia Cumbre”, La Habana, 18 de enero de 1983.

función de atacar a Washington y de aproximar al No Alineamiento con la Unión Soviética.

Volvemos a la pregunta acerca de si Cuba fue un obstáculo a la participación latinoamericana. La respuesta es positiva si consideramos la influencia activa, pues resultan evidentes sus esfuerzos por marginar a determinados países. Sea como fuere, cada caso analizado nos informa de los criterios que guiaban la política exterior de la Revolución. No eran estos, a primera vista, idealistas; al contrario, parecen estrictamente utilitaristas, aunque se revistieran de enunciados ideológicos. Siempre estuvo detrás el cálculo de la correlación de fuerzas en el seno del Movimiento, y el grado de conveniencia de la integración de un país u otro. Por cierto, sería una ingenuidad pretender que Cuba hubiera impulsado un No Alineamiento universal en virtud de sus principios tercermundistas. Al mismo tiempo, no afirmamos que lo ideológico haya sido suprimido; tal como otros especialistas, creemos que Cuba equilibraba conveniencia e idealismo en su política exterior, como por lo demás lo han hecho y seguirán haciendo la mayoría de los Estados del mundo. Por otra parte, desde un ángulo especulativo podríamos preguntarnos: ¿Qué habría cambiado si hubiera primado el idealismo? Quizá Cuba habría incentivado la mayor presencia posible de países del continente, en coherencia con su vocación tercermundista y latinoamericanista; es posible que hubiera pensado más en los pueblos de los países candidatos que en los gobiernos de turno; habría probablemente impedido a la dictadura argentina participar en el Movimiento tal como hizo con la chilena.

155

Más claro es el hecho de que para Cuba la relación con los países latinoamericanos se definía en términos internacionales y no en términos bilaterales. Cuba se concebía luchando una partida global y en relación directa con las grandes potencias, que fungían como sus principales referentes. No deja de ser paradójico, en este sentido, que el Movimiento de Países No Alineados fuera, para Cuba, un instrumento

que le permitía batallar contra Estados Unidos y colaborar con la Unión Soviética. La Guerra Fría en la política latinoamericana se hacía presente una vez más, eclipsando las dinámicas históricas regionales.

5.3. La pequeña guerra fría entre Cuba y Yugoslavia en el Movimiento de Países No Alineados, 1961-1983⁵⁵

156 En 1969, en la ciudad de Dar es-Salaam, Tanzania, se realizó una reunión ministerial del Movimiento de Países No Alineados. Una noche, en la residencia del embajador de la India, se encontraron los delegados de Cuba con el canciller de Yugoslavia. En esos días se discutía el ingreso del Gobierno Revolucionario Provisional de Vietnam del Sur como miembro pleno del Movimiento, un gobierno no oficial. Cuba avalaba la incorporación, al tiempo que Yugoslavia la rechazaba. Según la delegación cubana, “la discusión fue adquiriendo un tono bastante violento provocado por el carácter singularmente vehemente de nuestro interlocutor”. Éste, reprochando lo que juzgaba ambiciones desmedidas de Cuba en relación a Vietnam, espetó: “yo quisiera saber quién dirige una política tan estúpida”. Los cubanos respondieron que no pretendían convencer al canciller por cuanto “se trataba de una cuestión de principios”, y que “jamás nos entenderíamos porque nosotros no traficábamos ni con los principios ni con la sangre del pueblo vietnamita.” Cuando parecía que las cosas pasaban a mayores intervinieron representantes de Afganistán y la India, “quienes diplomáticamente nos separaron”.

55 Reproducción no exacta de “La pequeña guerra fría entre Cuba y Yugoslavia en el Movimiento de Países No Alineados, 1961-1983”, en G. Alburquerque y J. P. Silva (editores), *Variaciones sobre Latinoamérica. Política, cultura y sociedad*, Santiago, Universidad Bernardo O’Higgins, pp. 131-149, 2019 (en coautoría con Claudio Coloma).

Al día siguiente el canciller de Tito volvió a interpelar a los cubanos y aludiendo también a los vietnamitas presentes los acusó de haber hecho fracasar la Reunión Preparatoria. Según el informe cubano el yugoslavo expresó “cada vez en un tono más alto que debíamos comprender que en esta conferencia estaban representadas las más disímiles fuerzas políticas, que no se podía exigir todo y que había que hacer concesiones a la otra parte.” La respuesta de los caribeños fue que ése era justamente el problema: la heterogeneidad de los países participantes producto de la admisión de Estados “alineados con el imperialismo”. Y de ello era responsable Yugoslavia, “por toda la labor que había hecho para hacer admitir a los países reaccionarios de África y América Latina y cambiar así la orientación original de este movimiento”. En seguida, “aprovechando que estábamos bajo un fuerte aguacero y al descampado, interrumpimos la conversación y nos despedimos”⁵⁶.

Este sería solo uno de los tantos desencuentros que por estos tiempos sostuvieron Cuba y Yugoslavia. No se trataba de meras disputas acerca de la inclusión de un país u otro, como se podría desprender de la anécdota recién narrada, sino de un desacuerdo radical en la manera de entender y conducir el No Alineamiento (Wessels, 2002, p. 28)⁵⁷.

Como se expresó, para la Conferencia de 1961 Josip Broz Tito, jerarca del país sede, extendió una invitación a Cuba, esperanzado en

56 Documento sin título N°3, 1970, pp. 14-16.

57 Aunque el concepto de No Alineamiento de algún modo se define por sí mismo —no estar alineado con los bloques—, y funciona de forma directa en el marco de la Guerra Fría o de posguerra, puede definirse más extensamente, siguiendo a Wessels (2002, p. 28), como “política exterior orientada a evitar la guerra y a conseguir ciertos objetivos sociales, económicos, y políticos de largo plazo. El no-alineamiento no es neutralidad ni ausencia de participación, sino que un enfoque que apunta a objetivos específicos”. Las traducciones de esta nota y de todas las procedentes de textos en inglés que aparecen más abajo fueron realizadas por los autores.

que la isla podía estimular a otros países del continente y del Caribe. En definitiva, Cuba fue el único país que asistió a Belgrado como miembro, en tanto otros lo hicieron solo como observadores. Lo más probable es que en Yugoslavia jamás imaginaron los dolores de cabeza que la participación cubana, que ellos promovieron, les iba a causar.

Los cubanos, en todo caso, tampoco intuyeron que el Movimiento de Países No Alineados se convertiría en uno de los pilares de su política exterior, ni menos que se desvivirían por obtener su liderazgo (D'Estéfano, 2002; Domínguez, 1989; Richiers, 2012; Fernández, 1987)⁵⁸.

158 Al tiempo que Cuba transformaba su inicial indiferencia hacia el No Alineamiento, siempre estuvo presente Yugoslavia como contrapunto. Como veremos, ambos Estados permanentemente, con apenas alguna excepción, se situaron en veredas opuestas aunque por distintos motivos. A grandes rasgos, en los sesenta Cuba no comulgó con el empeño yugoslavo por construir un Movimiento fuerte, al que miraban con desconfianza. Cabe considerar que por estos años Cuba alzó la bandera de la Tricontinentalidad, cuyo hito fue la Conferencia Tricontinental de La Habana (1966). En los setenta, mientras Cuba proclamaba la alianza natural del No Alineamiento con el conglomerado

58 Las fases que recorre Cuba pueden asociarse a las del propio Movimiento. Wessels (2002, p. 84) define tres etapas en la historia del MPNA: La primera (1961-1969), llamada “de sobrevivencia”, define a la organización como un instrumento liderado por la India, Egipto y Yugoslavia que buscó promover algunos ideales que separaran la identidad política del movimiento con respecto a Estados Unidos y la Unión Soviética. En la segunda etapa (1970-1979), “de radicalización”, el MPNA “actuó independientemente y de manera agresiva” siguiendo posiciones de izquierda. El autor califica a Cuba como el principal promotor de este giro, haciendo coincidir al MPNA con el bloque soviético y aplicando un fuerte acento antioccidental. En la tercera etapa (1980-1989) el Movimiento es comprendido como una arena, perdiendo fuerza y constituyéndose más bien en un foro donde sus miembros plantearon diferentes visiones sin ser efectivos en la consecución colectiva de ciertos objetivos.

soviético, Yugoslavia esgrimía la teoría de los dos imperialismos, sancionando a ambas potencias, la URSS y Estados Unidos, como los enemigos perennes del Tercer Mundo. Más en concreto, la gran fuente de disputas entre ambos Estados radicó en la incorporación de nuevos países latinoamericanos al Movimiento.

5.3.1. La enemistad

Ya en 1964 era visible la animosidad cubana hacia Yugoslavia. El Movimiento apenas celebraba su segunda conferencia cumbre, en El Cairo, pero ya desde La Habana se precavían del accionar balcánico. De hecho, en la cancillería encargaban un

estudio especial de la política exterior de Yugoslavia (su evolución a partir de 1948, sus relaciones actuales con el campo socialista y con las potencias imperialistas, sus relaciones con los países participantes en especial con los de África y América Latina, la fundamentación teórica y expresión práctica de su política de no alineamiento –tesis del no-bloquismo, “nuevo concepto del no alineamiento”)⁵⁹.

159

¿A qué se debía la temprana preocupación cubana por la política de Belgrado? Considerando que Cuba ya se hallaba al alero soviético es claro que pesaba aquí el conflicto entre la URSS y Yugoslavia. Aunque éste atravesó distintas etapas, el mero hecho de la autonomía yugoslava –un país socialista, centroeuropeo, pero fuera del bloque soviético– originó para siempre un manto de sospecha sobre ese país. Por más que Cuba todavía guardaba una política exterior con un alto margen de independencia, no podía desconocer la desconfianza que los yugoslavos despertaban en la URSS.

Otro factor era la competencia que representaba Yugoslavia para Cuba a la hora de relacionarse con países americanos, asiáticos y africanos. Como vimos, hacia mediados de los sesenta Cuba ya aspiraba a liderar el Tercer Mundo, por una parte, y por otra, procuraba que los vecinos del continente, la mayoría con gobiernos hostiles a la Revolución, se hicieran presentes en el No Alineamiento (Harmer, 2013).

Nada menos que Raúl Roa, ministro de relaciones exteriores de Castro, aludía a varias de estas consideraciones en las siguientes palabras:

160

Esta tarde me visitó el embajador de Yugoslavia —país prototipo del tránsito pacífico del socialismo al capitalismo— para ofrecerme la siguiente información: 1. La idea de efectuar otra conferencia de Países “No Alineados” sigue cocinándose, con carbón vegetal, por Tito, Nasser e Indira Gandhi. El mismo trío de países que urdió las anteriores... 4. Tito —el gran mariscal del socio-listismo— ha dirigido largas epístolas a jefes de Estado de África, Asia, América Latina y Europa, incluyendo al Papa. Según el Embajador, muchos han respondido afirmativamente⁶⁰.

Se denota en estas líneas la desconfianza no solo hacia Yugoslavia sino al Movimiento en su conjunto, deslizándose críticas hacia el sistema político yugoslavo. Más adelante ahondaba en lo mismo, aunque abarcando a India y Egipto:

En mi opinión, esta Conferencia, si llega a celebrarse, estará impregnada de la “mierdología” que informa las concepciones políticas de Tito, Nasser y de Indira Gandhi, con todo el respeto en su caso por su condición de mujer y ser yo un caballero cubano fidelista-marxista-leninista⁶¹.

60 “Carta de Raúl Roa a Osvaldo Dorticós”, 27 de junio de 1968, p. 1.

61 Ibid., p. 2.

No eran precisamente diplomáticas estas últimas palabras, pero se trataba de un documento interno. De cualquier manera, como vimos que sucedió en Dar es-Salaam, los roces directos no escasearon e implicaron incluso a los líderes. Un enviado cubano se quejaba:

Una expresión del choque ideológico entre las delegaciones de Cuba y Yugoslavia fue la actitud del Presidente Tito que, aunque estaba sentado al lado de nuestra delegación, en ningún momento me saludó a mí ni a nuestro Embajador en Yugoslavia, a pesar de ser éste el decano del cuerpo diplomático en su país⁶².

En otras ocasiones se guardaba la compostura sin abandonar la firmeza en las posiciones: “El jefe de la delegación yugoslava nos dijo tranquilamente que nuestros criterios eran totalmente divergentes. Por ello, la delegación cubana les manifestó su más seria protesta, ante una actitud inamistosa e inadmisibles en un gobierno que alega ser socialista”⁶³.

161

En los años setenta, cuando la pugna entre ambos Estados por liderar el MPNA estaba desatada, los cubanos depuraron sus estrategias y las adaptaron a las nuevas circunstancias. Un documento instruí

mantener constante atención sobre la política de Yugoslavia hacia el MPNA. Continuar la política seguida hacia ese país en este terreno que mezcla el intercambio de opiniones con la discusión a partir de las diferencias existentes y la permanente vigilancia sobre las maniobras que desarrollan para reducir el papel de Cuba en el Movimiento⁶⁴.

62 “III Conferencia de Países No Alineados”, 21 de septiembre de 1970, p. 4.

63 “Informe sobre la reunión preparatoria de la Conferencia de Países No Alineados”, 6 de marzo de 1964, p. 5.

64 “Balance de la situación en el MNOAL desde la VI Cumbre hasta la Reunión Ministerial en la India”, c.1981, pp. 15-16.

Así se plasmaba la conciencia de que el rival laboraba directamente contra La Habana. Sin embargo, a medida que se aproximaba la cumbre en esta ciudad las tensiones disminuyeron. Poco antes, incluso, una intentona de Pakistán tendiente a articular un foro de similares características pero de tono más conciliador, o sea, distante del ánimo combativo del Movimiento, logró lo que parecía imposible: la unión de Cuba y Yugoslavia en su esfuerzo por desperfilar esa alternativa y robustecer al MPNA: “Es la primera vez que la Secretaría General yugoslava coincide en forma tan entusiasta con una posición cubana, al punto de iniciar una coordinación tan estrecha como la de informarnos en detalle las opiniones de terceros países”⁶⁵.

162

Asimismo, para la cumbre de La Habana se esperaba un choque frontal entre Cuba y Yugoslavia, pero lo que se vio fue fraternidad. Fidel Castro optó por resguardar la unidad del Movimiento, enfatizando aquello que despertaba un apoyo transversal: las reivindicaciones económicas (Richiers, 2012, p. 48; Allison, 1988, p. 64, 72)⁶⁶.

Como fuere, ya en la presidencia del organismo Cuba debió afrontar su más seria dificultad: la invasión soviética a Afganistán,

65 “Memorándum de José Viera al canciller Isidoro Malmierca”, 23 de diciembre de 1976, p. 1.

66 Sobre la cumbre de La Habana se ha especulado bastante. Por una parte, Richiers (2012, p. 48) apunta que Yugoslavia no se opuso a que se celebrara en Cuba a cambio de que la isla diera garantías de salvaguardar la heterogeneidad del Movimiento. Allison comenta que el prestigio de Tito “ayudó a asegurar por adelantado el fracaso de cualquier intento de Cuba de presentar la debatida tesis de la ‘alianza natural’”. Además, señala que Castro “fue suficientemente astuto para evitar una confrontación directa sobre este tema”. Según Allison, y desde la perspectiva soviética, Moscú no vio ningún beneficio en alentar la rivalidad entre los dos mayores estados socialistas dentro del Movimiento (1988, p. 64) y que incluso juzgaba peligroso que compitieran por el liderazgo. Agrega que Fidel Castro “fue valorado por su ‘sobresaliente tacto político’ en tratar con aquellas diferencias que se habían alzado en La Habana” (1988, p. 72).

ocurrída pocas semanas después de la cumbre. Cuba no pudo condenar el hecho ni solidarizar con un miembro del Movimiento; lo que es peor, la teoría yugoslava de los dos imperialismos se consagraba en los hechos. Los balcánicos, según Cuba, no desaprovecharon la oportunidad. Un telegrama dirigido a la cancillería cubana anunciaba que “algunos países MNOAL como Yugoslavia han estado promoviendo celebración Conferencia Ministerial con propósito abordar exclusivamente tema Afganistán y presentar a Cuba y países progresistas Movimiento como opuestos celebración ese evento”⁶⁷.

Recusaban también a la agencia de noticias yugoslava, Tanjug, donde

han aparecido algunos comentarios con la característica tonalidad yugoslava donde se escribe acerca de la pasividad del Movimiento en los últimos meses, sus diferencias internas, los problemas complejos que afronta, la necesidad del respeto a los principios originarios, las injerencias en los asuntos internos y las aspiraciones e influencias de las grandes potencias o bloques⁶⁸.

163

La enemistad, en definitiva, adoptó distintas facetas, a través etapas, esgrimió armas diversas, respetó y transgredió el protocolo, etc. Mas esta es la punta del iceberg, es solo la manifestación de una lucha soterrada.

5.3.2. El rival

Un socialismo sui generis, un gobierno personalista, una vocación tercermundista... Miradas con distancia, las similitudes entre

67 Isidoro Malmierca, “Proyecto cable cifrado a Raúl García Pe-láez-Afganistán”, 6 de junio de 1980, p. 1.

68 “Memorándum de Carlos Zamora a René Anillo”, 8 de enero de 1981, p. 1.

Yugoslavia y Cuba podían augurar una relación amistosa y hasta cómplice (sobre todo en la etapa díscola de los caribeños con respecto a la URSS, entre 1962 y 1968). Al contrario, imperó una desconfianza que hizo casi imposible el entendimiento.

En La Habana no podían tolerar la ambigüedad yugoslava ante los bloques enfrentados en la Guerra Fría. Que la Unión Soviética y Estados Unidos supusieran ora un amigo, ora un contrincante, solo evidenciaba zigzagues oportunistas:

164

Yugoslavia ha tenido y tiene la suficiente habilidad o falta de consecuencia para cohonestar una declaración condenando al imperialismo americano por su agresión en Vietnam o Cambodia y firmar al mismo tiempo un comunicado amistoso recibiendo un crédito para el desarrollo de algún proyecto. Asimismo podría golpear, directa o indirectamente, a la Unión Soviética acusándola por la supuesta teoría de la “soberanía limitada” y gestionar simultáneamente el financiamiento de importantes objetivos⁶⁹.

El conflicto de seguro no habría existido si ambos países no se hubieran topado en el Movimiento de Países No Alineados. Fue éste el escenario y origen de la confrontación. Los cubanos elaboraron análisis acerca de las motivaciones que impulsaban a Tito y su federación a instalar, fortalecer y dirigir el organismo. Consignemos que el No Alineamiento nació como respuesta a la Guerra Fría y que su esencia era la validación del neutralismo, el derecho a permanecer al margen de los bloques, y que en ese marco la participación de Yugoslavia era natural; sin embargo, el Movimiento adquirió un espíritu tercermundista que en política se expresaba a favor de la descolonización y el nacimiento de Estados independientes en África, Asia y el Caribe, y que en economía

69 Documento sin título N°1, 1969, p. 8.

se expresaba en contra de las inequidades del sistema económico y comercial global. En estas dimensiones la presencia yugoslava ya no era tan natural porque era un país europeo y desarrollado. Según la óptica cubana:

para Yugoslavia, el movimiento de los no alineados se presenta como el instrumento insustituible para enfrentarse al campo socialista, particularmente a la URSS, romper el aislamiento en que estaba sometida en relación al movimiento comunista internacional y hacer que se le tenga en cuenta en función de que abandera el movimiento de un buen grupo de países del tercer mundo⁷⁰.

Es decir que el No Alineamiento ofrecía soluciones sobre todo políticas y estratégicas a necesidades yugoslavas que pasaban en lo medular por la viabilidad de su autonomía, pues no era cómodo estar rodeada por el Pacto de Varsovia y la OTAN (en esto también se parecía a Cuba, cercada por Estados Unidos y por la OEA). Como el Movimiento brindaba a Belgrado seguridad, prestigio, solidaridad y posicionamiento, era menester protegerlo y conducirlo por un camino conocido.

165

A los cubanos no se les escapaba la situación económica del país eslavo, que lo diferenciaba de la mayoría de los pueblos No Alineados, pero que también lo empujaba a ellos: “Con una industria que en ciertas ramas es de tecnología moderna pero con un gran déficit de materia prima, Yugoslavia se abre paso hacia las fuentes abastecedoras de los países no alineados y del Tercer Mundo”⁷¹.

Por último, a todo lo anterior se sumaba el interés por ampliar los servicios de la agencia noticiosa Tanjug. La conclusión era clara: “para Yugoslavia los No Alineados no son solo una agrupación política”⁷².

70 Ibid.

71 Documento sin título N°1, 1969, p. 10.

72 Documento sin título N°5, c.1975, p. 10.

5.3.3. El campo en disputa

Yugoslavos y cubanos se disputaron la inclusión de potenciales nuevos miembros de América Latina y el Caribe. Siguiendo el objetivo de engrandecer el Movimiento y mantenerlo bajo una orientación política moderada, Yugoslavia estimuló la incorporación de países latinoamericanos, una política que también aplicaba a los otros continentes del Tercer Mundo e incluso a Europa (según Cuba, Belgrado intentó afiliarse a Rumania y Checoslovaquia). Los cubanos, por su parte, aplicaban una estrategia distinta, pues solo avalaban o visaban la integración de una nueva nación del continente si ésta profesaba una tendencia política o ideológica afín. Fue el caso del Chile de Allende, el Perú de Velasco y, especialmente, de la Nicaragua sandinista, además de ciertos países caribeños como Guyana o Granada. Frente al resto de los países, por lo general se opuso y batalló por excluirlos, bajo el entendido de que eran leales a Estados Unidos, siervos del imperialismo. Para entender cómo se definía el juego de poder en que ambos Estados estaban inmersos es iluminadora una minuta sobre los objetivos de Cuba en el MPNA. En ella se recomendaba

166

contrarrestar la intención de Yugoslavia dirigida a afectar en contra de Cuba la correlación de fuerzas en el seno del grupo latinoamericano del Movimiento mediante la incorporación en calidad de miembros de países de la región, en particular los observadores⁷³.

Dado que la situación de Cuba, declarado aliado de la URSS, no era del todo cómoda, desde temprano Yugoslavia quiso sacar partido de ello, según se desprende de un informe cubano sobre un encuentro con un emisario de ese país:

73 “Balance de la situación en el MNOAL desde la VI Cumbre hasta la Reunión Ministerial en la India”, c.1981, p. 22.

El Embajador yugoslavo nos recomendó que no formáramos problema con el asunto de las invitaciones a los países latinoamericanos, pues nuestra situación era delicada ya que otras delegaciones atacarían a la cubana e inclusive su delegación y la Árabe habían tenido que trabajar en favor nuestro, ya que hasta Ceilán había puesto sus objeciones a la invitación de Cuba. Esto lo interpretamos en aquel momento y ahora comprobamos que solo fue una maniobra de los yugoslavos para tratar de frenar nuestra posición; pudiera decirse queriendo amedrentarnos⁷⁴.

Las fuentes cubanas aseguran que Yugoslavia trabajó por el ingreso de Venezuela, Bolivia y Brasil al MPNA. El primero de ellos fue quizás el asunto que más tensionó las relaciones cubano-yugoslavas. Para La Habana, Venezuela oficiaba como títere del imperialismo (Estados Unidos) y bajo ese argumento se opuso con tenacidad a su incorporación. Camino a la cumbre de El Cairo, el año 1964, la cancillería cubana se propuso

167

explicar la posición de Cuba con respecto a la invitación a Venezuela, a todos los elementos amigos de nuestra Revolución...especialmente a los Partidos comunistas y demás fuerzas revolucionarias...Ante aquellos círculos de países amigos de Yugoslavia, no debemos hacer tanto hincapié en la actitud de ese país y sí concentrarnos en la denuncia del régimen venezolano. Pero ante los círculos revolucionarios más esclarecidos debemos denunciar claramente la política del régimen de Belgrado⁷⁵.

74 "Entrevista con el Embajador de la República Árabe Unida. Carta de Agustín Canoura Valdés a Raúl Roa", Colombo, 4 de septiembre de 1964.

75 "II Conferencia de Países No Alineados", c.1964, p. 4.

En relación a Bolivia tampoco quedaban dudas: “El despacho de Tanjug [la agencia de noticias yugoslava] del 18 de noviembre, fechado en Lima, es una clara indicación que Yugoslavia se propone apoyar activamente el ingreso de Bolivia a los No Alineados”⁷⁶. El caso de Brasil, en tanto, sirvió para desnudar las posiciones de unos y otros. En un encuentro con el representante yugoslavo en La Habana, Vojin Dakovic, y ante los reparos cubanos al ingreso de Brasilia —donde gobernaban los militares— al MPNA, “el embajador reaccionó tratando de justificar[lo], caso de que [Brasil] lo intentara, con el argumento de que lo fundamental era mantener la unidad de los No Alineados”. Para Dakovic “no era fácil rechazar a un país del Tercer Mundo que solicitara su ingreso”, agregando que “no podía rechazarse a ningún país por razones ideológicas”. Cuba especificaba, a continuación, que la adhesión de Brasil al Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca lo invalidaba como país no alineado; ante ello, el yugoslavo, aun aceptando ese argumento, instaba a “tener en cuenta los intereses primordiales en la reunión y no frustrarlos por un objetivo secundario”⁷⁷. El último objeto de la discordia fue Ecuador. Cuando este país ingresó en plena década de los ochenta a los No Alineados, los cubanos de inmediato se alertaron por las coincidencias que expresaba con Yugoslavia: “Por fuente secreta de confianza conocimos que Ecuador durante la preparación de la Reunión Ministerial del Buró de Coordinación del Movimiento NOAL ha sostenido contactos con la delegación yugoslava, con el fin de coordinar sus posiciones”; tras esa instancia concordaron en defender “el mantenimiento de los principios del No Alineamiento, es decir, que el movimiento no responda a los intereses de ningún bloque”⁷⁸. Lo

76 “Memorándum de Viceministro José Viera a Ministro de Relaciones Exteriores Isidoro Malmierca”, 19 de noviembre de 1977.

77 “Memorándum de Viceministro Pelegrín Torras a Ministro Raúl Roa”, 6 de julio de 1972, pp. 1-2.

78 Documento sin título N°6, 1982, p. 4.

último es justamente la mejor síntesis de las diferencias entre cubanos y yugoslavos: la visión sobre los principios del No Alineamiento y la relación con los bloques.

5.3.4. Concepto de No Alineamiento

Llegamos a la médula de la confrontación entre Cuba y Yugoslavia. Si en la Guerra Fría la pugna entre la URSS y Estados Unidos entrañaba la oposición de dos sistemas ideológicos y dos maneras de entender el mundo, en esta pequeña guerra fría entre cubanos y yugoslavos también se enfrentaron dos conceptos de No Alineamiento, dos formas de entender la esencia y destino del Movimiento de Países No Alineados.

169

Para Cuba el No Alineamiento debía ser una fuerza política de decidida acción antiimperialista en continua lucha contra el imperialismo encarnado por Estados Unidos y, por extensión, por todo el bloque occidental. Se equivocaba el camino cuando se pretendía dotar al No Alineamiento de principios ideológicos por cuanto se trataba de una cuestión práctica. O se estaba con el imperialismo o contra él; en esa lógica, todo actor que declarara su lucha contra el bloque occidental era parte del No Alineamiento o bien aliado del No Alineamiento. El paso siguiente era decretar la alianza natural entre los No Alineados y la Unión Soviética, incluyendo el resto del campo socialista aglutinado en torno a Moscú. Asimismo, aquel país que ampliara la lucha del Movimiento a las dos potencias hegemónicas y no ya solo a Estados Unidos pervertía el No Alineamiento. Era el caso de Yugoslavia.

Según los cubanos, en la evolución del No Alineamiento se sucedieron distintos paradigmas. Primero el No Alineamiento (en una etapa anterior a la creación formal del Movimiento, entre la Conferencia de Bandung —1955— y la cumbre de Belgrado —1961—) fue concebido como respuesta a la existencia de los bloques, culpando a estos de la

precaria situación de los pueblos débiles; en seguida, en tiempos de la fundación del MPNA, se planteó la división entre potencias nucleares y países no nucleares, donde la necesidad primaria era existir o sobrevivir para luego coexistir; más tarde se privilegió la dimensión económica separando a los países entre ricos y pobres; luego, hacia 1968 y a propósito de la “Primavera de Praga”, emergió la “teoría de la soberanía limitada”, según la cual la hegemonía de las potencias impedía la plena soberanía de sus aliados. En todas esas formulaciones no se establecía una cisura entre el campo soviético y el campo occidental, y menos una alianza entre el socialismo real y los pueblos dependientes del Tercer Mundo. En los setenta se impondría la teoría de los dos imperialismos, una fórmula más explícita que contravenía abiertamente la tesis de la alianza natural que con tanto esmero Cuba intentó propagar entre los No Alineados.

Cuba sindicaba a Yugoslavia como precursor de la mayoría de esos planteamientos (aunque en su momento también dirigió sus dardos contra India), sobre todo en el último caso, siguiendo también la interpretación que Moscú daba entender a los cubanos:

en los últimos tiempos, Yugoslavia y otros países bajo su influencia tratan de formular un nuevo concepto de la no alineación en el sentido de enfrentarla a los bloques encabezados por la URSS y los Estados Unidos, lo que [resulta] inadmisibles por entrañar ese emparejamiento una omisión oportunista del carácter de clase...[Es necesario] luchar para impedir que [Yugoslavia] logre sus objetivos⁷⁹.

En Cuba, como hemos conocido, no escatimaban palabras para condenar las políticas yugoslavas. En el plano conceptual los cubanos criticaban, en especial, la “insistencia yugoslava en confundir el papel

79 “Informe sobre la proyectada Conferencia de jefes de Estado y de gobierno de los países no alineados”, c.1969, p. 15.

que juega la Unión Soviética en la arena internacional, convertir el no alineamiento en una filosofía llegando a afirmar que constituye una alternativa obligada para todos los países subdesarrollados”⁸⁰. Entendían que el No Alineamiento no pasaba por la adhesión a principios universales sino que se resolvía en la lucha contra el imperialismo: “Los yugoslavos... tratan de evitar condenar a los Estados Unidos y prefieren un lenguaje ambiguo contra los bloques, las grandes potencias y las hegemonías”⁸¹. En otra instancia acusaban que “para sus delegaciones el ‘no alineamiento’ constituye: ‘una opción ineludible’, ‘una alternativa’, ‘una filosofía’”⁸².

Los yugoslavos se tomaban muy en serio la definición del No Alineamiento. Sobre el tema se organizó un congreso en 1980 donde participaron una serie de especialistas de Yugoslavia y de la India. De las distintas ponencias que presentaron los yugoslavos se decanta una definición del concepto que recurre a los principios originales del Movimiento. Así, Sarajcic asociaba el No Alineamiento con

171

la autodeterminación nacional, el derecho de cada país a determinar libre e independientemente su propio desarrollo y sus relaciones internacionales, el principio de la coexistencia pacífica activa, el principio de la cooperación imparcial en circunstancias de interdependencia, el principio de rechazar la fuerza y la amenaza de la fuerza en las relaciones internacionales, el principio de rechazar cualquier forma de subordinación, explotación y discriminación (1981: 79)⁸³.

80 Documento sin título N°5, c.1975, p. 11.

81 Ibid.

82 Ibid., p. 10.

83 Smole (1981, p. 62), ahondando en esta formulación, afirma que el Movimiento “significa una lucha por la democratización de las relaciones internacionales, por la garantía de igualdad de soberanía y de países independientes, por la seguridad de todos los países, grandes o pequeños, como sujetos de las relaciones internacionales”.

Blazevic, otro de los convocados, junto con reforzar el eje inicial, confronta la postura yugoslava con otras tendencias, aludiendo, sin nombrarla, a Cuba:

El no-alineamiento fue definido desde el principio como un no enredo [*non-entanglement*] en la confrontación de dos grandes potencias. Esto no significaba la aceptación de un enfoque neutral o equidistante [...] Hoy estamos siendo empujados por un interés ajeno dentro de un falso dilema: o aceptas una alianza natural u observas estrictamente con equidistancia [...] Estas dos posiciones reflejan un interés ajeno y son inaceptables para los países no-alineados porque interpretan mal y distorsionan los principios básicos” (1981: 23).

172

No olvidemos el momento en que esto se escribe: 1980, pocos meses después de la cumbre de La Habana.

La guerra conceptual se resolvió con la obligada capitulación cubana. Primero al acceder a la presidencia debió transar su paradigma en aras de la unidad del Movimiento. Luego, con los hechos de Afganistán, se vio impedida de seguir propugnando la alianza natural. Finalmente, la dinámica de los años ochenta y el comienzo del fin de la Unión Soviética y de la Guerra Fría restó sentido al No Alineamiento, que debió reformularse. En Yugoslavia la muerte de Tito generó una serie de necesidades mucho más urgentes, desperfilando su anterior jefatura.

5.3.5. Conclusión

Con lo de pequeña guerra fría queríamos expresar que la relación entre Cuba y Yugoslavia en el marco del No Alineamiento adoptó un aspecto similar al de la real Guerra Fría entre Estados Unidos y la Unión Soviética. No hubo conflictos frontales entre La Habana y Belgrado. Se redujo más bien a escaramuzas, a conatos entre diplomáticos

y delegaciones. Aunque a nivel discursivo se dibujaban dos posiciones contrapuestas, ello no impidió dar viabilidad a la continuidad del No Alineamiento, ni desactivar las sucesivas amenazas a la unidad del Movimiento. Tampoco faltó oportunidad para el acuerdo y el trabajo en común. De cualquier modo, los documentos revisados dan cuenta de un peculiar estilo diplomático de los cubanos, definido por la frontalidad y firmeza en la defensa de sus posiciones, y por emplear cierta agresividad (o incluso prepotencia) en la consecución de sus fines.

En este trabajo nos hemos dejado llevar por la óptica cubana y su interpretación de la situación global y en especial de la actuación yugoslava. No ha sido nuestra pretensión juzgar la legitimidad de las acusaciones cubanas contra Yugoslavia ni tampoco evaluar la honestidad de su No Alineamiento en consideración de su clara pertenencia al bloque soviético.

173

El conflicto analizado optimiza la comprensión del periodo de la Guerra Fría. Aunque fueron actores indirectos, Cuba, Yugoslavia y el Movimiento de Países No Alineados, en el periodo comprendido, definieron su trayectoria en función de ese conflicto y de las potencias hegemónicas y sus bloques. Hemos detallado cómo Cuba tensionó al máximo el No Alineamiento y forzó sus límites al intentar instalar la alianza entre los No Alineados y la Unión Soviética. Este trabajo ha sido realizado con documentos de la cancillería cubana. Falta la otra mitad de la historia, la de Yugoslavia. Conocer las motivaciones profundas de este país, sus relaciones con las superpotencias, sus vicisitudes internas y, en especial, su opinión acerca de Cuba permitiría apreciar mejor todo el cuadro.

5.4. Balance

En la década del 60, en especial en las dos primeras conferencias, Belgrado 1961 y El Cairo 1964, la participación cubana fue cautelosa y contenida. Acercándose a los 70 el panorama cambió de forma radical.

Cuba estrechó su vínculo con la Unión Soviética aumentando su grado de dependencia en el plano económico, político e internacional, modificando a su vez su relación con el Movimiento. Tras algunas vacilaciones los cubanos se lanzaron a figurar en la primera línea del organismo, impulsados por su agresiva búsqueda de liderazgo revolucionario en el Tercer Mundo, por la necesidad de trabajar en función del bloque soviético, y porque el mismo Movimiento había crecido convirtiéndose en una caja de resonancia comparable a Naciones Unidas. En adelante, los intereses cubanos en el MPNA crecieron, se intensificaron y se diversificaron. Pretendieron imprimir a las declaraciones finales, por ejemplo, un carácter radical con un hondo sentido antiimperialista y revolucionario; se esforzaron por viabilizar la alianza natural entre el No Alineamiento y el campo socialista; apostaron por asumir el liderazgo tanto de la corriente progresista como del Movimiento en su conjunto, para lo cual articularon redes y alianzas con el mayor número posible de países; promovieron su propia concepción del No Alineamiento, aspirando a hegemonizar el contenido ideológico conferencia tras conferencia; buscaron con denuedo la legitimación de sus actividades como país no alineado y al mismo tiempo socialista; obtuvieron el reconocimiento —y también la legitimación— de la asamblea por su intervención en Angola y en Etiopía; todo lo anterior sin dejar de insistir en los enunciados clásicos que desde Belgrado 1961 fueron omnipresentes: la condena a Estados Unidos y la exaltación de los problemas latinoamericanos.

Hacia 1979 los cubanos podían sentirse más que satisfechos con lo logrado. Habían conseguido la presidencia del Movimiento, adquiriendo un poder de influencia inédito. Habían logrado congeniar sus identidades múltiples, es más, sus calidades de país no alineado, socialista, subdesarrollado y latinoamericano se potenciaban unas a otras. Ellas se habían aglutinado en torno al antiimperialismo en tanto común denominador que interpelaba con similar fuerza persuasiva a

sus pares socialistas, No Alineados y latinoamericanos. La intervención soviética en Afganistán, empero, supuso una agudización de las contradicciones imposible de sortear. Entró en conflicto, a fin de cuentas, el antiimperialismo como bandera de lucha. La tesis yugoslava de los dos imperialismos, combatida por Cuba sin cejar, quedaba demostrada en los hechos, desmintiendo de paso la alianza natural tantas veces pregonada. Se frustraba, además, uno de los principales beneficios que Cuba esperaba obtener de la presidencia: un sillón en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, que por tradición correspondía al país sede de la última cumbre. En medio del debate por Afganistán, Cuba perdió los votos necesarios para alcanzarlo. Habría sido el broche de oro para una política exterior que con poco había hecho mucho. Por medio de su participación en el Movimiento los cubanos obtuvieron poder, relaciones, prestigio e influencia, logrando romper, en definitiva, el cerco al que estuvieron sometidos.

6. No Alineamiento, Tercermundismo y Seguridad en Perú: la política exterior del gobierno de Juan Velasco Alvarado (1968–1980)¹

En 1973 Perú ingresó oficialmente al Movimiento de Países No Alineados, acontecimiento que era, por una parte, el corolario de los cambios que en materia de política exterior había implementado el gobierno militar revolucionario que desde 1968 regía los destinos del país, liderado por el general Velasco Alvarado. Por otra, era reflejo del giro que varios países latinoamericanos estaban dando a una conducta hasta entonces restringida al hemisferio. En esa línea, era expresión de un nuevo paradigma en la política exterior de un conjunto de países latinoamericanos, orientados ahora hacia el Tercer Mundo.

177

6.1. El gobierno militar y la política exterior

En 1968 la Fuerza Armada del Perú se hizo del poder derrocando al presidente Fernando Belaunde Terry e imponiendo en su reemplazo al general Juan Velasco Alvarado. La acción fue entendida como la salida a una crisis motivada en último término por el acuerdo entre el gobierno y la compañía petrolera estadounidense IPC, que fue leído como un pacto viciado en su origen. Pero los militares no llegaban solo a deshacer un entuerto y administrar el país como lo venían haciendo desde hacía varias décadas, sino que su propósito era nada menos que forzar una revolución de tintes nacionalistas y antiimperialistas.

¹ Reproducción no exacta de “No Alineamiento, tercermundismo y seguridad en Perú: la política exterior del gobierno de Juan Velasco Alvarado (1968-1980)”, *América Latina Hoy*, 75, pp. 149-166, 2017.

El plan con que el gobierno de Velasco trazó la ruta a seguir incluía una política exterior clara y explícita. Se anunciaba la reformulación de la actitud hacia Estados Unidos imperante en los gobiernos anteriores y una nueva orientación hacia aquellos países con los que se compartía una historia y un destino, los países latinoamericanos —en especial los vecinos—; y también con el Tercer Mundo, dada la pertenencia indudable de Perú a este grupo. Vale decir que se sinceraba la identidad nacional a partir de las coincidencias y solidaridades genuinas: no era en Europa ni en Estados Unidos donde Perú encontraría su lugar, era entre los países subdesarrollados. Las palabras fueron llevadas rápidamente a los hechos. Perú inició una política exterior activa y agresiva que implicó el establecimiento de relaciones con países ‘vedados’ como China y los países socialistas de Europa, y la reanudación de relaciones con Cuba. La orientación al Tercer Mundo se materializaría con el ingreso al Movimiento de Países No Alineados, primero como observador en la conferencia de Lusaka (1970) y luego como miembro pleno en la conferencia de Argel (1973). Además, participaría en el Grupo de los 77 —acogiendo una asamblea en 1971— y asistiría a la III UNCTAD de Santiago de Chile en 1972.

El análisis de la política exterior del gobierno de Velasco Alvarado ha coincidido en resaltar el cambio radical que imprimieron los militares. También ha concordado en la explicación de la nueva política exterior a partir de la coherencia exigida por las transformaciones internas. En efecto, y siguiendo las propias justificaciones del gobierno, se ha sostenido que el nacionalismo económico y la defensa de la soberanía sobre los recursos naturales, enunciados clave de la política interna, requerían de una política externa que brindara el respaldo necesario ante la más que probable reticencia estadounidense a las medidas de Velasco, entre las cuales destacaría la expropiación de la compañía petrolera ya mencionada. Para paliar el aislamiento que Estados Unidos podría promover, los vínculos con nuevos socios,

como el bloque socialista, China y los No Alineados, asomaban como soluciones oportunas.

Este capítulo no pretende ahondar en la descripción de la nueva política exterior ni tampoco constatar la profundidad de la misma por cuanto apreciamos que ese trabajo ya ha sido realizado (Jaworski, 1983; Alcalde y Romero, 2018). El objetivo será, en cambio, precisar la incidencia del tercermundismo en la política exterior del Perú de Velasco, y descubrir las ideas y conceptualizaciones más originales que emergieron del proceso de toma de decisiones, lo que a su vez permite declarar la irrupción del nuevo paradigma. Nuestra hipótesis sugiere que la ideología tercermundista estuvo presente en la inspiración de la nueva política exterior, pero sobre todo que estuvo presente en la justificación de la misma. El discurso oficial del gobierno militar peruano —expresado en la voz de su presidente, en la de sus ministros o impreso en documentos programáticos— explicitó las causas y razones del giro, su porqué, constituyendo un relato explicativo. Este relato recurrió al pensamiento tercermundista, pero no se limitó a repetirlo tal cual, sino que lo reelaboró ofreciendo aportes originales al tercermundismo global. El más relevante de estos aportes fue concebido por el general Edgardo Mercado Jarrín, quien enunció un cruce o hibridación entre tercermundismo, No Alineamiento, desarrollo y seguridad nacional (integral).

179

6.2. Tercermundismo en Perú

Sentar que el tercermundismo fue la ideología que informó y explicó la adhesión al MPNA de un conjunto de países latinoamericanos —lo que a su vez certifica el surgimiento de un nuevo paradigma en política exterior— es el objetivo último de la investigación donde se inserta este trabajo. Lo ideal, en ese sentido, sería detectar la presencia de un tercermundismo fuerte en los actores que llevarían a cabo la política exterior de un país. En el caso de Perú, nada nos indica que los

militares peruanos fueran tercermundistas antes de asumir el mando de la nación. Sin embargo, si fuera posible establecer que las ideas y la sensibilidad tercermundistas habían alcanzado un grado de difusión suficiente como para influir de modo consciente o inconsciente a la clase política o militar de un país, se podría especular una relación de causa efecto entre las ideas y los fenómenos históricos, tal como se hace con la Ilustración y la Revolución Francesa, por ejemplo. La investigación arroja que, si bien es notable su presencia, el grado de difusión del tercermundismo en Perú fue menor. Con todo, hay tres antecedentes que pueden resultar más que sugerentes.

180

El primero remite a la figura del filósofo Augusto Salazar Bondy, posiblemente el intelectual peruano que mayor compromiso ostentó con las ideas tercermundistas y que ya a mediados de los sesenta elaboró lo que según nuestras noticias es la primera y más sólida reflexión tercermundista en Perú.

Salazar Bondy era un convencido de que Perú pertenecía al Tercer Mundo porque compartía con esos países la “condición de dominado, con su secuela de alienación y de pérdida creciente de la realidad” (Salazar, 1995, p. 92); situación que suponía una serie de desafíos y oportunidades por cuanto la hora de escribir una historia propia había llegado. Y para hacerlo era imperativo una toma de conciencia profunda, un reconocimiento de la dominación y de la dependencia padecida por unas naciones subdesarrolladas que pasaban a ser la clase proletaria del sistema internacional, premunidas del correspondiente potencial transformador: “Debemos denunciar y combatir este sistema de la dominación. A la existencia dominada y a la cultura de la dependencia se las puede cancelar solo por un movimiento de independencia, generador de una cultura integrada, unitaria, original, libre” (Salazar, 1995, p. 189).

Y ese movimiento se asociaba a una filosofía inherente a los pueblos subdesarrollados, la que llamó filosofía de la dominación, “que

no puede darse sino dentro del Tercer Mundo... No hay filosofía de la dominación, filosofía con esas disfuncionalidades y esos desajustes, sino en los países tercermundistas” (Salazar, 1995, p. 188). Claro que se exigía una superación de esa filosofía para alcanzar, por fin, la filosofía de la liberación:

Una filosofía que cambie de signo, tiene que ser una filosofía de la liberación, poniéndose al ritmo de la liberación... Y en la medida en que, al ser expresión de liberación, al mismo tiempo puede ser estímulo de la liberación. Pero esto no puede ser pensado en términos de liberación separado del contexto del Tercer Mundo, porque la dominación de nuestros países es una dominación internacional, por lo tanto, una dominación que los convierte en Tercer Mundo (Salazar, 1995, p. 189).

181

Qué oportuno sería mostrar que los militares conocían el pensamiento de Salazar y fueron imbuidos por sus postulados. No hemos dado con esas pruebas. Sin embargo, no deja de ser sintomático que Salazar, años después de esos escritos, asumiera como asesor del gobierno militar en temas educativos. Podría especularse que Salazar Bondy era conocido en aquellos círculos militares más ideologados e intelectuales, y que sus ideas inspiraron a quienes construyeron la política exterior de Perú o a quienes articularon el relato que le servía de justificación. Únicamente se puede declarar que el más connotado tercermundista peruano de los sesenta adhirió al velasquismo, lo cual se refrenda en su personal colaboración con el régimen, lugar desde el cual continuó teorizando sobre el Tercer Mundo.

El segundo antecedente parece tener que ver mucho con el anterior. En 1956 se fundó en Perú el Movimiento Social Progresista. Según Jaworski, este fue el primer partido peruano que instaló el concepto Tercer Mundo en su ideario y que resaltó las luchas de liberación

nacional, difundiendo además el debate sobre el tercermundismo, el subdesarrollo y el neoimperialismo (Jaworski, 1983, p. 590). Se trataba de un partido de profesionales con perfil intelectual liderado nada menos que por Augusto Salazar Bondy, entre otros.

El tercer elemento es contradictorio. Confirma que el tercermundismo había permeado, al menos, la clase dirigente e intelectual, pero al mismo tiempo desmiente que haya sido esta corriente de exclusiva posesión de los militares. En su *Manual ideológico*, otro importante pensador peruano, Francisco Miró Quesada, también exaltaba el Tercer Mundo con la diferencia que lo hacía en función de su partido, Acción Popular, e indirectamente de su líder, Fernando Belaunde Terry (el presidente derrocado por los generales peruanos). Hay que reconocer que lo de Miró Quesada fue una interpretación personal del belaundismo y del ideario de Acción Popular, y nada permite asegurar que ese partido tuviera real afinidad con el tercermundismo (Adrianzén, 1990, p. 305). Lo interesante, de todos modos, es que si Miró contemplaba el tercermundismo como una política válida era porque éste podía afin-car en sensibilidades diversas y transversales a izquierdas y derechas.

182

6.3. No Alineamiento y Tercer Mundo

De cualquier manera, no resultaba natural ni obvio que Perú se uniera al Tercer Mundo y al No Alineamiento. En uno de sus estudios sobre la política exterior del gobierno de Velasco, Hélan Jaworski se pregunta si la intención de reposicionamiento internacional fue pensada desde el principio o bien las circunstancias empujaron en esa dirección. Se responde que ambas cosas: que la convicción subyacente a las decisiones confirma lo primero, y que las respuestas externas —la actitud de Estados Unidos y, luego, lo que la comunidad internacional esperaba de Perú— consolidaron el giro. Tampoco ignora que la retórica usada al interior suscitó expectativas públicas que no cabía defraudar.

Coincidimos con esta visión. Sin embargo, queremos detallar la forma en que el propio gobierno concibió su compromiso tercermundista, las razones que esgrimieron, la visión que tenían del Tercer Mundo y del No Alineamiento, y los aportes específicos que Perú debía ofrecer.

1. La coherencia interior-exterior. Una política exterior tercermundista era el complemento lógico de una política interior revolucionaria que implicaba la recuperación de la soberanía y la ruptura de la dependencia. Un país revolucionario tenía un solo destino posible: el Tercer Mundo. Luego, ideológicamente eclécticos, con ideas nacionalistas, antiimperialistas y socialistas pero no comunistas, equidistantes del capitalismo y del socialismo soviético, los militares peruanos pronto encontraron en el MPNA un destino cómodo. En la Conferencia No Alineada de 1973, el canciller De la Flor argumentaba:

183

La Revolución peruana se halla presente hoy en Argel, porque se siente parte del proceso acelerado de insurgencia contra el imperialismo, que se advierte en todo el orbe. La Revolución peruana, conceptual e ideológicamente autónoma intenta una vía rápida propia que cuestiona la dominación interna y la dependencia exterior desde una perspectiva de un humanismo solidario. Nuestra clara independencia frente a los centros hegemónicos de poder, avalada en una praxis conocida, nos había definido ya, aún antes de venir a esta Cita, dentro de la concepción del No Alineamiento (Dirección de Relaciones Públicas y Prensa, 1974, p. 7).

2. Complementación de lo económico y lo político. Con algo de capricho los peruanos entendieron que la entidad Tercer Mundo congregaba a aquellos países de similar situación económica que tenían en los foros del Grupo de los 77 y de la UNCTAD su tribuna por excelencia, mientras que el MPNA era la expresión de las naciones sedientas de libertad e independencia de los bloques. En palabras de Mercado Jarrín,

Existe de hecho, una complementación entre el movimiento tercermundista que opera sobre todo en el foro de la UNCTAD, y el movimiento del No Alineamiento, ya que éste está integrado en su inmensa mayoría por países en vías de desarrollo. Permítaseme decir que el Perú cree que el no alineamiento, no debe limitar su interés a los asuntos puramente políticos, sino debe atender también a los económicos y sociales. Para ello debe incluirse en nuestras deliberaciones los objetivos que propone el Grupo de los 77 (Dirección de Relaciones Públicas y Prensa, 1974, p. 21).

Y en su afán por enfatizar la pertinencia de su enfoque recalcan que la paz y la seguridad poseían un decisivo componente económico:

184

¿De qué paz podría hablársele al hombre discriminado, cuya vida se halla sometida a la violencia sistemática en los niveles económicos y sociales? ¿De qué paz podría hablársele al hombre que sufre la carencia de las condiciones básicas de subsistencia, originadas en el lucro desmedido de una economía deshumanizada? ¿De qué paz podría hablársele a ese mismo hombre que sufre la coerción silente de la discriminación en su propia tierra? ¿De qué estabilidad podría hablársele a aquellos que son marginados en su propio país de la participación de las riquezas que se generan en propio suelo, que fluyen hacia centros lejanos de consumo sin dejar beneficio? (Dirección de Relaciones Públicas y Prensa, 1974, p. 29).

3. Liderazgo latinoamericano. Velasco y su equipo no solo giraron hacia el Tercer Mundo, quisieron liderarlo. Activaron su presencia en el Grupo de los 77 y se unieron al MPNA explicitando su deseo de situar a Perú en el lugar que le correspondía. Se propusieron entonces incorporar a los No Alineados la preocupación por la economía, con el anhelo expreso de contagiar así al resto de los países latinoamericanos,

algo renuentes hasta entonces a un movimiento que veían dominado por asiáticos y africanos:

Para ello tenemos que integrar el movimiento No Alineado con el movimiento del Tercer Mundo, y coordinar debidamente la estrategia política y económica de nuestros países. Para ello se debe tender a que en el seno de esta unidad se incremente la participación de la América Latina, pues de esta manera el No Alineamiento alcanzará finalmente su plena dimensión universal. La inquietud y el deseo de trabajar sin desmayo para estos fines, es lo que el Perú trae a este Grupo (Dirección de Relaciones Públicas y Prensa, 1974, p. 24).

4. Continuando con la óptica economicista, los peruanos pretendieron instalar en el discurso de los No Alineados la fórmula “Poderío de los pobres”, un poco inspirados en la unión de los países productores de petróleo que comenzaba a mostrar su potencial, pero extrapolando la idea a la gran cantidad de países exportadores de materias primas que de concertar sus operaciones comerciales podrían obtener grandes beneficios:

185

La unión de los países subdesarrollados, la unión de los países no alineados, y en general, la unión de los países pobres de la Tierra, los del Tercer Mundo, puede ser definitoria en el nuevo equilibrio mundial. Porque unidos y solidarios podremos constituir el “PODERIO DE LOS POBRES”, de cada vez mayor importancia en las circunstancias en que la tendencia a la distensión y al alejamiento de la confrontación bélica entre las grandes potencias, dejan al hambre, la miseria, el analfabetismo, la marginación, como los factores de mayor perturbación en las relaciones entre los pueblos del mundo (ibid.).

Hemos querido brindar un panorama de las principales líneas por donde circuló el discurso peruano en el No Alineamiento, destacando aquellas ideas que juzgamos más originales y que exceden los postulados básicos del tercermundismo y del No Alineamiento ya explicitados en la introducción. Con todo, en el siguiente apartado abordamos lo que consideramos la contribución más original a este discurso periférico global.

6.4. Edgardo Mercado Jarrín: seguridad y No Alineamiento

186

Con seguridad el general más brillante del gobierno, primero canciller, luego primer ministro, connotado intelectual antes y después de su actuación oficial... ése fue Mercado Jarrín. Cerebro también de la política exterior de Perú y uno de sus voceros más destacados, no era modesto al rememorar en una entrevista la labor de esos años. Al confrontar, de entrada, a Estados Unidos, planearon una política exterior basada en tres anillos concéntricos, el primero en torno a la solidaridad de los países vecinos, privilegiando el Pacto Andino, “una decisión de quien habla (EMJ)” (Kruijt, 1989, p. 150); el segundo, la solidaridad de América Latina en su conjunto; y el tercero, el apoyo del Tercer Mundo, que se tradujo en la acción económica dentro del Grupo de los 77 y en la participación en el MPNA, “que fue una decisión personal de quien habla” (Kruijt, 1989, p. 151).

Mercado Jarrín llevó a su grado más alto la teorización sobre la situación internacional, su diagnóstico y el modo de conducirse. Tempranamente advirtió que el conflicto Este-Oeste estaba dejando paso al conflicto Norte-Sur, donde el centro industrializado se enfrentaría con la periferia subdesarrollada, lo cual como es natural afectaba la seguridad de países como Perú y sus pares. Y es aquí que el concepto de seguridad se yergue como la clave del problema. Palabra no desprovista de polémica, Mercado Jarrín la usó en un sentido particular dentro del

marco de la Doctrina de Seguridad Nacional, enfatizando las aristas internacionales y globales más que las aristas geopolíticas nacionales y vecinales. En un escenario tan simbólico como la Conferencia de Argel del Movimiento de los Países No Alineados —1973—, cuando Perú hacía su estreno como miembro pleno, Mercado avizoraba un conflicto inexorable de no salvar la brecha entre los países del Norte y del Sur: “Si se fracasara en el esfuerzo, la violencia social se incrementará y el enfrentamiento entre los dos grupos será una realidad. Esta inadmisibles perspectiva exige que analicemos la situación internacional para encontrar las soluciones más eficaces” (Dirección de Relaciones Públicas y Prensa, 1974, p. 15). Por lo tanto, era la seguridad la que estaba en juego, tanto para unos como para otros. En ese punto, propugnaba una redefinición del concepto de seguridad, que ahora pasaba en buena medida por otro concepto clave: desarrollo. Así, mientras los países poderosos concebían su seguridad desde una perspectiva bélica, el Tercer Mundo debía protegerse no sólo de ese tipo de ataques, sino también de distintos medios de violencia económica: “La seguridad de las grandes potencias no es la nuestra. La seguridad para nuestros pueblos será el logro del desarrollo integral y autosostenido en todas sus formas” (Dirección de Relaciones Públicas y Prensa, 1974, p. 16). De esa manera se construiría un bienestar general donde la paz ya no sería solo la ausencia de guerra sino también la armonía y la prosperidad:

187

La seguridad de todos habrá de buscarse en el mejoramiento y la dignificación de las condiciones de vida de todos los hombres. Es esta y no otra la seguridad que requerimos, seguridad que será de todos o no será de nadie. Es la seguridad de que progresivamente la paz, entendida como algo cualitativamente superior a la ausencia de conflictos bélicos, se irá implantando en el orbe. Es la paz que se fundamentará no en superiores capacidades militares, ni en la victoria, sino en el desarrollo integral

de nuestros pueblos y en la afirmación de principios de justicia social y equidad en las relaciones internacionales” (Dirección de Relaciones Públicas y Prensa, 1974, p. 20).

Podemos entonces establecer una cadena de elementos que para Mercado constituían un círculo virtuoso: desarrollo, armonía, paz, seguridad; y en donde el Movimiento de Países No Alineados jugaba un rol central al cautelar una reestructuración de las relaciones internacionales que mitigara la acción y coerción hegemónica de las grandes potencias.

188

Estaba consciente que esto implicaba una reformulación de la noción de seguridad nacional, que pasaba ahora a tener un apellido, integral. Y si antes acentuaba la protección del territorio, ahora apuntaba a la “lucha contra toda forma de presión, incluyendo el neocolonialismo”, sin excluir la defensa irrestricta de los intereses económicos y la dignidad nacionales, y de una autonomía en sentido amplio: tanto a nivel interno como externo (Mercado, 1974b, p. 3). Para el Tercer Mundo en especial, resultaba decisiva también la soberanía sobre los recursos naturales, como se ha reiterado, pero también la suficiente capacidad financiera y tecnológica. Todo ello terminaba de perfilar la base necesaria para el desarrollo.

Se entendía que la responsabilidad de cada país tercermundista consistía en la promoción de estos nuevos valores a través de una acción al mismo tiempo nacional e internacional; nacional, porque dependía de la capacidad de conquistar soberanías, derechos e independencias extraviadas; e internacional, porque se requería de un proceder mancomunado que tendiera a la unidad y proporcionara mayor estatus al Tercer Mundo como bloque. Mercado concluía: “no es simple coincidencia que los países miembros del no alineamiento sean básicamente revolucionarios. No es simple coincidencia el que a su acción externa aúnen un gigantesco esfuerzo de reestructuración interna” (Mercado, 1974a, p. 198).

En último término, el MPNA devenía la instancia ideal para el encuentro y la retroalimentación entre el individuo y el colectivo, entre la nación y el Tercer Mundo, entre todos los Estados dispuestos a asumir sus responsabilidades revolucionarias:

El No Alineamiento es el centro de donde concurren los diversos modos de transformación, las variadas formas de lucha que las diferentes realidades aconsejan a nuestros países, los que coinciden en creer que es impostergable que cese la dominación de un grupo de Estados, sobre el destino de la mayor parte de la humanidad (Mercado, 1974a, p. 199).

6.5. Conclusión

189

En 1975 se produjo el relevo en la testera del gobierno militar peruano. Francisco Morales Bermúdez sucedió a un debilitado Velasco Alvarado y selló al mismo tiempo la entronización de un ala más moderada de la Fuerza Armada, la cual, aunque en un principio refrendó la política exterior tercermundista, poco a poco se fue alejando de las posiciones más militantes en el seno de los No Alineados, resignando el protagonismo al que había aspirado el gobierno anterior. El paradigma tercermundista y autonomista se debilitó tanto en Perú como en el resto de América Latina, dando paso a una década de los ochenta donde el continente retomaría viejas dependencias.

El No Alineamiento y la política exterior de los militares peruanos tuvieron un trasfondo ideológico. No se trató simplemente de una serie de medidas o decisiones conducentes a una nueva posición. Desde un principio se propusieron cambiar una política exterior que calificaban de tímida y dependiente para en su reemplazo instalar un nuevo paradigma y revestirla de un aparato conceptual elaborado en base al tercermundismo. Fueron capaces de desbordar los discursos

ya asentados de la época para imprimir un sello distintivo y singular a partir de una profunda reflexión acerca del lugar de Perú en el orbe, de la coyuntura histórica que les correspondía enfrentar y de los desafíos que encerraba una alianza inédita con los otros pueblos del Tercer Mundo. Quisieron infiltrar el discurso del No Alineamiento con el concepto de seguridad, confirmando que la recepción de las ideas foráneas supuso una apropiación y en seguida una reapropiación creativa fundada en el cruce con otra escuela de pensamiento como fue la seguridad nacional.

190 En suma, no se puede entender la nueva política exterior de Perú y en particular su incorporación al Movimiento de Países No Alineados como separada de un sustrato ideológico tercermundista que ya flotaba en el clima intelectual peruano desde mediados de los sesenta. Esto no significa que haya sido la ideología la causa determinante de la adopción de dicho camino; hubo factores y circunstancias que también lo explican desde un punto de vista estratégico, pero lo cierto es que la filiación del fenómeno quedaría mutilada si se excluyera la raíz ideológica.

7. El tercermundismo y el No Alineamiento latinoamericanos. Ideología y relaciones internacionales

La pregunta acerca de la incidencia de factores ideológicos en la política exterior de los países emerge recurrentemente en los estudios internacionales. La respuesta se facilita al contrastar la ideología con su opuesto, el pragmatismo, asumiéndose que en la toma de decisiones se observa una tensión, más o menos dramática, entre ideología y pragmatismo en cada uno de los Estados que actúan en la arena internacional. Resulta bastante obvio que los países no se conducen en exclusiva por razones ideológicas o, por el contrario, por razones pragmáticas, porque ¿qué Estado no toma en cuenta los perjuicios y beneficios que una determinada disposición de política exterior implica? Por otro lado, todo gobierno interviene premunido de creencias y valores, de ideas, de formas de ver el mundo, todo lo cual se expresa, de manera consciente o no, en la construcción de una política exterior. Además, los gobiernos —y eventuales otros actores internos que participan en la toma de decisiones— en buena medida se deben a la dinámica política interna, de la cual han surgido y de la cual dependen, y por consiguiente lo que hagan en materia internacional repercutirá en el plano político doméstico, que siempre entraña un sentido ideológico.

191

De suerte que afirmar que la ideología interviene en la política exterior de un Estado resulta de perogrullo. Distinto es aquilatar el peso que la ideología tiene en esa política exterior, medir el grado en que la ha condicionado, ejercicio que al mismo tiempo exige la elucidación del

pragmatismo presente, es decir, de la injerencia de los intereses, necesidades y compromisos que todo Estado consulta al momento de actuar. De donde se concluye que ideología y pragmatismo no se excluyen, sino que son siempre complementarios (Gardini, 2011; Domínguez, 2007).

Lo que planteamos en este estudio se mueve entre esas coordenadas. Podemos constatar que hacia la década del setenta y ochenta en América Latina se puso en práctica un paradigma nuevo en política exterior. Ello porque en poco más de una década (1971-1983) ocho naciones del continente se integraron al Movimiento de Países No Alineados en calidad de miembros plenos: Perú, Chile, Argentina, Panamá, Nicaragua, Bolivia, Ecuador, Colombia.¹ Ese paradigma lo llamamos paradigma tercermundista, es decir, un paradigma derivado de una ideología, el tercermundismo.

192

Entendíamos el tercermundismo desde un enfoque amplio, identificando tres dimensiones: sensibilidad y corriente cultural, paradigma científico, e ideología. Esta última se componía, en lo medular, de los siguientes fundamentos: la afirmación de una identidad común a los países del Tercer Mundo; la reivindicación del Tercer Mundo en contraposición a un Primer Mundo desarrollado; y la voluntad de escribir una historia, por fin, propia (el Tercer Mundo como sujeto histórico). Sin embargo, para nuestros fines reviste singular importancia el tercermundismo, ya no como ideología, sino como sensibilidad. Con esta palabra aludimos a un determinado modo de concebir la realidad, una especie de filtro que afecta el juicio que los actores hacen del escenario político, cultural y social. En la América Latina de la época en cuestión, el principal hito de la penetración de la sensibilidad tercermundista es la noción de que el continente forma efectivamente parte del Tercer Mundo. Así, el tercermundismo permea la sociedad entera, pero en

1 En este lapso se incorporaron como observadores El Salvador (1976) y Costa Rica (1979); participaban en esa misma calidad Brasil (1961), México, Venezuela y Uruguay (1964).

especial a las elites políticas y culturales que llevarán a cabo la cristalización de las políticas exteriores de sus respectivos países.

Postulamos que los gobiernos de aquellos Estados que se vincularon como miembros plenos al Movimiento de Países No Alineados lo hicieron, en un grado variable, motivados por una sensibilidad tercermundista o, en algunos casos, por adscribir a la ideología tercermundista. La decisión de integrar el Movimiento no era sencilla. Implicaba adherir a una organización que defendía el derecho a una neutralidad activa dentro de la Guerra Fría y que proclamaba la autonomía e independencia ante las superpotencias. Para los países latinoamericanos ello significaba amagar la pretendida pertenencia a Occidente, por una parte, y desafiar a Estados Unidos, por otra. Los gobiernos, al adoptar una disposición como la de unirse al Movimiento, debían justificarse tanto en el plano interno como en el externo. No bastaba, además, con consignar la conveniencia de la medida, sino que debía enraizarse en fundamentos políticos y hasta morales que no contradijeran los valores de los que toda sociedad se precia.

193

En América Latina no se consideraba algo natural pertenecer al Movimiento de Países No Alineados, institución que se veía dominada por los países asiáticos y africanos y donde la presencia continental quedaba reservada a Cuba, asociada a su vez con la Unión Soviética y el comunismo. En consecuencia, el ingreso debía justificarse con prolijidad en términos políticos, ideológicos y éticos, más allá de los beneficios implicados (algo también discutible). A nivel externo, la aceptación por parte del Movimiento dependía de las posiciones adoptadas por el país aspirante y de un discurso acorde con los principios de la organización. No era suficiente el simple deseo de plegarse al Movimiento, había que demostrar un No Alineamiento auténtico (todo esto en teoría, ya que en la práctica hubo integrantes de dudosas credenciales).

Es posible advertir en el discurso que cada Estado latinoamericano esgrimió en torno a su afiliación al Movimiento las raíces ideológicas

o al menos las posturas y principios sobre política internacional que la sustentaron. Y uno de los argumentos a disposición era el tercermundismo, recurriendo a él ya sea para asumirse miembro del Tercer Mundo, ya sea para sumarse a la lucha contra los más poderosos. Veremos que el recurso tercermundista se halla muy presente en unos países mientras que en otros apenas se asoma. Pero en aquellos donde aparece con fuerza habrá que distinguir entre el discurso y los motivos concretos detrás de la adhesión. Ello es requisito para evaluar la incidencia de lo ideológico versus lo pragmático en la toma de decisiones de política exterior de los países analizados, imponiéndose, entonces, un objetivo doble. Primero querremos saber si el tercermundismo influyó en el grupo dirigente de cada país al momento de la incorporación, en otras palabras, si el tercermundismo se constituyó en fundamento ideológico. En general, el argumento sería que, al ser del Tercer Mundo, al asumir la lucha del Tercer Mundo, devenir un país no alineado se correspondía con la identidad nacional. Y segundo, buscaremos averiguar si esos fundamentos ideológicos fueron más bien retóricos —en el sentido de que se limitaron a adornar las motivaciones utilitaristas de cada país—, o plenamente auténticos. En cada caso, por consiguiente, habrá que sopesar el peso de lo ideológico y el peso de lo pragmático, e inquirir cómo ambos planos se relacionaron.

7.1. Cuba

El caso cubano encierra particular complejidad dada su prematura entrada al Movimiento. En 1961 el MPNA recién adquiría fisonomía, y no se vislumbraba en qué se convertiría. Al mismo tiempo, el tercermundismo recién estaba llegando a América Latina y empezaba a ser apropiado. Malamente el tercermundismo podía informar o nutrir el No Alineamiento cubano. Pero una mirada acuciosa puede advertir tercermundismo allí donde no se le nombra. En los años sesenta, la Cuba

revolucionaria adoptaba una enérgica solidaridad con los pueblos asiáticos y africanos, sobre todo con aquellos en proceso de liberación. Qué decir de su apoyo a Vietnam del Norte en guerra con EE. UU. Incluso más: Cuba peleó en la guerra de Angola, como más tarde lo haría en Etiopía. De esta época, además, data el esfuerzo cubano por articular a gobiernos, partidos políticos y grupos liberacionistas de Asia, África y América Latina. Su momento inaugural fue la Conferencia Tricontinental de La Habana (1966), de la cual emergió la Organización de Solidaridad de los Pueblos de África, Asia y América Latina. No sabemos si los cubanos querían desbancar al Movimiento de Países No Alineados levantando esta otra organización. Sí sabemos que su historia no prosperó, quizá por la estatura que iba adquiriendo el MPNA.

Los cubanos eran tercermundistas que renegaban de ese nombre. Suscribían la solidaridad revolucionaria con los pueblos del Tercer Mundo y abogaban por la unidad de éste y por su lucha. Pero rechazaban el concepto Tercer Mundo porque lo consideraban no solo descriptivo, sino libre de ánimo reivindicativo, de acento político; en cambio, el No Alineamiento sí poseía una voluntad concreta de transformación. Esto, lógicamente, cuando La Habana hubo cambiado su propia actitud hacia el MPNA.

Al margen de ese matiz semántico, interesa subrayar que Cuba dotaba a su política exterior no alineada de un hondo contenido ideológico, al extremo de generar un concepto hecho a su medida de No Alineamiento, en sintonía con la tesis de la alianza natural entre la URSS y los países del Tercer Mundo. Su gobierno, gestado por una revolución, se conducía teniendo muy en cuenta los principios rectores del proceso, que incluían una briosa visión internacional alimentada primero por la hostilidad estadounidense y luego por las solicitudes soviéticas. Es difícil discernir, en el caso cubano, dónde terminaba lo ideológico y empezaba lo pragmático, en especial porque ideas e intereses parecían coincidir del todo. En términos políticos, Estados

Unidos representaba la antítesis de su ideario, pero, en términos utilitarios, también la fuente de sus problemas (el bloqueo económico); la Unión Soviética, a su vez, era su principal fuente de recursos y, al mismo tiempo, su modelo ideológico. Ciertamente es que Cuba fue variando su proyecto ideológico según sus necesidades, pero nunca dejó de otorgarle un gran papel.

7.2. Chile

196

Fue en la conferencia de Argel, el año 1973, que Chile accedió de forma oficial al Movimiento. Su compromiso con el No Alineamiento, no obstante, se hizo manifiesto desde la llegada de Salvador Allende a la presidencia. Allende era un tercermundista convencido desde mucho antes de asumir el cargo (1970). Político avezado, senador de la república, en sus discursos y escritos denotaba una sensibilidad empática hacia los países subdesarrollados de África y Asia,² lo que unido al antiimperialismo abrió paso al Tercer Mundo en general y al Movimiento de Países No Alineados en particular.

La adhesión al Movimiento coincidía con los principios ideológicos del gobierno de la Unidad Popular, los que se expresaron además a través de otros espacios; sin ir más lejos, en Chile se celebró en 1972 la tercera UNCTAD (Conferencia de las Naciones Unidas para el Comercio y el Desarrollo). En ese sentido, la incorporación era coherente con una política exterior tendiente a cambiar el rumbo tradicional del país, proclive a Estados Unidos y a la hegemonía que estos desplegaban por el continente.

2 Por ejemplo, el diario de sesiones del senado de Chile registra la exposición que hizo Allende de su viaje a Cuba para la Conferencia Tricontinental de La Habana, desplegando allí toda una lectura tercermundista de la realidad internacional (Diario de Sesiones del Senado, 80ª Sesión, 16 de marzo de 1966, pp. 4582-4598).

El Chile de Allende profesaba un claro tercermundismo, pero no es claro que este tercermundismo estuviera arraigado en el país. ¿Existía previamente una sensibilidad favorable al Tercer Mundo que pudiese influir en la coalición de gobierno que implementó esa política exterior? En Chile el tercermundismo no alcanzó el vuelo que sí emprendió en países como Brasil y Argentina, pero tampoco pasó desapercibido. En ciertos círculos políticos e intelectuales circuló el concepto despertando algún entusiasmo. Se podría adivinar que la pertenencia de Chile al Tercer Mundo no era muy discutida, al mismo tiempo que la opinión pública general poco conocía al respecto.

Por otro lado, las motivaciones pragmáticas, si bien no parecen haber sido determinantes en la afiliación al Movimiento, fueron un factor a considerar. Tal como le acontecía a Cuba, Chile sufría la hostilidad de Estados Unidos, lo que en términos económicos y comerciales propiciaba la búsqueda de nuevos créditos y socios en otras regiones del planeta. Los países agrupados en el MPNA podían convertirse, así, en un apoyo vital, todavía más si consideramos que el bloque socialista no fue precisamente generoso con los requerimientos del gobierno de Allende.

Nunca sabremos qué hubiera obtenido Chile, en estos términos, del No Alineamiento. A pocos días de terminada la cumbre de Argel se perpetró el golpe de Estado que derrocó a la Unidad Popular. Luego, y pese a sus afanes, la dictadura de Augusto Pinochet sería excluida de facto de cada una de las reuniones y cumbres del Movimiento. Esos esfuerzos muestran, eso sí, la preeminencia de los intereses por sobre los ideales en la elaboración de una política exterior. El gobierno militar chileno no tenía ninguna simpatía por el tercermundismo ni por el No Alineamiento; en este, además, Cuba iba adquiriendo un protagonismo suficiente para espantar cualquier pretensión de los militares chilenos. Si aun así quisieron participar, fue solo para paliar el aislamiento que padecían en la arena internacional (Albuquerque, Figueroa, Fuenzalida y Roco, 2018).

7.3. Perú

Los militares que alcanzaron el poder el año 1968 en Perú activaron un discurso altamente ideológico y dejaron en claro desde el inicio que lo suyo no sería un gobierno militar más; llegaban para quedarse e impulsar un ambicioso proyecto reformista que sin ambages se declaraba revolucionario. En coherencia con este proyecto se elaboró una inédita política exterior orientada al entorno andino, a la misma Cuba y al Tercer Mundo. La inclusión en el Movimiento de Países No Alineados simbolizó las nuevas intenciones, asistiendo Perú por primera vez como miembro pleno a la Conferencia de Argel en 1973.

198

Hacia los años en que los militares definían su política exterior el tercermundismo existía, pero en forma tímida. No era parte de la sensibilidad de la época, como acontecía con fuerza en países del Cono Sur; solo contados intelectuales habían acogido el concepto Tercer Mundo, y difícilmente los militares habían estado expuestos a la corriente tercermundista. Si el gobierno del general Velasco Alvarado empleaba un discurso tercermundista, donde se usaba en forma explícita la expresión Tercer Mundo para justificar su integración al No Alineamiento, lo más probable es que tal discurso proviniera de una elaboración de la propia institución militar.

Detrás de la decisión de sumarse al MPNA se observa, en consecuencia, un discurso ideológico tercermundista, pero de baja intensidad, insuficiente para explicar el ingreso. En cuanto a las motivaciones pragmáticas, tampoco habrían sido determinantes. Es cierto que a Perú le convenía relacionarse con naciones de un espectro más amplio, y que a partir de una relación deteriorada con Estados Unidos un nuevo horizonte comercial y económico resultaba bienvenido, pero la supervivencia nacional o del gobierno no se encontraba amenazada. Debe comprenderse, por consiguiente, la asociación peruana como parte de

una política exterior bien articulada, que respondía a las exigencias de una política internacional compleja, pero por sobre todo a una política nacional donde el gobierno buscaba la legitimación de su discurso revolucionario (Jaworski, 1983; Alcalde y Romero, 2018). Y dentro de la concordancia entre el proyecto político nacional y la política exterior del gobierno de Velasco, el recurso al ideario tercermundista reflejaba que, a lo menos, esas ideas se hallaban presentes y disponibles en la opinión pública y entre las clases dirigentes.

7.4. Argentina

La incorporación argentina al Movimiento se venía escribiendo desde hacía mucho antes. De los tiempos del primer gobierno de Juan Domingo Perón databan las raíces del tercermundismo y del No Alineamiento argentino, pues fue entonces que se creó la Tercera Posición, doctrina que prescribía una vía alternativa al capitalismo y al comunismo, y la neutralidad en la Guerra Fría. Por eso, cuando en 1973 Argentina entró al MPNA, el gobierno peronista de Raúl Lastiri podía remitir la medida a la propia historia del justicialismo.

199

Al mismo tiempo, el tercermundismo registraba un largo arraigo en Argentina, con partidarios y no pocos detractores. No era fácil ubicar al país junto a las emergentes naciones africanas y asiáticas cuando por cultura y tradición Europa parecía mucho más familiar.

El No Alineamiento argentino, como vemos, no fue improvisado. Con todo, el paso fue muy meditado, atendiendo las ventajas y desventajas que implicaba para su política exterior (Saavedra, 2004; Alburquerque, 2019). Desde ese enfoque, poco habría importado la coincidencia ideológica entre uno y otro justicialismo si se perjudicaban los intereses del Estado. A la hora de justificarse, el gobierno pudo con facilidad recurrir a la Tercera Posición, pero eso no zanjaba para siempre la polémica.

En 1976, con la conferencia de Colombo, Sri Lanka, *ad portas*, y tres años después de la afiliación argentina, surgieron voces, la mayoría canalizadas por la prensa oficialista, que protestaban tanto por la decisión de haber entrado como por la asistencia a dicha cumbre. *La Prensa*, el diez de julio de 1976, afirmaba:

Entre los actos políticos del gobierno anterior, uno de los que más hondamente lesionó la sensibilidad nacional fue el giro dado a la política exterior del país, contrariando su tradicional coincidencia con los principios de dignidad y libertad propios de la civilización occidental (La Argentina y los "no alineados". La crónica de una apasionada polémica, 1976).

200

Aunque la pertenencia al Tercer Mundo había sido objetada ya en los sesenta, ahora se apuntaba en específico a la anexión al No Alineamiento, al que se creía un instrumento del comunismo internacional, creencia muy a tono, por cierto, con lo que estaba experimentando la sociedad argentina, que desde marzo de ese año era regida por la dictadura militar comandada en su primera etapa por Jorge Videla. Varios periódicos publicaron y reprodujeron, además, una declaración "solicitada" de la "Junta por los Ideales de Mayo" —una agrupación civil de poca relevancia— que hacía hincapié en las credenciales antidemocráticas del líder —desde su perspectiva— del MPNA, vale decir, Yugoslavia, país del que recusaban su complicidad con Moscú. Al Movimiento lo asociaban, incluso, con las guerrillas y el terrorismo internacional. La "Junta" se preguntaba: "¿Son compatibles los principios de la historia, la cultura, la civilización y la política actual argentina con los de la mayoría de los No Alineados? (...) ¿Pertenece realmente la R. Argentina al Tercer Mundo?" (La Argentina y los "no alineados". La crónica de una apasionada polémica, 1976).

La inquietud de la prensa y de parte de la opinión pública se haría presente también en los mismos militares, quienes cavilaron largo tiempo la permanencia en el MPNA y que solo se convencieron cuando observaron el alto grado de compromiso de la organización con la demanda argentina de restitución de las Islas Malvinas.

Sumando y restando, el factor ideológico en Argentina está muy presente. El tercermundismo, que había calado hondo en la sociedad debió incidir en el No Alineamiento argentino al propiciar una sensación de pertenencia y de solidaridad con los continentes periféricos. A ello se agregaba, con mayor ímpetu, el antecedente de la Tercera Posición peronista, reflatada hacia 1973. Eso en el plano ideológico, porque en el pragmático fue vital, durante toda la trayectoria argentina en el Movimiento, la cuestión de Las Malvinas.

201

7.5. Panamá

Este país ingresó como miembro oficial al Movimiento de Países No Alineados el año 1976, por obra del gobierno militar de Omar Torrijos, en el poder desde 1968. El dato es significativo, por cuanto pasó un largo tiempo entre el comienzo del gobierno y la llegada al MPNA. En los otros países que analizamos todo fue más inmediato: Velasco Alvarado (Perú), Allende (Chile), Lastiri (Argentina) y Ortega (Nicaragua) solicitaron la admisión de sus países a poco andar sus respectivos gobiernos; en Colombia sucedió con la misma celeridad (Cuba es un caso aparte). Surge la pregunta de por qué Torrijos esperó tantos años para acceder —como miembro pleno, antes participaba como observador— a la organización. La respuesta tiene que ver con las explícitas motivaciones pragmáticas que sustentaron la movida. Torrijos reconocía el papel clave que jugó el deseo de recuperar el Canal de manos de Estados Unidos, por una parte, y la influencia de Yugoslavia, por otra. El mariscal Tito, líder de los No Alineados, recomendó

personalmente a Torrijos la incorporación, bajo el entendido de que formar parte del conglomerado respaldaría la demanda por el paso interoceánico. Torrijos, con honda impresión y admiración, siguió el consejo (Torrijos, 1976).

202 Pero, al margen de este factor, nos interesa conocer si existieron motivaciones ideológicas, en otras palabras, si el tercermundismo era en Panamá un discurso tan corriente como para incidir en la adhesión. En cuanto corriente política y cultural el tercermundismo en Panamá fue invisible hasta bien avanzados los setenta. No quedó registrado de libros o artículos o revistas que hicieran eco explícito de la expresión Tercer Mundo, y resulta muy difícil establecer un vínculo, por muy indirecto que sea, entre una sensibilidad tercermundista y el No Alineamiento panameño. Más bien fue al revés: a partir de la participación en el MPNA se desplegó recién cierto tercermundismo.

El gobierno de Torrijos, de inclinación izquierdista y populista, desde temprano concibió a Panamá como parte del Tercer Mundo, tal como se reflejaba en las memorias de la cancillería de ese país a partir de 1970. Pero hubo que esperar hasta 1976 para encontrar una elaboración ideológica sobre el Tercer Mundo que denotara un compromiso nacional con este referente. Ese año, el mismo de la entrada oficial, se publicó un cuadernillo que definía Tercer Mundo y No Alineamiento y que sentaba las bases de la nueva política exterior panameña. Con simpleza, Tercer Mundo remitía al conjunto de los países subdesarrollados, en donde coexistían dos realidades, el Tercer Mundo socialista y el Tercer Mundo dependiente (Aparicio, 1976, p. 1), que se subdividía en países dependientes pobres y en dependientes prósperos. Entre estos últimos se ubicaba Panamá y los países más industrializados del continente, o sea, Argentina, Brasil y México, aunque en otro lugar se señalaba que América Latina constituía la parte “más evolucionada” del Tercer Mundo (Aparicio, 1976, p. 5). Del subdesarrollo se culpaba directamente al colonialismo, al neocolonialismo y a las distintas

formas del imperialismo, que se vehiculaban a través de las grandes transnacionales. Así, “desde el punto de vista del pensamiento tercer mundista [sic]... el desarrollo es un proceso de cambios estructurales que culmina con la liberación nacional y la propiedad social de los bienes y servicios” (Aparicio, 1976, p. 4).

De esa manera se adjudicaba al tercermundismo una misión, sobre todo, económica que, no obstante, pasaba por un objetivo político, la liberación nacional. En tal esquema se insertaba el MPNA, cuyo “fundamento esencial” era el “cuestionamiento de la actual estructura de las relaciones internacionales, mediante la cual los países imperialistas se empeñan en perpetuar el régimen de sobre explotación de los recursos humanos y naturales de las naciones en vías de desarrollo” (Aparicio, 1976, p. 13). Se culminaba asignando al No Alineamiento el gran objetivo de la liberación económica y la afirmación de la soberanía.

203

El texto nació para fundamentar la inclusión formal de Panamá en el Movimiento y se esforzaba, en ese plan, por priorizar la lucha contra el poder económico y político en la que coincidían todos los continentes integrantes del Tercer Mundo. Asimismo, la alusión al imperialismo encajaba con el objetivo último del país en la organización, arrebatando a Estados Unidos la administración del Canal.

A nivel general, en cambio, lo del Tercer Mundo en la escena político-cultural panameña siguió siendo difuso, tal como se graficaba en un escrito de Néstor Jaén que apareció como apéndice a un libro-homenaje al recién fallecido general. Bajo el título “Los dos tercermundismos de Omar Torrijos” explicaba que el líder vivió un tercermundismo externo y otro interno: “A nivel internacional fue un hombre que apoyó —con sus más y sus menos— los movimientos libertarios de los pueblos”. El tercermundismo interno se condensó, en tanto, en el “apoyo brindado a la gente más necesitada del país y en particular a los campesinos. Aparte de la lucha constante por el rescate del Canal y de nuestra soberanía” (Vargas, 2004, p. 438). Se deduce que el tercermundismo consistía en

una mixtura de internacionalismo liberacionista, compromiso con los pobres e irredentismo (Soler, 1988, p. 17)³.

Los detractores de Torrijos, por su parte, no asimilaron esto del No Alineamiento panameño, criticando de frentón la artificialidad no solo de este vínculo, sino de los principios generales del gobierno. Hacia 1988 Carlos Pedreschi denunciaba: “A manera de verdadero contrabando político, la dictadura militar panameña, ayudada por la ... publicidad internacional, se hizo pasar ante el mundo por revolucionaria, por nacionalista y por tercermundista, tres mercancías políticas de fácil venta en el mercado exterior” (Pedreschi, 1993, p. 274).

204

Es claro que la adhesión de Panamá al MPNA no obedeció a una acendrada sensibilidad tercermundista que hubiera decantado en una renovada política exterior. Las razones del giro hay que buscarlas en las necesidades e intereses concretos del Estado y en una coyuntura específica, la lucha por la recuperación del Canal. El tercermundismo solo aparece para dotar a esa política exterior de un “relato” más elaborado e ideológico. Sin embargo, no se puede desconocer que la posición no alineada que asumió el gobierno de Torrijos era consistente con el discurso político global que orientó su trayectoria, un discurso reformista, antioligárquico y antiimperialista, a medio camino entre el progresismo, el populismo y la revolución, un discurso que, por lo demás, lo emparentaba con el signo político de aquellos gobiernos que

3 El historiador panameño Ricaurte Soler (1988, p. 17), partidario del torrijismo, ofrecía una visión más sofisticada del Tercer Mundo en un libro de fines de los ochenta. Allí lo definía como un “propósito común de los pueblos subdesarrollados para cambiar la realidad de dependencia y de miseria por otra de independencia y de progreso... No es la ubicación geográfica lo que define al Tercer Mundo, sino una unidad psicológica”. En seguida apoyaba el ingreso al MPNA: “comprendimos los panameños que unidos, en primer lugar al bloque latinoamericano y luego al Tercer Mundo, podríamos conquistar una mayor participación en los frutos del progreso comercial, financiero y tecnológico”.

por esos mismos años también abrazaron el No Alineamiento: Argentina, Chile, Nicaragua y Perú.

7.6. Nicaragua

En 1979 Nicaragua se asoció al Movimiento de Países No Alineados, apenas 54 días después que la Revolución Sandinista llegara al poder. La decisión no fue apresurada, como pudiera pensarse, sino todo lo contrario: el No Alineamiento, como principio, se encontraba ya hacia 1969 en el Programa Histórico del Frente Sandinista de Liberación Nacional. Además, fue parte del consenso básico que se estableció en 1977 con el fin de restaurar la unidad de las fuerzas revolucionarias (Ramírez, 2017, p. 98).

205

Lo anterior refleja que la base ideológica del sandinismo fue esencial, por sobre los motivos utilitarios, para la incorporación al MPNA. Sin embargo, esto no supone la presencia de tercermundismo en el sandinismo, a lo más de una sensibilidad propicia, como se evidencia en la declaración del 69 ya mencionada y que hacía suya la “lucha de los pueblos de Asia, África y América Latina contra el nuevo y viejo colonialismo y contra el enemigo común: el imperialismo yanqui” (FSLN, 1969, s/p). Tampoco se descubre en Nicaragua, durante los años anteriores a la caída de Somoza, elaboración teórica sobre el Tercer Mundo o el tercermundismo, conceptos ausentes de la escena cultural de la nación.

Una vez que asumieron el poder y se integraron al MPNA, los sandinistas mencionaron al Tercer Mundo en sus escritos y declaraciones sin mayor énfasis, aunque tampoco discutieron su existencia ni la pertenencia de Nicaragua al conjunto. En cambio, tanto la presencia como el accionar del país en el Movimiento fueron justificados, explicados y orientados por un discurso ideologizado —acorde con las raíces programáticas de esta naciente política exterior— que desarrolló una noción compleja de No Alineamiento. Noción que, de cualquier

manera, se nutrió de la que ya habían enunciado, hacía más o menos un decenio, los cubanos. En realidad, el ejemplo cubano había inspirado a los sandinistas en distintos campos, y no era raro que uno de ellos fuera el internacional, donde la coincidencia se acentuaba a partir del antiimperialismo que unos y otros profesaban y que identificaban directamente con Estados Unidos. En el ámbito del No Alineamiento ambos países trabajaron codo a codo, sobre todo en los primeros años, suscribiendo la tesis de la alianza natural entre No Alineados y orbe socialista por la cual tanto había bregado La Habana.

Aunque se ha destacado que Nicaragua no se alineó con la URSS en materia internacional (Vanden y Morales, 1985, p. 151; Pozas, 1988, p. 331), en su participación en el MPNA reconoció sin complejos seguir la idea de la alianza natural, concebida en estos términos:

206

De hecho objetivamente determinado por la realidad histórica, se produce de modo natural una Alianza entre las posiciones expresadas por esta gran coalición antimperialista que son los No Alineados y las posiciones socialistas. Ahora, ¿Por qué Alianza Natural? Porque esta Alianza precisamente no necesita ser programática, para que se exprese cotidianamente en la realidad objetiva, en la realidad internacional (Ministerio de Relaciones Exteriores de Nicaragua, 1983, p. 88).

Así los nicaragüenses fraguaban una participación de tipo principista en el MPNA, que se sustentaba primero en una calurosa asunción de los ideales tradicionales del No Alineamiento (a favor de la coexistencia pacífica activa, de la restructuración de las relaciones internacionales y del nuevo orden económico internacional; en contra de la existencia de bloques y alianzas militares) y luego en la tesis de la alianza natural recién expuesta. Como corolario, el sandinismo consagraba su política exterior en la constitución promulgada el año 1987:

Nicaragua fundamenta sus relaciones internacionales en el principio del no alineamiento, en la búsqueda de la paz y en el respeto a la soberanía de todas las naciones; por esto, se opone a cualquier forma de discriminación, es anticolonialista, antiimperialista, antirracista y rechaza toda subordinación de un Estado a otro Estado (*Constitución Política de la República de Nicaragua*, Título I, Artículo 5, 1987).

Por cierto, el No Alineamiento nicaragüense fue también alentado por factores pragmáticos que se relacionaban con la supervivencia misma de la Revolución. En un escenario hostil a causa de la intervención estadounidense que se expresaba, por ejemplo, en el apoyo a los Contra; y en consideración de la debilidad de un Estado en reconstrucción y subdesarrollado, Nicaragua implementó una política exterior dirigida a sumar solidaridades en el Tercer Mundo o en el Segundo (el socialista), así como a generar simpatía entre sus pares (Vanden y Morales, 1985, p. 151). El objetivo era crear un cinturón de seguridad que protegiera al país del ataque indirecto —y eventualmente directo— de Estados Unidos. Los resultados fueron exitosos al punto que, con el apoyo de los No Alineados, Nicaragua alcanzó un sitio en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas.

207

En síntesis, en la participación nicaragüense en el MPNA no nos es posible detectar la huella del tercermundismo en tanto sustrato ideológico; lo que sí se aprecia es una elaboración ideológica del No Alineamiento presente desde las raíces de la política exterior desplegada por la revolución sandinista entre 1979 y 1990. La base ideológica, si bien fue crucial, no se inspiró en el Tercer Mundo ni en el tercermundismo.

7.7. Colombia

El caso colombiano presenta dos grandes singularidades: la orientación política derechista del gobierno que decretó el ingreso y la preminencia de un discurso pragmático vaciado de elaboración ideológica.

208 El presidente conservador Belisario Betancur anunció la incorporación de Colombia a los No Alineados el mismo día que asumió, y no sin causar cierta sorpresa. Aunque el país participaba como observador hacía ya varios años, y habiendo también el gobierno de López Michelsen (1974-1978) ensayado un compromiso más acentuado, tanto la tradición nacional como la acción del gobierno anterior, presidido por Julio César Turbay, presagiaban una política exterior cercana a Estados Unidos. De forma explícita, Betancur echaba por tierra los presagios apuntando a una mayor autonomía en el área internacional que al tiempo de desmarcarse de Washington se acercara a los reales parientes de Colombia, los países del Tercer Mundo. No está claro el grado de honestidad de lo declarado por el gobierno, porque una cosa es lo que se dice y otra lo que se hace; de hecho, al poco tiempo Bogotá, al menos en el ámbito del No Alineamiento, asumiría una postura más acorde con su historia. Pero, aunque haya sido mera retórica, nos interesa el modo en que se fundamentó y justificó la afiliación al MPNA.

Y lo que emergen son motivos utilitarios. No se observa una elaboración ideológica en torno al No Alineamiento; no hubo, de partida, algo así como un No Alineamiento colombiano, más bien se replicaron los argumentos clásicos alusivos a las bondades de la paz y de la autodeterminación. Tampoco asomó el tercermundismo. Aunque se aceptaba sin cuestión el sitio de Colombia dentro del Tercer Mundo, no se exhibía mucho más que la afinidad con los países que lo conformaban, y es que, por lo demás, tal carencia teórica calzaba con el escaso desarrollo del tercermundismo en el país. El concepto Tercer

Mundo era conocido y utilizado, pero no había despertado pasiones favorables ni adversas. Hubo excepciones. Desde la epistemología de las ciencias sociales, Orlando Fals Borda había reivindicado el trabajo de los científicos sociales de los países periféricos y anunciado el surgimiento de un poderoso paradigma científico propio del Tercer Mundo, aunque al servicio del planeta entero (Albuquerque, 2013). En otra área, un hito en el ámbito de los libros lo había constituido la creación, en 1961, de Ediciones Tercer Mundo, destinada a divulgar obras políticas, económicas, sociales y culturales referidas a la realidad de América Latina y de los pueblos subdesarrollados. Un detalle: su fundador fue Belisario Betancur. Nótese el pionero uso de la expresión Tercer Mundo ya en 1961.

El mismo Betancur mostraba una sensibilidad tercermundista en escritos de su juventud como *Colombia cara a cara* (1961), donde si bien no utilizaba la expresión, sí sancionaba la unidad de los pueblos de África, Asia y América Latina, afincada en problemas e intereses comunes.

209

Insistimos: son hechos puntuales que no prueban la existencia en Colombia de un tercermundismo suficiente como para establecer continuidad entre esa ideología y la política exterior no alineada instaurada por el gobierno de Betancur. Si algo determinó o condicionó la entrada de Colombia al MPNA fueron las ventajas que se esperaban obtener: usar al Movimiento como apoyo ante conflictos territoriales con Venezuela; superar el aislamiento en el subcontinente producto de su posición frente a la Guerra de las Malvinas; legitimar internamente al gobierno ante grupos opositores; etc. (Botero, 1995, pp. XV, 105-108; Varios Autores, 1985, p. 154). El debate acerca de la conveniencia de la integración fue profuso y acalorado, pero desde el punto de vista ideológico, al margen de cuestionarse la desoccidentalización que el No Alineamiento traía aparejado, pues en la aproximación a África y Asia se visualizaba una amenaza a la identidad nacional, poco hubo (Varios Autores, 1985, p. 154).

La participación de Colombia en el Movimiento durante los primeros años fue de bajo perfil discursivo e ideológico, en vista de que no elaboró una concepción propia del No Alineamiento ni se pronunció acerca de las tesis dominantes; tampoco recurrió a ideas tercermundistas para sustentar sus posiciones. Esto no quiere decir que Colombia haya sido neutral en el seno del Movimiento, pues desde un inició promovió dentro del círculo latinoamericano la voluntad de “desalinearse” una organización que estimaba alineada a la Unión Soviética merced al liderazgo de Cuba.

7.8. Conclusión

210

Así como cada uno de los países estudiados muestra particularidades, también pueden reconocerse elementos en común. Como se observa en otro trabajo (Albuquerque, 2019), en el acceso al Movimiento juega un papel importante tanto la reivindicación de la soberanía nacional como la demanda de autonomía, que hacia esta época los Estados latinoamericanos buscaron reforzar. Sin duda, la ideología fue también un factor en la articulación del No Alineamiento latinoamericano. Unos más que otros, los países del continente recurrieron a las ideas tercermundistas para cimentar este nuevo paradigma en sus relaciones internacionales. Así, el tercermundismo fungió como una ideología utilitaria, por contradictorio que esto suene.

Por cierto, la ideología concebida en los términos de Marx ha estado desde siempre al servicio de las clases dominantes: ha sido la falsa conciencia anidada en las clases dominadas que acciona la reproducción de la estructura de clases. El concepto evolucionó hasta adquirir una fisonomía neutral y hasta positiva. A contar de Antonio Gramsci y de la concepción de las ideologías de clase, la ideología deviene un instrumento central en la articulación de hegemonías políticas interclases. En concreto, una clase social puede alcanzar el poder mediante la fusión

con otras clases –fusión que dependerá de una ideología capaz de aglutinar los intereses y demandas de todas esas clases–, formándose así un bloque hegemónico.

Si llevamos este análisis al campo de las relaciones internacionales, bien podemos interpretar el tercermundismo como la ideología implementada por los países del Tercer Mundo tanto para articular el Movimiento de Países No Alineados como para constituir una hegemonía que en el universo de las naciones adquiriera importantes dosis de poder. En sentido metafórico, pero con innegable base real, la estructura de clases sociales de una sociedad ha sido extrapolada al conjunto de los países del orbe. En ese esquema, los países del Tercer Mundo representan el proletariado o las clases dominadas o populares, al tiempo que los del norte desarrollado –Europa y Estados Unidos– representan la clase dominante, el capital, la oligarquía, la burguesía, etc., según sea el caso. El continente latinoamericano ha sido situado, en general, dentro del Tercer Mundo, pero en ocasiones también se le ha denominado la “clase media” de las naciones. Como fuere, los continentes menos desarrollados, África, América Latina y Asia, en el escenario de posguerra, de Guerra Fría y de descolonización, habrían bregado por configurar una unidad que les permitiera confrontar a las potencias y tornarse hegemónicos a nivel global.

211

Si tomamos la Organización de Naciones Unidas como la arena o campo de poder mundial, obtendremos que el Tercer Mundo, articulado institucionalmente por el MPNA o por el Grupo de los 77, impuso su hegemonía con ocasión de distintas votaciones. Era ésta una hegemonía limitada en virtud de que los miembros permanentes del Consejo de Seguridad seguían conservando y ejerciendo su poder de veto. No era Naciones Unidas una entidad del todo democrática, de hecho, una de las demandas constantes de buena parte de los No Alineados fue la democratización de la organización. Pero más allá de los logros efectivos, interesa poner de relieve la acción coordinada y el intento de articular

hegemonía. ¿Cómo conseguir que países tan heterogéneos, tan distantes entre sí, enfrentados a coyunturas tan disímiles, aunaran esfuerzos y trabajaran por un objetivo común? Una de las respuestas conduce al tercermundismo como ideología y como discurso identificador. Otras respuestas son válidas: en primer lugar, otra ideología que actuaba en paralelo, el No Alineamiento —conjunto de principios reguladores de las relaciones internacionales—; luego, la apremiante situación de la Guerra Fría y la exigencia de tomar partido por uno de los bloques en pugna, sacrificando autonomía y seguridad; en fin, las inequidades del sistema económico mundial, que urgían a las naciones pobres hacia una negociación colectiva.

212

El tercermundismo, así planteado, no explica por sí solo la unidad de los pueblos subdesarrollados, pero sí deviene un elemento central que, en combinación con factores políticos y económicos coyunturales, la consolidaba. Una vez más, entonces, se confirmaría aquello de la complementariedad entre lo ideológico y lo pragmático en la definición de la política exterior de los países.

Bibliografía

A. F. S. (1956) 800 millones de manumitidos. *Marcha*, 828, pp. 12-13.

Adrianzén, A. (1990) *Pensamiento político peruano*. Lima: Desco.

Alburquerque, G. (2013a) El tercermundismo como paradigma científico en América Latina: el pensamiento de Orlando Fals Borda. *Universum*, 28 (2), pp. 209-237.

Alburquerque, G. (2013b) El tercermundismo en el campo cultural argentino: una sensibilidad hegemónica (1961-1987). *Tempo*, 19 (35), pp. 211-228.

Alburquerque, G.; Figueroa, A.; Fuenzalida, M. J. y Roco, F. (2018) La dictadura militar chilena, los exiliados y Cuba ante el Movimiento de Países No Alineados: actores estatales y no estatales en la arena internacional. *Izquierdas*, 38, pp. 39-60. 213

Alburquerque G. y Vilches D. (2019) Las revistas Tiers Monde y Third World Quarterly y la presencia de las ciencias sociales del Tercer Mundo en el primer mundo (1979-1983). *Interciencia*, 44 (2), pp. 64-70.

Alburquerque G. (2019) América Latina en el Movimiento de Países No Alineados: un asunto de autonomía y soberanía, 1961-1990. Inédito.

Alcalde Cardoza, J. y Romero Sommer, G. (2018) La política exterior del Gobierno Revolucionario Peruano y los cambios en el orden internacional, 1968-1975. *Agenda Internacional*, 25 (36), pp. 257-301.

Allison, R. (1988) *The Soviet Union and The Strategy of Non-Alignment in the Third World*. Cambridge: Cambridge University Press.

Antropología, antropologías (1968) *Antropología 3er mundo*, 1.

Aparicio, J. (1976) *Panamá ante la realidad del Tercer Mundo*. Ciudad de Panamá: Editora del Poder Popular.

Ardao, A. (1966a) Tercerismo en el Uruguay. *Marcha*, 1294, p. 10.

Ardao, A. (1966b) Tercerismo ayer y hoy. *Marcha*, 1303, p. 14.

Arismendi, R. (1997) *Problemas de una revolución continental. V.1*. Montevideo: Editorial Grafinel-Fundación Rodney Arismendi.

Astori, D. (1982) *Neoliberalismo: crítica y alternativa*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.

Astesano, E. (1972). *Nacionalismo histórico o materialismo*. Buenos Aires: Pleamar.

Bagú, S. (1961) *Argentina en el mundo*. Buenos Aires: FCE.

Barreto, V. (1968) O Brasil e o Terceiro Mundo ou a missão frustrada. *Cadernos Brasileiros*, 45.

214 Benemelis, J. F. (1990) Cuba's African Relation. En Fauriol, G. y Loser, E. (eds.) *Cuba: the International Dimension*. New Brunswick: Transaction Publishers.

Betancur, B. (1961) *Colombia cara a cara*. Bogotá: Ediciones Tercer Mundo.

Blazevic, A. (1981) Resolving Dilemmas of Non-Alignment. En Misra, K. P. y Narayanan, K. R. (eds.). *Non-Alignment in Contemporary International Relations*. New Delhi: Vikas.

Bobbio, N.; Matteucci, N. y Pasquino, G. (dirs.) (1997) *Diccionario de política*. México: Siglo Veintiuno.

Boff, L. (1978) *A fe na periferia do mundo*. Petrópolis: Vozes.

Pedreschi, C. Bolívar (1993) *Panamá, visión geopolítica y testimonial de su drama*. Colombia: EDIPRO.

Borja, R. (1997) *Enciclopedia de la política*. México: FCE.

Botero Miranda, A. (1995) *¿Colombia no alineada? De la confrontación a la cooperación: la nueva tendencia en los no alineados*. Bogotá: Tercer Mundo.

Brandão, G. M. (2005) Linhagens do Pensamento Político Brasileiro. *Dados*, 48 (2), pp. 231-269.

Brant, C. (1987) *Terceiro mundo, terceiro caminho, terceiro milênio*. Río de Janeiro: Editora da Mobilização Nacional.

Bresser-Pereira, L. C. (2006) De la Cepal y el Iseb a la Teoría de la Dependencia. *Desarrollo Económico*, 46(183), pp. 419-439.

Bruscherá, O., D'Elía, G., Germani, G., Ribeiro, D., Lichtensztejn, S., Maggilo, O., Petrides, O., Tisnes Monestier, A. (1969) *Situación y destino de América Latina*. Montevideo: Universidad de la República.

Caetano, G. y Garcé, A. (2008) Ideas, política y nación en el Uruguay del siglo XX. En Terán, O. (Org.) *Ideas en el siglo. Intelectuales y cultura en el siglo XX latinoamericano*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Câmara, H. (1966) *Evangelização e humanização num mundo em desenvolvimento*. Río de Janeiro: Paz e Terra.

Cardoso, M. (2007) *O Cinema Tricontinental de Glauber Rocha: política, estética y revolução (1969-1974)* (Tesis de Doctorado en Historia). São Paulo: USP.

215

Castro-Gómez, S. y Grosfoguel, R. (eds.) (2007) *El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores.

Castro, F. (1979) *Discurso pronunciado por el Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz, en la sesión inaugural de la VI Conferencia Cumbre del Movimiento de Países No Alineados, celebrada en La Habana, el 3 de septiembre de 1979*. Recuperado de: <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1979/esp/f030979e.html>. Consultado el 17 de junio de 2017.

Castro, J. de (1961) O Brasil e o mundo Afro-Asiático. *Revista Brasiliense*, 36, pp. 9-15.

Castro, J. de (1974a) Prefacio. En Angelopoulos, A. (ed.) *El Tercer Mundo frente a los países ricos*. Buenos Aires: Ediciones del Sol.

Castro, J. de (1974b) Desarrollo, ecología, desarme y descolonización; problemas del mundo actual. En Castro, J. de (et al). *América Latina y los problemas del desarrollo: La encrucijada del presente y el reto del futuro*. Caracas: Monte Ávila.

- Castro, P. (1958) *Terceira Força*. Río de Janeiro: Editora Fundo de Cultura.
- Cervo, A. L. (2007) *Relações internacionais da América Latina: velhos e novos paradigmas*. Saraiva: São Paulo.
- Constitución Política de la República de Nicaragua* (1987). Managua.
- Crippa, A. (1978) A filosofía e o desenvolvimento brasileiro. *Convivium*, 6, pp. 559-584.
- Cuadernos de Marcha (1967) *Marcha*, 1385.
- D'Estéfano Pisani, M. (2002) *Política Exterior de la Revolución Cubana*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- Dallanegra Pedraza, L. (1984) *Participation of Latin-America and Caribbean Countries into Nonaligned Movement*. Recuperado de: <http://luisdallanegra.bravehost.com/Amlat/amlanoal.htm>. Consultado el 17 de mayo de 2017.
- Devés, E. (2003) *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX: Desde la CEPAL al neoliberalismo (1950-1990), Vol. II*. Buenos Aires: Biblos.
- Devés, E. (2006). Los científicos económico sociales chilenos en los largos 60 y su inserción en las redes internacionales: la reunión del foro tercer mundo en Santiago en abril de 1973. *Universum*, 21 (1), pp. 138-167.
- Devés, E. (2012) *Pensamiento periférico Asia – África – América Latina – Eurasia y algo más. Una tesis interpretativa global*. Santiago: IDEA-USACH (edición digital).
- De Sierra, C. (2003) Marcha en el contexto político-económico internacional en el siglo XX. En Machín, H. y Moraña, M. (Eds.) *Marcha y América Latina*. Pittsburg: Universidad de Pittsburg.
- Diniz, A. J. A. (1983) *A política e o Terceiro Mundo: Contradições econômicas contemporâneas*. Belo Horizonte: Revista Brasileira de Estudos Políticos.
- Dirección de Relaciones Públicas y Prensa (1974) *El Perú y el no alineamiento, Argel, 1973: IV Conferencia en la Cumbre de los Países No Alineados*. Lima: Ministerio de Relaciones Exteriores.

Domínguez, J. (1989) *To Make a World Safe for Revolution: Cuba's Foreign Policy*. Cambridge MA: Harvard University Press.

Domínguez, J. I. (2007) Las relaciones contemporáneas Estados Unidos-América Latina. Entre la ideología y el pragmatismo. *Foreign Affairs en español*, 7 (4), pp. 3-10.

Dowbor, L. (1988 [1982]) *Formação do terceiro mundo*. São Paulo: Brasiliense.

Durán Matos, J. y Baumgartner, J. L. (1985) *América Latina: liberación nacional*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.

Fernández, D. (1987) The Duty of a Revolutionary. Cuba's Foreign Policy as a Third World Model. *Harvard International Review*, 9 (2), pp. 29-32.

Fernández Suárez, Á. (1951) Lo que no es y lo que es la tercera posición. *Marcha*, 580.

217

Franco, J. P. y Argumedo, A. (1975) *Monopolios y Tercer Mundo*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

Freire, P. (c1987) *Cartas a Guínea-Bissau: Apuntes de una experiencia pedagógica en proceso*. México: Siglo Veintiuno.

Freire, P. (1990) *La naturaleza política de la educación: Cultura, poder y liberación*. Barcelona: Paidós.

Friedman, J. (2015) *Shadow Cold War. The Sino-Soviet Competition for the Third World*. Chapel Hill NC: University of North Carolina Press.

Frente Sandinista de Liberación Nacional (1969) *Programa Histórico del Frente Sandinista de Liberación Nacional*. Managua.

Furtado, C. (1974) El mito del desarrollo y el futuro del Tercer Mundo. *El trimestre económico*, 162, pp. 407-416.

Gardini, G. L. (2011) Latin American Foreign Policies between Ideology and Pragmatism: A Framework for Analysis. En Gian Luca Gardini, G. L. y Lambe, P. (eds.) *Latin American Foreign Policies: Between Ideology and Pragmatism*. Nueva York: Palgrave Macmillan.

Grondona, M. (1967) *La Argentina en el tiempo y en el mundo*. Buenos Aires: Primera Plana.

Guerreiro, R. S. (1983) Occidente e Terceiro Mundo. *Revista Brasileira de Política Internacional*, 101-104, pp. 147-162.

Guillén, A. (1969) *La rebelión del Tercer Mundo*. Montevideo: Andes.

Gutiérrez, G. (1974) *Ciencia, cultura y dependencia*. Buenos Aires: Guadalupe.

Harmer, T. (2013) *El gobierno de Allende y la Guerra Fría interamericana*. Santiago: Universidad Diego Portales.

Ianni, O. (2000) Tendências do pensamento brasileiro. *Tempo Social*, 12 (2), pp. 55-74.

218

Iglesias, E. (1976) Transferencia de recursos en el ámbito internacional. *Estudios Internacionales*, 34, pp. 42-57.

Iglesias, E. (1977) Situación y perspectivas de América latina. *Estudios Internacionales*, 39, pp. 106-123.

Iglesias, E. (1979) América Latina en la economía mundial: perspectivas de la CEPAL. En Hill, E. y Tomassini, L. (Org.) *América Latina y el Nuevo Orden Internacional*. Santiago: CPU.

Jackson, L. C. (2010) Generaciones pioneras de las ciencias sociales brasileñas. En Altamirano, C. (Org.) *Historia de los intelectuales en América Latina. Volumen II*. Montevideo: Katz.

Jacob, L. (2003) Marcha: de un cine club a la C3M. En Machín, H. y Moraña, M. (Eds.) *Marcha y América Latina*. Pittsburg: Universidad de Pittsburg.

Jaén, N. (2004) Los dos tercermundismos de Omar Torrijos. En Vargas, D. (ed.) *Omar Torrijos Herrera y la patria internacional*. Panamá: Fundación Omar Torrijos.

Jaguaribe, H. (1972) El equilibrio ecológico mundial y los países subdesarrollados. *Estudios Internacionales*, 5 (17), pp. 92-123.

Jaguaribe, H. (1982) Para a adoção de um programa mínimo de reordenação econômica internacional. Notas introdutórias. *Estudos afroasiáticos*, 6-7, pp. 26-32.

Jaguaribe, H. (1986) *O novo cenário internacional*. Rio de Janeiro: Guanabara.

Jakobskind, M. A. (1982) *A hora do Terceiro Mundo*. Rio de Janeiro: Achiamé.

Jaramillo, I. (1999) *El multilateralismo en la política exterior de Cuba*. Santiago de Chile: FLACSO.

Jaworski, H. (1983) La identidad de la política exterior. En Franco, C. (coord.) *El Perú de Velasco*. Lima: CEDEP.

Kruijt, D. (1989) *La revolución por decreto*. Lima: Mosca Azul.

La Argentina y los "no alineados". La crónica de una apasionada polémica (1976) *Studia Croatica*, 62-63, <http://www.studiacroatica.org/revis-tas/062/06208.htm>

219

La lección de Vietnam (1972) *Marcha*, 1592.

Laborde, J. (1977) *El destino del Tercer Mundo*. Buenos Aires: Perspectivas.

Lafer, C. (1982) *Paradoxos e possibilidades: Estudos sobre a ordem mundial e sobre a política exterior do Brasil*. Rio de Janeiro: Nova Fronteira.

Lander, E. (2000) Ciencias sociales: saberes coloniales y eurocéntricos. En Lander, E. (editor) *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires: CLACSO.

Latrèche, L. (2011) *Cuba et l'URSS. 30 ans d'une relation improbable*. Paris: L'Harmattan.

Lévesque, J. (1978) *The USSR and the Cuban Revolution: Soviet Ideological and Strategic Perspectives, 1957-77*. New York: Praeger Publishers.

Lopes, J. L. (1968) Ciencia y universidad en el Tercer Mundo: la experiencia de Brasil. En Furtado, C. et al. *Brasil hoy*. México: Siglo XXI.

- Maia, J. (1968) *O Brasil no terceiro mundo*. Río de Janeiro: Bloch.
- Mastrorilli, C. (1973) *Dinámica del poder en el mundo moderno*. Buenos Aires: Pleamar.
- Mastrorilli, C. y Álvarez, F. (1969) *Marcuse, Sartre, Nizan, Gorz y el Tercer Mundo*. Buenos Aires: Carlos Pérez Editor.
- Mendes, C. (1963) *Nacionalismo e desenvolvimento*. Río de Janeiro: Instituto Brasileiro de Estudos Afro-Asiáticos.
- Meneses, A. Bezerra de (1956) *O Brasil e o mundo Ásio-Africano*. Río de Janeiro: Irmãos Pongetti.
- Mercado Jarrín, E. (1974a) *Ensayos*. Lima: Impresora del Ministerio de Guerra.
- 220 Mercado Jarrín, E. (1974b) *Seguridad, política, estrategia*. Lima.
- Methol Ferré, A. (1967) *El Uruguay como problema*. Montevideo: Diálogo.
- Miceli, Sergio (ed.) (1989) *Historia das ciencias sociais no Brasil*. São Paulo: Vértice.
- Mignolo, W. (1996) Herencias coloniales y teorías postcoloniales. En González Stephan, B. (editora) *Cultura y Tercer Mundo: 1. Cambios en el Saber Académico*. Caracas: Nueva Sociedad.
- Ministerio de Relaciones Exteriores de Nicaragua (1983) *El Movimiento de países No Alineados: Fuerza indispensable en la lucha anti-imperialista*. Managua.
- Muñoz, H. (1987) El estudio de las políticas exteriores latinoamericanas: temas y enfoques dominantes. *Estudios Internacionales*, 20 (80), pp. 406-434.
- Musto, O. (1975) *Tercer Mundo*. Buenos Aires: Ediciones Paulinas.
- Negre Rigol, P. (1975) *Sociología del Tercer Mundo. Una introducción a sus problemas sociológicos*. Buenos Aires: Paidós.
- Nuestra misión y su alcance (1965) *La voz del Tercer Mundo*. Buenos Aires, 1.

Oviedo, C. (1975) *Socialismo y Tercer Mundo: origen, problemas y perspectivas de una nueva sociedad*. Buenos Aires: Granica.

Palermo, Z. (2010) Introducción. Del pensamiento nacional a la opción descolonial: aportes desde el Cono Sur. En Palermo, Z. (comp.). *Pensamiento argentino y opción descolonial*. Buenos Aires: Ediciones del Signo.

Paula, S. de (1981) *América Latina no contexto do Terceiro Mundo e da internacionalização do capital*. Río de Janeiro: Paralelo.

Pecaut, D. (1990) *Os intelectuais e a política no Brasil: Entre o povo e a nação*. São Paulo: Ática.

Peirano Basso, L. (2001) *Marcha de Montevideo*. Buenos Aires: Javier Vergara.

Pereira, A. T. (1987) *Infeção 3º Mundo: Teoria do poder*. Porto Alegre: Martins Livreiro.

221

Pereira, J. M. N. (2008) Os estudos africanos na América Latina: um estudo de caso. O Centro de Estudos Afro-Asiáticos (CEAA). En Lechini, G. (Org.) *Los estudios afroamericanos y africanos en América Latina: Herencia, presencia y visiones del otro*. Córdoba: CLACSO-CEA.

Pereira, J. S. (1962) *Terceiro Mundo: Unidade e emergência*. Río de Janeiro: Instituto Brasileiro de Estudos Afro-Asiáticos.

Pérez, R. (1986) Palabras. En Russell, R. (Org.) *Temas de política exterior latinoamericana: el caso uruguayo*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.

Pettavino, P. J. (1990) Novel Revolutionary Forms: The Use of Unconventional Diplomacy in Cuba. En Fauriol, G. y Loser, E. (eds.) *Cuba: The International Dimension*. New Brunswick: Transaction Publishers.

Podetti, A. (1969) Racionalidad, irracionalidad y Tercer Mundo. En Wilner, N. (ed.) *Ser social y Tercer Mundo: elementos para una lógica de lo nacional*. Buenos Aires: Galerna.

Por qué Tercer Mundo (1968) *Revista de Problemas del Tercer Mundo*, 2.

- Potrick, M. B. (1983) *Dom Hélder, pastor y profeta*. São Paulo: Paulinas.
- Pozas, V. S. (1988) *La revolución sandinista (1979-88)*. Madrid: Editorial Revolución.
- Rama, Á (1972) *La generación crítica, 1939-1969*. Montevideo: Arca.
- Ramírez, Socorro (2000) *Los No Alineados voceros del sur? A propósito de la presidencia colombiana del Movimiento*. Bogotá: Tercer Mundo Editores.
- Ramírez, Sergio (2017) *Adiós muchachos*. Santiago de Chile: Penguin Random House.
- Real de Azúa, C. (1996) *Tercera posición, nacionalismo revolucionario y tercer mundo: una teoría de sus supuestos*. 3 v. Montevideo: Cámara de Representantes.
- 222 Rivano, J. (1969) *Cultura de la servidumbre: (mitología de importación)*. Santiago: Eds. Hombre Nuevo.
- Richiers, C. R. (2012) *Cuba and the Non-Aligned Movement: Interactions of Pragmatic Idealism*. Washington: School of International Service.
- Rocha, G. (1965) Uma estética da fome. *Revista Civilização Brasileira*, 3, pp. 165-170.
- Rodrigues, J. H. (1961) *Brasil e África: Outro horizonte*. Rio de Janeiro: Editora Civilização Brasileira.
- Rodrigues, J. H. (1962) A política internacional brasileira e a África. *Cadernos Brasileiros*, número especial, pp. 65-70.
- Rodriguez, C. R. (1982) Fundamentos estratégicos de la política exterior de Cuba. *Casa de las Américas*, 22 (130), pp. 11-21.
- Roux, J. (1990) *Álvaro Vieira Pinto: Nacionalismo e terceiro mundo*. São Paulo: Cortez.
- Rubinstein, A. Z. (1988) *Moscow's Third World Strategy*. New Jersey: Princeton University Press.

Saavedra, M. (2004) *La Argentina no alineada. Desde la tercera posición justicialista hasta el menemismo (1973-1991)*. Buenos Aires: Biblios.

Salazar Bondy, A., Sobrevilla, D. y Orvig, H. (1995) *Dominación y Liberación: escritos 1966-1974*. Lima: Fondo Editorial de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas - Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

Samina, A. (1980) Cuban Foreign Policy under Castro, *Pakistan Horizon*, 33(4), pp. 50-83.

Sánchez, W. (1981) Relaciones Internacionales de América Latina: marginalidad y autonomía. *Relaciones Internacionales*, 14(55), pp. 322-356.

Sánchez López, J. M. (2014) *Ilustración y romanticismo en la filosofía político-social contemporánea. el pensamiento de Juan José Sebrelli*. Universidad de Sevilla.

Santos, M. (2009) *O trabalho do geógrafo no Terceiro Mundo*. São Paulo: USP.

223

Sarajcic, I. (1981) Non-Alignment, Independence and National Interests. En Misra, K. P. y Narayanan, K. R. (eds.). *Non-Alignment in Contemporary International Relations*. New Delhi: Vikas.

Sebrelli, J. J. (1975) *Tercer Mundo, mito burgués*. Buenos Aires: Siglo Veinte.

Seisdedos, G. (1999) *Hasta los oídos de Dios: la historia de los Sacerdotes del Tercer Mundo*. Buenos Aires: San Pablo.

Shils, E. (1978) Ideología. En Sills, D. (ed.) *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales, Tomo V*. Madrid: Aguilar.

Sigal, S. (1991) *Intelectuales y poder en la década del sesenta*. Buenos Aires: Puntosur.

Smit, N. (2012) *The need for a revival of Third Worldism and the continued relevance of the concept of the Third World*. Recuperado de:

<http://intelliconn.wordpress.com/2012/11/05/the-need-for-a-revival-of-third-worldism-and-the-continued-relevance-of-the-concept-of-the-third-world/>. Consultado el 11 de junio de 2014.

Smole, J. (1981) An Outlook on the Present International Situation. En Misra, K. P. Narayanan, K. R. (eds.) *Non-Alignment in Contemporary International Relations*. New Delhi: Vikas.

Solari, A. (1965) *El tercerismo en el Uruguay*. Montevideo: Alfa.

Soler Batista, R. (1988) *El pensamiento político en Panamá en los siglos XIX y XX: estudio introductorio y antología*. Panamá: Editorial Universitaria.

Tal, T. (2003) Cine y revolución en la Suiza de América: la Cinemateca del Tercer Mundo en Montevideo. *Araucaria*, 5 (9).

Toledo, C. N. de (1977) *O ISEB: Fábrica de ideologías*. São Paulo: Ática.

Torrijos, O. (1976) *Informe sobre viaje a Sri Lanka*. Ciudad de Panamá.

224

Trías, V. (1979) Nacionalismo popular y nacionalismo oligárquico en Iberoamérica. *Nueva Sociedad*, 41.

Trías, V. (1989) *La rebelión de las orillas*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental-Cámara de Representantes.

Valenta, J. (1990) Cuba in the Soviet Alliance System. En Fauriol, G. y Loser, E. (eds.) *Cuba: the International Dimension*. New Brunswick: Transaction Publishers.

Van Klaveren, A. (1992) Entendiendo las políticas exteriores latinoamericanas: modelo para armar. *Estudios Internacionales*, 25 (98), pp. 169-216.

Vanden, H. E. y Morales, W. Q. (1985) Nicaraguan Relations with the Non-aligned Movement. *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*, 27(3), pp. 141-161.

Varios autores (Cepeda, F., Drekonja, G., Garay, L., Palacios, M., Rothlisberger, D., Silva, G.; Schubert, K., Tirado, Á. y Tokatlian, J.) (1985) En Silva Luján, Gabriel (editor) *Política exterior ¿continuidad o ruptura? Reseña de un debate*. Bogotá: Fondo Editorial CEREC, Centro de Estudios Internacionales, UNIANDÉS.

Viana, A. M. (1959) O mundo afro-asiático —sua significado para o Brasil. *Revista Brasileira de Política Internacional*, 8.

Vigevani, T. (1990) *Terceiro Mundo: Conceito e história*. São Paulo: Ática.

Vior, E. J. (2003) Perder los amigos, pero no la conducta. Tercerismo, nacionalismo y antiimperialismo: Marcha entre la revolución y la contrarrevolución (1958-1974). En Machín, H. y Moraña, M. (Eds.) *Marcha y América Latina*. Pittsburg: Universidad de Pittsburg.

Wasserman, C. (2010) La perspectiva brasileña del desarrollo y de la integración latinoamericana y regional (1945-1964): intelectuales, políticos y diplomacia. *Universum*, 25 (2), pp. 195-213.

Wessels, G. (2002) *The Changed Meaning of Non-Alignment in International Politics: The Case of the NAM (1961-1992)*. (Disertación para obtener el grado de Master of Arts in International Politics). University of South Africa.

Wettstein, G. (1989) *Subdesarrollo y geografía. Un manual para latinoamericanos*. Montevideo: Editorial Índice.

225

Wilner, N. (1969) *Ser social y Tercer Mundo: elementos para una lógica de lo nacional*. Buenos Aires: Galerna.

Wilner, N. (ed.) (1972) La tercera posición justicialista y el marxismo. *Antropología 3er Mundo*, 9.

Wolkmer, A. C. (1989) *O terceiro mundo e a nova ordem internacional*. São Paulo: Ática.

COLOFÓN

EDICIONES

TERCERMUNDISMO Y NO ALINEAMIENTO EN AMÉRICA LATINA DURANTE LA GUERRA FRÍA
© GERMÁN ALBURQUERQUE. EDITADO EN LAS CIUDADES DE VALPARAÍSO Y TALCA, E IMPRESO EN SANTIAGO EN JULIO DE 2020. PARA SU COMPOSICIÓN SE UTILIZARON LAS TIPOGRAFÍAS KELSON SANS BOLD PARA LOS TÍTULOS, Y JAURÍA PARA EL TEXTO. PARA LA IMPRESIÓN DE INTERIOR SE UTILIZÓ PAPEL BOND AHUESADO DE 80 G, Y COUCHÉ DE 300 GRAMOS PARA LA PORTADA. SE REALIZARON 300 EJEMPLARES.

INUBICALISTAS

WWW.EDICIONESINUBICALISTAS.CL

En América Latina, la adopción tanto del tercermundismo como del No Alineamiento fue más lenta que en los otros continentes. En tanto sensibilidad e ideología, el tercermundismo arremetió con fuerza en los años sesenta, poniéndose a la par de las elaboraciones asiáticas y africanas. El No Alineamiento, en cambio, solo despuntó en los años setenta, con la excepción de Cuba, adherida al Movimiento de Países No Alineados en 1961. Este libro postula que la política exterior de un conjunto considerable de países del continente giró hacia el No Alineamiento y de esa manera cristalizó un nuevo paradigma de acción internacional. Y que tal giro tuvo su origen en la penetración ideológica del tercermundismo, situada en los años sesenta. Tras una década de ‘exposición’ a las ideas y a la sensibilidad tercermundistas, los Estados de América Latina decidieron ingresar en masa al Movimiento, ya sea como miembros plenos o como observadores, inaugurando así una era de intensa búsqueda de autonomía internacional.

